

*Guillaume Apollinaire*

# LA ROMA DE LOS BORGIA

SEXO, AMBICIÓN Y PODER

*Incestuosos, promiscuos,  
adúlteros, ambiciosos, asesinos*

**Lectulandia**

*La Roma de los Borgia* nos cuenta la historia de la familia española Borgia en cuyo seno se encuentra Rodrigo Borgia, futuro papa Alejandro VI. La historia de los Borgia es la historia de la Italia del siglo XVI. Esta espléndida obra fue publicada en la Bibliothèque des Curieux en 1913 y sus reediciones han sido escasas debido a la temática erótica, inmoral y escandalosa de la obra.

En *La Roma de los Borgia* vemos como la ambición por el poder nos conduce a grandes tramas sexuales. Así, el sexo es utilizado, manipulado y aprovechado como arma para conseguir el poder. El amante, tras ser utilizado, es condenado a una muerte segura por envenenamiento. A lo largo de la obra vemos engaños, matrimonios apañados, sobornos, amenazas y asesinatos que nos adentran en un mundo cruel y oscuro donde los protagonistas ansían diversos tipos de poder. Esta obra, definida como anticlerical y cruel, plasma las reglas del juego de la sociedad y los valores imperantes de la Roma de la época.

Lectulandia

Guillaume Apollinaire

# La Roma de los Borgia

Sexo, ambición y poder

ePub r1.0

Titivillus 20.07.17

Título original: *La Rome des Borgia*  
Guillaume Apollinaire, 1913  
Traducción: Pascual Rodríguez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO

*Papel social del veneno en Italia a fines del siglo xv. —  
César Borgia: el Príncipe de Maquiavelo. —El  
Renacimiento y los Humanistas. —Debilitamiento del  
sentimiento religioso. —Braccio y los monjes. —  
Depravación de las costumbres. —Escaso valor de la vida  
humana.*

Para comprender la historia de los Borgia —y en general, la de Italia a comienzos del siglo XVI—, es indispensable conocer la violencia de las costumbres de esa época.

El veneno forma parte de la familia: se le emplea a cada instante y sobre todo fuera de lugar. Las leyes represivas se han familiarizado con este modo de asesinato, al extremo de que el envenenamiento no es castigado sino cuando ha afectado a un grupo o a una colectividad. El veneno es admitido y, por así decirlo, ha recibido casi la consagración oficial. Los «politiqueros», si se nos perdona la palabra, ya no pueden recurrir a la fuerza que sólo pueden emplear los ricos, pues la manutención de los ejércitos cuesta precios desorbitados y César Borgia, duque de Valentinois, a pesar de su fortuna y la de su padre, el Papa Alejandro VI, no llegará a tener esta fuerza sino difícilmente y a costa de numerosos y fructíferos crímenes. No se concedía a esas costumbres la indignada reprobación que experimentamos nosotros ante el crimen disimulado, cobarde y ferozmente inexorable; eso sería no solamente sentimentalismo inútil, sino además un error, ya que tal era la época y esas costumbres la caracterizaban naturalmente.

Léase *El Príncipe*, ese capítulo admirable de la historia de Italia, en el siglo XVI, que Maquiavelo escribió con la punta de su estilete. Reléase sobre todo la última parte que es el comentario más profundo, más sencillo y más trágicamente verdadero de la historia italiana durante la epopeya de los Borgia.

César Borgia fue el príncipe ideal de Maquiavelo, quien se hizo su apologista sincero, al tiempo que se admiraba de que en la vida de este héroe trágico se encontrase materia de discusión. Le defendió con concisión admirable: «aquél que adecúa su conducta a los tiempos es feliz entre los príncipes».

Por eso, la obra de Maquiavelo no es solamente un tratado teórico, sino un documento precioso e indiscutible, y si el libro no tiene escrúpulo moral ni humanitario alguno, no es porque Maquiavelo fuera una especie de monstruo, sino simplemente porque ha reflejado su época: «adecúa su política a los tiempos».

El sentimiento de las realidades domina las costumbres de la época. La humanidad, según Michelet, ha «comenzado a sentarse entre la Justicia y la Razón». Pero las supersticiones siguen actuando. La religión subsiste, se afirma, los peores

criminales hacen el signo de la cruz al pasar ante las iglesias, y suplican a la *Madonna*, que les conceda seguridad y provecho en sus fechorías. En literatura, la época se autoglorifica y se vanagloria de Petrarca, de Boccaccio y de Manuel Chrysoloras, nacidos apenas ayer; en filosofía y ciencia, de Cosme de Médicis, de Marsilio Ficino, y hasta de Keuchlin, de Ramus, de Leonardo da Vinci, de Telesio, de Campanella, de Copérnico, de Galileo, de Kepler, de Juan Bodin, Grocio y de los independientes o los escépticos Rabelais, Erasmo y Thomas Moro. La filosofía del Renacimiento marca el paso de la filosofía escolástica, fundada en la autoridad, a la filosofía moderna de inspiración cartesiana, obra del pensamiento individual, y será preciso el «Discurso del Método», para aportar definitivamente claridad y precisión a este caos genial de ideas y de talentos. En fin, ¿cómo olvidar que en pintura el Renacimiento alcanzó su apogeo a través del siglo xv y del siglo xvi? Aquí, ¿para qué citar nombres?...

Balbucesos, extravíos, conflictos, resurrección de la Antigüedad, epopeya sanguinaria de los Borgia... estiércol de donde nacen rosas sublimes: eso es el Renacimiento.

No es ya el tiempo de los predicadores Fanáticos que tronan contra la corrupción del siglo. Maquiavelo dice sencillamente, sin ambages: «Sí, nosotros los italianos, somos profundamente irreligiosos y depravados». Maquiavelo escribe esto, sin pudor, sin vergüenza, sin cinismo. Si agrega más adelante: «Somos irreligiosos porque la Iglesia da el ejemplo más funesto en la persona de sus ministros», es sólo como comentario y no como excusa o ateuante.

El odio a la religión nace y se propaga. El famoso *condottiere* Braccio de Mantua tenía por la religión tal horror que un día que oyó a unos monjes cantar salmos, les hizo subir a una torre, les vendó los ojos y les ordenó que cantasen avanzando: «Líbranos, Señor nuestro, de los malvados». Un tambor redoblaba. Los monjes caminaban uno tras otro cantando: «Líbranos...». Daban algunos pasos y apenas concluían su canto cuando caían en el vacío. Mientras el tambor apagaba sus gritos, el monje siguiente avanzaba y cantaba también: «Líbranos...». Terminaba apenas cuando llegaba al borde del precipicio y, creyendo caminar en suelo firme, se precipitaba en el vacío. Cuando hubieron desaparecido así en el abismo y la paz del Señor, Braccio ordenó detener al último en el borde mismo, en el instante en que un paso más le hubiera librado de este bajo mundo, y desvendarle los ojos. El monje, asustado, palideció. Braccio le mostró los cadáveres de los monjes destrozados en las rocas y, después de explicarle la escena, le dijo: «Te doy la vida, pero con una condición: que vayas por todas partes a contar cómo sabe Dios librarte de Braccio, su enemigo, o mejor aún, si quieres, toma empleo entre nosotros». El monje se hizo *condottiere*, y pronto las fechorías que ensangrentaron las más horribles victorias de éstos, se atribuían al monje.

Necesitamos estas pocas consideraciones preliminares antes de abordar la vida misma de los Borgia. Un lector no prevenido se indignaría, en efecto, muy

fácilmente, por las costumbres de una época que, a pesar de su depravación, produjo individualidades notables y obras de arte sublimes.

La vida humana no tiene valor. Su supresión es considerada como un medio de alcanzar tal o cual fin y no como un crimen abominable. Se conocen gentes que matan por dinero. Son asesinos profesionales como otros son carniceros y con menos riesgos. «Aquí en Nápoles —escribe Pontano— nada cuesta menos que la vida de un hombre».

Se mata con el hierro o con el veneno.

Los grandes no quieren comprometer su vida y su honor en una emboscada aventurada o en un encuentro inseguro: acuden al veneno. El príncipe de Salerno quiere deshacerse del cardenal de Aragón, le vierte el famoso «*venenum Atterminatum*» y, seguro de él, profetiza: «Morirás dentro de algunos días, porque tu padre el rey Ferrante, ha querido destruirnos». La carta que Catalina Riario envió al Papa debía costar la vida a éste, en caso de leerla. Alfonso el Grande recibió de sus médicos la orden de no leer el Tito Livio que le había obsequiado Cosme de Médicis, porque las páginas estaban impregnadas con un polvo imperceptible y mortífero. El secretario de Piccinino untó de veneno la silla de mano del Papa Pío II. Italia entera se apasionó por conocer el veneno líquido que costó la vida al pintor Rosso Fiorentino.

En una palabra, el crimen acechaba en todas las puertas. Algunos bandidos de alta posición hacían ostentación de él: Braccio de Mantua y Tiberto Brandolino, defendían con temible ardor su reputación de criminales célebres, lo mismo que el famoso Wemer de Urslingen, quien ocultaba sus propósitos bajo esta discreta divisa: «Enemigo de Dios, de la piedad y de la caridad», inscrita en su escudo.

Por fin, en la atrocidad y en el horror, necesitamos evocar a Segismundo Malatesta, tirano de Rimini, convicto de asesinatos, de violaciones y de incestos, que no ocultaba, y cuyo hijo Roberto habría tenido que experimentar las más innobles violencias si, puñal en mano, no hubiese defendido su cuerpo. Pierlingi Farnesio de Parma, hijo de Pablo III, violó al obispo de Frano. La lista de sus fechorías sería larga, más larga la de sus vicios, y más larga aún la de sus víctimas. Sólo la evocamos para no ser sospechosos de parcialidad con respecto a los Borgia. Unos defendieron su memoria, otros la denostaron: aquéllos se espantaron, éstos exageraron su audacia. No nos jactaremos sino de imparcialidad, aunque ésta tenga que ser implacable con su memoria.

# CAPÍTULO I

*La Roma de los Borgia. —Noche en el palacio de Santa María in Portici. —César Borgia visita a su madre, la Vannoza. —La entrada de los franceses en Roma. —César y el duque de Gandia, su hermano. —El Papa Alejandro VI entre su amante y sus dos hijos. —Política y odios de familia. —Exigencias de Carlos VII, rey de Francia. —Retrato de Alejandro VI. —Diferencias de carácter de César y de Francisco.*

Eran las tres —es decir las nueve de la noche, como decimos nosotros, y las 21 horas como dicen los italianos— eran las tres del primer día del mes de enero del año del Señor de 1495. Desde hacía rato, *Madonna Vannoza* esperaba, caminando nerviosamente a través de la estancia sin alfombra, pavimentada con grandes baldosas. De los muros pendían ricas tapicerías de Arras que habían sido colgadas para lucirlas delante de esos franceses a quienes había sido necesario recibir como triunfadores en Roma, la Roma de los Borgia.

—La Roma de los Borgia... —murmuraba entre dientes *Madonna Vannoza*.

Descendió una vez más las macizas escaleras que conducían al umbral, desde donde acechaba la llegada de alguien. Como lo había hecho ya varias veces esa tarde, *Vannoza* ascendió tristemente las escaleras pensando con rabia en la entrada de los franceses en Roma que, para ella como para todos los romanos, había sido una catástrofe. Se acercó a la hornacina, con las manos juntas, se arrodilló en seguida ante la imagen de la Virgen cerca de la cual brillaba día y noche una lámpara. Nunca se había apagado esa lámpara y a la *Vannoza* parecía que aquella noche temblaba. De su espesa cabellera sacó una horquilla de la que se sirvió para alargar la mecha de la lámpara, pues esa noche no se quería aceitar los dedos. De ordinario, la alargaba con sus dedos, que secaba en sus cabellos.

En seguida, cansada de aguardar, *Madonna Vannoza* se sentó en una alta silla oscura con cojines de seda color oro viejo, ricamente bordados, y con los codos en el mármol de la gran mesa, pensó:

«¡...Ladrones transalpinos!»

No sabía aún que algunas casas habían sido saqueadas; y la *Vannoza* soñadora, inquieta, detenía sus miradas sobre la credencia, ese grande y bonito mueble esculpido con el mismo cuidado que un orfebre puede poner en cincelar una joya, ese gran armario de anaqueles llenos de maravillas artísticas, copas de oro, vasos de oro, vajilla de oro y plata, vasos de mármol y de pórfido de preciosas líneas, otro lujo que apreciaban las grandes damas romanas.



Y nadie llegaba...

De repente, en la calle, piafar de caballos, vociferaciones, nerviosas órdenes dadas con voz ensordecedora. La anciana romana tembló. Se dirigió desconfiada a lo alto de la escalera, sujetando con su mano derecha una pañoleta de seda negra sobre su busto...

—¡Oh!, ¡qué miedo me has dado! Creí que llegaban los franceses...

—Sangre de dragón... Si yo los agarrara... Buenos días, *matrema*.

—Buenos días, César. ¿Y Francisco?... —dice *Madonna Vannoza*, conduciendo de la mano a la gran sala a su hijo César.

—Mi hermano está siempre con rameras. Ayer, cuando entraban los franceses, reía acariciando a la hermosa Gianina, bajo la pañoleta. Todas esas estúpidas miraban desfilar los soldados, y él reía, reía con ellas, el triple palurdo, en lugar de escupirles como hice yo.

—Dios honre al Señor Dios. ¿Tú has hecho eso, tú? ¡Ah, qué bien, oh, carne mía!

La *Vannoza*, de pie ante él, le quitó suavemente su careta para contemplarlo.

—¡Chancros!, sí, yo lo hice —dice él—. Me mordía la lengua para no gritar porquerías al rostro de esos brutos con esa morisca que se vio hacer a los húngaros el día del jubileo danzando delante de ellos.

Flexible y combado, con anchos hombros, César se alzaba provocante sobre sus piernas finas, nerviosas, en actitud de desafío. La mano tendida amenazante, rió burlón e indómito:

—Que vengan, pues, a tocar a un Borgia.

Sobre su risa siniestra que descubría hermosos dientes de esmalte, la madre inclinó su boca, como lo haría una enamorada, y recibió un beso. Esa risa que era el eco de su alegría malévol, la bebió en los labios de su hijo.

—Buenos días, enamorados. Perdónenme si les molesto... Pero les conjuro por los estigmas, por los dolores y por las alegrías, a que no me tomen por un Marforio envidioso y venenoso.

César no se volvió. Había reconocido la voz de Francisco, duque de Gandia, su hermano.

—¡Y Amén! Puedes decir que ambos sois mis amores y recitar el *pater noster* de San Julián —dijo *Madonna Vannoza*, abrazando alegremente a su hijo mayor—. Dímelo. ¿Es verdad que uno de tus hombres ha sido muerto al querer defender a su mujer y su cofre de los franceses?

—Pardiez que sí —dice Francisco—; pero la bribona se había burlado de los soldados franceses; entonces éstos entraron en su casa. La casa estaba llena como un huevo, el marido apareció en el momento en que uno de ellos mostraba a su mujer un pescado de bonita dimensión, para no ser tan monstruoso como ese que permaneció seco en Corneto, y el futuro cornudo sacó el cuchillo...

—Si todos los romanos hubieran hecho lo mismo... Si sus jefes sobre todo...

—César —suplicó *Madonna Vannoza*.

Francisco miró de hito en hito a su hermano, pero se contuvo y continuó, desdeñando el reproche:

—Entonces mató a dos... Pero los franceses lo agarraron y mataron en su puerta.

—Impúdicos, traidores, puercos —gruñó César.

—Sí, sí, y asesinos, y más que asesinos y todo lo que queráis —dice melancólicamente una voz—; pero la verdad es que Roma entera está maravillada de su entrada esta noche.

Se levantaron todos, respetuosos.

—Millares y millares de soldados —continuaba Alejandro VI, que acababa de llegar—, y caballos y estandartes, y luces sobre toda esa muchedumbre de Héctores troyanos, Rolandos o Boves de Antone en armas.

—Y sin duda eran también admirables las aclamaciones que acogían a los franceses —profirió César agriamente.

Alejandro se había vuelto, con la mirada severa. César calló. Mirando entonces alternativamente a Francisco y la Vannozza, el Papa preguntó:

—La, sol, fa, mi, re, do... ¿Podíamos hacer algo mejor? ¿No habría sido una locura resistir cuando los más importantes centros del patrimonio están en sus manos, cuando sus tropas recorrieron victoriosamente los campos hasta Monte-Marco y cuando, en fin, los Orfin mismos cedieron sus Estados a Carlos VIII a quien el diablo dé un baño de agua fuerte?

—La Resistencia...

—*Et coetera*. ¡Ah, ah, ah! ¿Cómo, César, hablas de resistencia? ¿Qué resultados has obtenido tú con los jefes y los cónsules de Francia y España? ¿Qué resultado he obtenido yo mismo con los jefes de la nación alemana, flamenca y borgoñona, y con los súbditos de la casa de Austria cuyo número es, sin embargo, considerable? Ya sabes, qué respuestas evasivas dieron los traidores. ¿La resistencia? ¿Qué bello *visibillum* habríamos tendido al cardenal Gurgense, que lo habría recompensado a puntapiés?

—Si yo hubiera sido Alejandro VI, Papa y jefe de la casa de los Borgia, no me habría prosternado ante el rey, a quien el primer maestro de ceremonias ha llevado, con grandes reverencias, cumplimientos de Su Santidad, de todo el Colegio y del pueblo romano.

—César —regañó afectuosamente Vannozza, que admiraba a su hijo por su valor y audacia.

—¿Y qué dirán —continuaba César con voz irritada—, qué dirán el príncipe de Anhalt, embajador del emperador y Maximiliano, el rey de Nápoles y monseñor López? ¿Olvidáis, pues, que habéis pedido al príncipe de Anhalt que implorara ayuda ante el Emperador?

—Te prohibo que hables de ese modo —dijo Francisco.

—¿Con qué derecho?

—¡Chancros! Soy tu hermano mayor y no...

—Dios lo diga a Dios. No recibo lecciones de nadie.

—Déjalo, Francisco —dice suavemente Alejandro—. Y dime, César, ¿no había yo previsto todo lo qué ha sucedido? Si me he quedado en Roma y si he tenido que dejar que los Borgia sean humillados en mi persona, ¿no eres tú la causa de ello, oh, César, tú que me has impedido huir, y que me has obligado a acoger entre mis muros al vencedor? El rey Carlos es amo de Roma, mientras que el verdadero amo se ha visto obligado a enclaustrarse en el Vaticano, y así, mientras que los cardenales Caraffa y Orfin, que son los únicos que rehusaron ir a visitar al rey, me permanecen fieles, los demás, todo el Sacro Colegio, se apresuraron a ir a hacer una corte asidua y cautelosa al enemigo. ¿Y quién es, César, el autor de todo este espectáculo? Quebrantado mi prestigio, ¿a quién debo pedir cuentas, sino al que me obligó a permanecer aquí a pesar mío y que se atrevió a hablar de cobardía porque yo tomé la decisión más sabia, la de aislarme durante el tiempo que duraran mis diligencias ante Carlos VIII?

César se levantó, tomó su careta y se dispuso a salir. Al pasar delante de Francisco, cruzó los brazos sobre el pecho:

—¿Y se podría saber qué piensa de todo esto mi señor hermano?

Francisco iba a responder cuando a un ademán de Alejandro volvió la espalda y, con la mano sobre su espada, se alejó hacia el fondo de la sala.

César no se movió. Acompañó a su hermano con una mirada cargada de desprecio y odio.

Este odio de César por Francisco asustaba al Papa que, conociendo a César, temía algún peligro para Francisco, su hijo preferido y su gonfalonero.

—Habla, César —dice por fin Alejandro—. ¿No hay nada más de gravedad que saber?

—El rey de Francia nos ha pedido que le entreguemos las llaves de la ciudad, por intermedio del mariscal de Gies, embajador del rey.

—¿Y qué más?

—Ha querido, igualmente, tomar posesión del castillo de San Ángel, donde nos hemos retirado con los cardenales fieles.

—Pienso que no habéis hecho nada de todo eso —interrumpió la Vannoza, indignada—. ¡Responde!

César continuaba como un impresor veneciano, a quien se le reprocha un error de impresión.

—¿No lo habéis hecho? ¡Contesta! —gritaba *Madonna Vannoza*.

César permanecía con la cabeza baja, avergonzado como un ratón que ha caído en el aceite. Afectando una cortesía a la española napolitana, dijo:

—¡Gran bien tengan Vuestras Señorías! Como vaciláramos, el rey hizo retirar la artillería del palacio de San Marcos y la destacó en el Castillo...

—Pues bien —dijo el Papa con tono serio y descuidado a la vez, haciendo saltar de una mano a otra el anillo del pescador que se había quitado de su dedo—, por los

cardenales Cantauriense y de Monreal que han venido a reunirse con nosotros en el castillo de San Ángel, como fieles amigos, he sabido que se aconseja al rey de Francia hacerme salir del trono pontifical porque damos, a la cabeza de la cristiandad, el ejemplo funesto de la perfidia, de la tiranía y del vicio.

—¡Ay de mí! —dijo *Madonna Vannoza*—, querrían que fuéramos como las vendedoras de nabas, los rufianes y los aduladores, y quizás, como santa Nafissa, que entregaba su cuerpo por caridad. Si les escucháramos pronto nos veríamos obligados a hacernos charlatanes en el Campo di Fiori...

—Carlos VIII —continuó el Papa—, ha pedido la investidura del reino de Nápoles y las fortalezas de Civitavecchia, de Terracina y de Spoleto, hasta que haya conquistado enteramente el reino, para su seguridad y la de su ejército. Debo también olvidar todas las injurias que he podido recibir y perdonar a los cardenales y barones traidores a la fe que habían jurado. No he terminado. Debo poner al hermano de Bajazet que conservamos como rehén, el sultán de Geme, a disposición del rey de Francia.

—Vergüenza sobre nosotros en Italia y fuera de ella... —gritó César, fuera de sí.

Aseguró la careta de su rostro y, furioso, salió sin escuchar las amonestaciones del Papa, ni los reproches de su hermano, ni las súplicas de su madre *Vannoza*.

—Déjalo partir, sabe bastante por esta noche; mañana sabrá que el rey de Francia exige que el cardenal Valentinois, César Borgia, le siga en calidad de delegado apostólico, es decir, que se lo lleva con él como rehén.

—No —gritó la *Vannoza*—, eso no, eso no puede ser, no, no y no.

Y con un grito de bestia herida, se echó al suelo implorando a la Virgen entre injurias y votos.

Cuando se levantaba, clamando palabras infames contra los franceses, una sombra pasó frente a la puerta de la sala. Y la *Vannoza*, precipitándose, oyó unos pasos descender por la escalera y perderse en la oscuridad.

Se produjo un instante de tensión.

Como nadie había notado nada, persuadieron a *Madonna Vannoza* de que se había equivocado y le aconsejaron que se fuese a reposar.

En seguida, Francisco, duque de Gandia, se despidió de su madre, la anfitriona, y de su padre, el Papa.

—Temo que un día estas disputas terminen mal —dijo Alejandro—. Demasiada sangre han derramado ya los Borgia; no es necesario que hagan correr la suya.

—Eso sería culpa tuya —dijo la *Vannoza*—; la otra noche, cuando los cardenales Orsini y Caraffa admiraban a Francisco y tu retrato, que se le parece, tú no viste las miradas de César cargadas de odio...

La *Vannoza* decía la verdad. Una tarde que los cardenales Caraffa y Orsini, los fieles de Alejandro, estaban discutiendo con el duque de Calabria, apostado con sus tropas ante los muros de Roma para defender la Santa Sede contra Carlos VIII, el duque se había detenido ante el retrato de Alejandro y había preguntado si no era ése

el duque de Gandia. El Papa había temblado de orgullo. Estaba más orgulloso de su belleza —ya debilitada, pero muy notable, no obstante— que de todos sus triunfos en política.

Cuando era solamente el cardenal Borgia, había sido de una belleza alabada en todas partes.

He aquí el retrato que trazó de él, el historiador Gaspar de Verona:

«Es hermoso. Su rostro es agradable y sonriente, se expresa con elegancia y suavidad. No tiene más que lanzar una mirada a una mujer hermosa para encenderla de amor de una manera extraña y atraerla hacia él con más poder que el imán atrae al hierro».

Porcio alaba además, la delicadeza de sus maneras y de sus gustos: «Es enemigo de toda persona cuya cortesía deje que desear», etc.

Por fin, el célebre Janson Manius de Milán, exalta también en él «el porte elegante, la frente serena, las cejas de un rey, el rostro que lleva la huella de la liberalidad y de la majestad, la armoniosa y heroica proporción de todos sus miembros».

Por haberlo considerado demasiado como a un rey tal vez, se hizo cortesano. Lo cierto es que el cardenal Borgia fue, en su juventud, de una elegancia y belleza admirables. El duque de Gandia, Francisco Borgia, recordaba radiantemente esa juventud, y Alejandro lo amaba por esta semejanza.

—César —dice Vannozza—, sabe que no se alabará su elegancia, que cada vez que se encuentre delante de Francisco será eclipsado. ¿Crees tú que es feliz con la preferencia que concedes a su dichoso hermano? Veo todo eso, yo, su madre. Cometo un error al decirle: «Pero tú no tienes la misma nobleza, tú no has nacido para los amaneramientos, para las frivolidades, con tu tez en que el sol brilla, con tus ojos sombríos como la noche, tú has nacido para las grandes aventuras. Deja a Francisco en su belleza de prelado, tú conserva orgullosamente la de soldado».

—¿Y qué te responde? —preguntó distraídamente Alejandro. La Vannozza se mordió los labios, vacilando en responder, y dijo negligentemente:

—Se pregunta por qué se quiere hacer de él el prelado y de Francisco el guerrero.

—¿No es Francisco el mayor? ¡Ah! César, César.

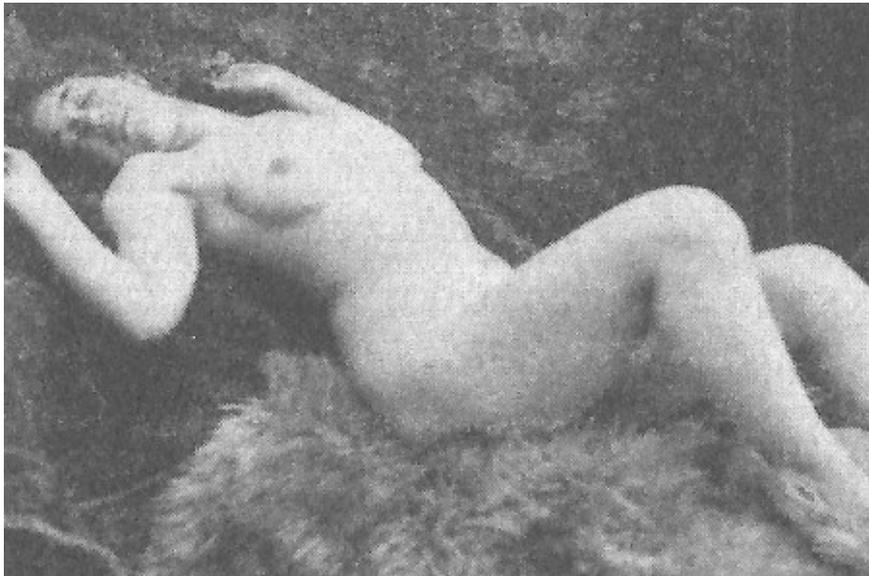
La Vannozza osó repetir temblando la blasfemia que César dejó escapar en una noche de locura:

—Si el Destino se obstina en querer hacer de mí el prelado que no quiero ser, daré al Destino un bofetón del que hablará la Historia de los Borgia.

—¿Qué quiso decir? —preguntó el Papa.

—No lo sé aún —murmuró la Vannozza.

—Ojalá nunca lo supiéramos —dijo Alejandro, besando con extraño fervor el anillo del pescador que había vuelto a colocarse en su dedo meñique.



## CAPÍTULO II

*Recepción del rey de Francia. —Saqueo del palacio de la amante del Papa por los franceses. —César Borgia. — César Borgia hace masacrar a los truhanes. —El rey de Francia se lleva consigo al sultán Geme que pronto muere envenenado por los Borgia. —Vuelta de César Borgia a Roma, rehén del rey de Francia. —Mala pasada jugada por César a los franceses. —Alejandro VI ordena el asesinato de Sforza, marido de Lucrecia. —César entra en casa de su hermana a ejecutar la sentencia papal contra su cuñado. — El incesto. —Huida de Juan Sforza. —Los caballeros de César persiguen al marido de Lucrecia. —El «regente» de Santa María. La alcahueta del Papa. —Julia Farnesio, la novia de Jesucristo. —Un caballero enmascarado denuncia al pueblo los incestos y las orgías de los Borgia. —Furor del pueblo. —El falo de madera. —La bendición. —La cabeza cortada.*

César venía a contar a su madre las últimas noticias. Esperaba que ella se indignaría de la pasividad de Alejandro y pensaba contarle con todos sus detalles la recepción del rey en la Cámara del Papagayo, donde Carlos VIII pidió al Papa que diera al obispo de Sant—Malo el capelo cardenalicio, lo que el Papa hizo con gran diligencia, pidiendo una capa al cardenal de Valentinois y el cape- lo al cardenal Cantauriense. Proyectaba contarle minuciosamente esa cabalgata del rey acompañado del Papa y de todos los cardenales hasta la iglesia de San Pablo, donde también el rey pidió y obtuvo un nuevo capelo de cardenal para su primo, el obispo de Mans. Pero, apenas la Vannozza hubo reconocido el paso y la voz de César, se precipitó hacia la escalera y allí, como una furia, gritó abominables injurias contra «esa raza maldita de franceses». A través de sus imprecaciones y lamentos, César comprendió que la casa materna había sido saqueada por soldados franceses, robadas las alhajas, los muebles saqueados y la Vannozza «expuesta, según sus propias palabras, a la pasión brutal de un soldado infame a quien su vejez había servido apenas de broquel».

La cólera de César tuvo de qué alimentarse. Desde la entrada, se reveló el saqueo. En los muros, las tapicerías preciosas estaban laceradas y lamentablemente manchadas, las pinturas que adornaban los muros habían sido arrancadas a hachazos o raspadas, los relicarios yacían en el suelo hechos pedazos, pisoteados, los grandes lechos estaban destrozados, la ropa de cama manchada de aceite derramado a vasos llenos, el gran baúl que guardaba toda la ropa blanca de la casa había sido desfondado

a mazazos y la ropa blanca robada. De la credencia, con esculturas tan delicadamente ejecutadas, no quedaban en pie más que restos informes, manchados de pez. De la joyería y la vajilla no quedaba nada. Las estatuas, los grandes vasos de mármol y pórfido habían sido hechos pedazos. Sobre las baldosas, despedazadas, yacían restos, las sillas quebradas y las mesas rotas.

La Vannozza lanzaba alaridos de demente; César intentó consolarla; ella no escuchaba, gesticulaba como una furia, pero, al fin, cansada de gritar, respiraba injurias, blasfemias, con los cabellos sueltos y los ojos hinchados de tanto llorar.

Había en la plaza Pizzo di Merlo, un grupo de soldados franceses encargados de la custodia de los banqueros genoveses y florentinos que celebraban allí sus reuniones. Al pasar, César los vio que jugaban a la taba. Dejó a su madre con sus lamentaciones y reunió a su gente. Se trataba de alejar a los soldados de sus armas, y a la señal que daría él, César mataría a todos. En efecto, pronto los soldados, un tanto ebrios y absortos en el juego, se vieron rodeados por gente de apariencia bonachona. Repentinamente, César Borgia apuñalaba al soldado de facción, le arrancaba su partesana y la hundía en el cuerpo tendido del herido. El arma lo atravesó y quedó clavado en tierra. En pocos minutos, todo el puesto estaba aniquilado.

Como todo el barrio Ponte acudía: comerciantes, banqueros, funcionarios pontificios y cortesanos de renombre, que habían fijado allí su residencia, César reunió a su gente y, a la carrera, llegaron a la Torre di Nona. No había vengado aún a su madre, ciertamente, pero esta represión le satisfacía ya. Odiaba a los franceses al extremo de que los habría envenenado a todos si hubiera podido; demostraba sus sentimientos con franqueza, y se envanecía de ellos. Una secreta alegría palpitaba en él; no tanto la satisfacción de la naturaleza realizada, como la esperanza de una venganza próxima de la que Carlos VIII conservaría el recuerdo.

«Cuando Geme estuvo preparado por el Valentinois —escribe un historiador de la época—, el Papa lo puso en manos del rey, a quien estaba confiado en adelante con una estipulación de acto público, en virtud del cual ese señor besó la mano y los hombros de Carlos, con una gracia digna de la grandeza de su nacimiento, y volviéndose con un ademán lleno de ternura hacia el Papa y el cardenal de Valentinois que estaban allí presentes, les agradeció los buenos tratos que había recibido en su casa y les suplicó que le recomendaran a su nuevo protector y señor, asegurándoles, por lo demás, que no se arrepentirían jamás de haberle devuelto su libertad, ni el rey de haberlo tomado en su compañía».

César se dio cuenta de cuán vigilado estaba: toda la noche, acechó los alrededores del «alojamiento» que se le preparó, pero por todas partes encontró ojos vigilantes; tuvo que diferir para otra noche la ejecución de su proyecto. El alba lo sorprendió dando vueltas rabiosamente como una fiera encerrada.

Al día siguiente, el rey pernoctó en Villettri. Carlos VIII Había apreciado, en esta jornada, al cardenal de Valentinois como un compañero exquisito, erudito y alegre vividor a la vez; no se separaban más que cuando llegaba la noche, porque la fatiga



abatía al rey. El cardenal de Valentinois le acompañó al alojamiento que se le había preparado, le saludó y se retiró.

La noche caía, espesa y fría. Ayudado por las tinieblas, un palafrenero se deslizó fuera de los grupos de soldados y abandonó la ciudad sin haber sido notado. Así, recorrió a pie cerca de una milla de camino, temiendo a cada instante que su huida hubiese sido notada y que los caballeros se hubiesen lanzado en su persecución. Alcanzó los carromatos y los pasó sin obstáculo. Llegado a cerca de una milla de la ciudad, lanzó un silbido en la oscuridad. Ningún eco le respondió. Repitió la misma llamada y repentinamente tembló; creyó oír en lontananza la misma señal. Renovó la misma llamada: esta vez, no había ya duda, habían respondido. Resueltamente, se puso en camino y pronto encontró un criado con dos caballos.

Montar en uno, dejar que el criado saltara sobre el otro, fue cosa de un instante. Pronto, bastante alejados de Villettri para no temer que el galope de los caballos pudiera ser oído, espolearon sus bestias. Llegaron a Roma antes del amanecer y monseñor Flores, auditor de Rota, no quedó poco sorprendido cuando reconoció al que se ocultaba bajo vestimentas de palafrenero.

Al día siguiente, no se comentaba otra cosa en Roma que la mala pasada jugada al rey por los Borgia: Geme muerto, y el cardenal de Valentinois, rehén, ¡evadido! El siniestro prestigio de los Borgia se realzaba con esas dos hazañas. Pero César no se conformó con eso. Hizo licenciar y expulsar de Roma a todos los franceses que con cualquier función hubieran quedado cerca del Papa.

Cuando éstos, habiendo reunido algún dinero, se alejaron de Roma, se encontraron con la gente del duque de Valentinois que los atacaron y los asesinaron para despojarlos. Algunos, en número considerable, tuvieron que dar sus adioses al Papa. Cuando estaban arrodillados en el Vaticano, unos sicarios de Valentinois saltaron sobre ellos e intentaron ahorcarlos. Muchos lograron huir y atrincherarse en una casa donde pudieron conseguir auxilio.

El Papa envió al obispo de Nepi y de Sutri, su secretario, a presentar al rey sus excusas por la huida del cardenal de Valentinois, cuya preparación el había ignorado, según dijo. El pueblo romano delegó a monseñor Porcani, deán de Rota, acompañado de dos gentilhombres, encargado de suplicar al rey que no se indignara por esa huida, por la que Roma se sentía profundamente disgustada; pero, durante ese tiempo, los Borgia se burlaban de Carlos VIII y castigaban a los amigos de este último. El cardenal Riario, que en un moderado discurso, no expresó encarnizamiento contra los enemigos del Papa, es decir los franceses, fue arruinado y despojado. Pero lo que constituía sobre todo la alegría de los Borgia y de sus amigos, era la broma hecha por César a los soldados franceses.

Cuando el duque de Valentinois partió con el rey, llevó con él 19 carromatos, todos cargados de muebles raros, objetos preciosos, armas, etc. En las primeras etapas, los carreteros del duque descargaron sólo dos: y éstos no contenían más que maravillas, vajillas de oro y plata, «un suntuoso y magnífico aparador de plata,

destinado a su servicio», etc. Los soldados franceses deducían que los otros carros, «igualmente adornados con las más ricas cubiertas», estaban tan preciosamente cargados y se persuadían así de que quien se iba con tanto ceremonial no podía huir fácilmente».

Nadie notó que los dos carros así descargados y cargados de nuevo se quedaban intencionadamente atrás, a fin de poder, estando fuera de vista, dar media vuelta con facilidad y volver a Roma sin ser molestados. Así se hizo. Pues bien, tan pronto como fue descubierta la huida del duque de Valentinois, los soldados, llenos de despecho y de furor, se arrojaron al pillaje de los carros. Arrancadas las «cubiertas», no encontraron sino piedras o trozos de madera que constituían todo su cargamento. Al contar los carros, a fin de encontrar los que llevaban las maravillas que habían admirado, no encontraron sino 17; comprendieron cuán bien burlados habían sido, y que los dos carros con la preciosa carga estaban ya en Roma.

Cuando se supo la historia en Roma, fue motivo de gran regocijo para toda la ciudad, lo que aumentó la popularidad de los Borgia.

Si se hubiera pedido a Maquiavelo que juzgara la tentativa de asesinar a Juan Sforza, Maquiavelo no habría dejado de exclamar que el asesinato de Sforza se imponía. Y nosotros diremos que política, y «según las costumbres de la época», el asesinato de Juan Sforza era un asesinato necesario.

Es preciso, para apreciar este acto político, pues su realización no sería más que uno de esos actos políticos a los cuales estaban acostumbrados todos los príncipes italianos; para apreciarlo independientemente de la moral admitida o de prejuicios, es preciso conocer qué situación se habían creado los Borgia en Italia, y entonces se convendrá en que, para su seguridad, como también para la satisfacción de sus apetitos, la eliminación de Juan Sforza era necesaria.

La muerte de Juan Sforza fue, pues, ordenada por Alejandro VI. No se extrañen de ver a un Papa, jefe venerado de la Iglesia, ordenar fríamente tal asesinato. Alejandro estaba acostumbrado a actos semejantes. En Italia, como en Turquía y Francia, se sabía al Papa familiarizado con esas ejecuciones sumarias, si creemos a esa sencilla y sorprendente carta que Bajazet remitió con su embajador a Alejandro VI y en la cual el sultán pedía, sin ambages, a «su Altísima y Venerada Santidad» quisiera enviar a su hermano Geme «a un mundo en que fuera más feliz». En esa carta se solicita muy explícitamente a Alejandro que mate a Geme y le envíe, a título de prueba, el cadáver de la víctima. Con eso puede juzgarse la encantadora sencillez de las costumbres de las que Maquiavelo se hizo avisado apologista.

Así, el asesinato de Juan Sforza fue ordenado por Alejandro, que veía en Sforza un temible enemigo político y más aún, al yerno del Papa lúbrico, cuyas ignominias conocía.

César fue escogido por Alejandro para la ejecución de Sforza; pero como Sforza, al corriente de los medios empleados por el Papa, no iba a resignarse fácilmente a desempeñar ese papel de plácida víctima, César precipitó sus esfuerzos.

Una noche que Lucrecia y Juan Sforza conversaban amistosamente de los incidentes políticos que surgían a diario en Roma, de las enemistades que trastornaban a toda Italia y las dificultades que de ellas resultaban para él en el Vaticano, el criado de confianza de Sforza, que le había dedicado cuerpo y alma, se precipitó repentinamente en la sala y apenas tuvo tiempo de balbucear algunas palabras, cuando Sforza saltó sobre su puñal y su espada, dispuesto a la resistencia suprema, los ojos en llamas, el odio en los dientes. Pero Lucrecia le abrazó suplicante, zalamera y firme, y le persuadió a huir.

Sforza abandonó la habitación después de decir algunas palabras al criado, y apenas había salido cuando el paso de César martillaba el largo vestíbulo.

César entró. Con una mirada, comprendió la escena. La turbación de Lucrecia, aunque sutil comediente, lo mostraba: se tramaba algún complot. Con su decisión feroz, precipitó el paso, cínico y resuelto:

—¿Dónde está Giannino?

—¿Giannino? —preguntó sencillamente Lucrecia, fingiendo sorpresa para tener el tiempo de medir sus respuestas y afirmar su voz.

—Responde en el acto a mis preguntas. Nada de astucias. Si te veo vacilar o reflexionar, te dejo ahí como una perra destripada.

El puñal de César precisaba su amenaza. Con mano nerviosa torcía el puño de Lucrecia, cuya boca se convulsionaba en un grito: «¿Dónde se oculta Juan? ¡Y pronto!».

—¿Juan? ¿Acaso necesita esconderse?

—Puerca, ¿dónde se oculta? te pregunto.

—¡Ah! Me haces daño, por Dios.

César la tendió en el lecho. Con sus muslos nerviosos oprimía como en un torno el bello cuerpo de Lucrecia. Con su mano izquierda arrancó la pañoleta de su pecho, desnudando el busto de la joven; su mano derecha se cerró en una presión violenta sobre el cuello pálido. Lucrecia, inmóvil, se ofrecía, como una presa admirable, al crimen o al cielo. Uno y otro se presentaron en la mente y en los ojos de César. Pálida, los cabellos en desorden, ella tentaba el deseo demoníaco del joven. Él escuchó las palpitations de esa carne contra la suya; su mirada se empañó, respiraba los olores que perfumaban a esa mujer, y con su boca inclinada sobre la de Lucrecia que no podía ya exhalar un grito, le habló, con el aliento ardiente, labios sobre labios:

—¡Ah, bella carroña!

Mientras César cedía a ese vértigo imprevisto, una ola de furor repentino amotinaba a las gentes agazapadas en la plaza, en la calle y en los rincones de las encrucijadas de abajo. Sin que se hubiesen dado cuenta de él, sin que lo vieran venir, mientras disimulados espían los alrededores de la casa de Lucrecia, un caballero apareció en medio de esa gente, firme sobre los estribos, la espada empuñada, pasándoles sobre el cuerpo, y permanecían ahí, fijos, mudos de estupor, sin oír a Micheletto, el ejecutor de las altas obras de César que gritaba, con voz atronadora,

golpeando sobre su muslo con un puño, furioso:

¡A caballo! ¡En nombre de Dios! ¡A caballo! ¡A caballo!

Toda la tropa se precipitaba hacia una casa vecina en cuyo jardín habían atado sus caballos. Encorvados sobre la montura, para no chocar con el dintel de la puerta, a caballo desde el jardín para ponerse más pronto en carrera, salían rápido unos tras otros, entre un tropel de caballos, de relinchos, de coces y de vociferaciones.

Sobre la ruta iluminada por la luna, bajo cuyas sombras asustaba el viento, la tropa pasó en tumulto.

Un «sacramento» retumbante, formidable, de Micheletto, estalló en el silencio de la noche; el galope de los caballos se perdía a la vuelta de camino; el eco se prolongaba en lontananza, feroz, siniestro, como el grito ronco de una bestia de presa. La persecución comenzó, en el camino: Micheletto reconoció el caballo de Juan Sforza.

César no oyó el grito de Micheletto. Más calmado ahora, preguntaba a Lucrecia, su hermana:

—¿De modo que tú nos lo has robado?

—Te digo que no; partió tranquilamente para Pésaro, y a estas horas quizás esté allí.

—Voy a hacer registrar la casa y si lo encuentro, mi muy bella hermana, sería terriblemente exigente, os prevengo —dice con una sonrisa equívoca que Lucrecia conocía bien—. Júrame que ha partido, que ya no está aquí.

—Te lo juro, César.

—¡Ah! ¡Dios mío! Haberle dejado partir, les previne que se nos escaparía si le dejábamos mucho tiempo. ¡Qué astutos! Creían que él no desconfiaba. Imbéciles, como si no conocieran a los Borgia. Él, sobre todo. Él, que lo sabe todo, que conoce nuestros pecados más secretos. ¿Pero no has reflexionado tú, pues, insensata, que conoce todos los asesinatos ordenados por el Papa y cómo los hemos perpetrado, que él ha sido partícipe de todos nuestros secretos, que teníamos en él la misma confianza que en un Borgia?

—Hoy día, no todavía quizás, ¿pero mañana? Pensar que el Papa le confió a Julia, su amante, y que, por él como por ella, sabe nuestros misterios más secretos. Es de preguntarse si ese Papa, imbécil e incapaz, no estará ya bueno para darlo a los gusanos. Confiar a su yerno, el cuidado de su amante, y a ti, su hija, la labor de iniciarla en el amor. Pues eso es lo que se dice en todas partes, tú lo sabes: que tú y tu marido habéis preparado los amancebamientos del viejo, llaman a Juan el «regente» de Santa María y a ti, la alcahueta del Papa. De Santa María, la muchedumbre ha hecho un burdel, y ¿no sabes cómo llama el pueblo a Julia?: «la novia de Jesucristo». Lee las sátiras y te darás cuenta.

—Tú, César, quisiste que Julia Farnesio fuese mi dama de honor. Roma entera también dice que quisiste que estuviera a mi lado para que nadie protestara por las visitas que me hacías y para alejar de tu amor incestuoso las sospechas del pueblo.

Dijiste que la muchedumbre veía en el palacio de Santa María in Portici un burdel. Ojalá que no vieses nada peor. Los hombres no pueden resistir a sus pasiones, decís vosotros, pero ¿cómo podríamos, pues, resistirlas, nosotras las mujeres? Y el pueblo nos excusa.

—El pueblo supone solamente, mientras que los que han visto, los que saben, los que como Juan Sforza y tú han calentado el lecho donde el viejo del Vaticano venía a reanimar su pasión senil, éstos podrían hablar. He ahí lo que no conviene. He ahí por qué vine esta tarde a hacer una visita a tu marido. He aquí por qué, a un silbido, mis hombres emboscados van a salir de todas partes, a saltar sobre sus caballos y tomar la ruta de Pésaro. ¡Qué hermosa viuda harás tú, Lucrecia! Voy a partir con mis gentes, sería muy feliz al anunciarte mañana, yo mismo, la buena nueva: Lucrecia libre.

César abraza a Lucrecia, pero ésta, cansada y desconfiada, lo rechazó suavemente:

—Podrían vernos, César.

Un rumor subía de la calle. César, solicitado por un deseo imperioso, no se preocupó de él, y como Lucrecia temblaba con su brazo, se enorgulleció de la embriaguez que creía provocar. Era más feliz por el placer culpable de corromper a su hermana que por su propia voluptuosidad.

Bajo la ventana de la incestuosa pareja, se formó un grupo. Un caballero enmascarado se ponía de pie en medio de él y decía:

—Vosotros todos, señores y buenas gentes, fieles a los Sforza, cuidad las salidas del palacio Santa María in Portici. En la cámara misma de Juan Sforza, al que han querido asesinar esta tarde, César Borgia viola a su hermana, concubina interina del Papa Alejandro VI, su padre. A quien dude, la verificación de lo que digo es fácil. Subid las escaleras, subid a las cámaras de los Sforza y veréis al puerco de la Santa Sede, embriagarse en caricias sacrílegas. Subid, mirad, grabad en lo más profundo de vuestro corazón lo que vean vuestros ojos, y si mañana los Borgia quieren enlodar la memoria de los Sforza, decidles que mienten, que la vergüenza y oprobio de sus vicios no ha salido de su casa y que ahí quedará para siempre.

¡Vivan los Sforza!

La muchedumbre aprobaba sin aplaudir y abrió paso al caballero, que se alejó.

La multitud se agitaba en la oscuridad, se hablaba de los Borgia, de los escándalos que suscitaban, se hacían bromas groseras; uno tras otro, Julia Farnesio y su madre, el Papa, la Vannozza, César Borgia y la pobre Lucrecia fueron mancillados. A la luz de antorchas que trajeron algunos, la muchedumbre penetró bajo el pórtico y sobre los muros blanqueados de cal, trazó dibujos obscenos, injurias indecentes. Alguien, encaramado sobre los hombros de un *facchino*, clavó sobre el pórtico, en el umbral mismo de la casa y de tal modo que todos los transeúntes pudiesen verlo, un enorme falo de madera. La muchedumbre aplaudía. Se aclamó el símbolo que los proxenetes antiguos exhibían en el umbral de los prostíbulos.

Alguien escribió debajo: «Para Lucrecia Borgia». Otro, sin borrar, inscribió en

letras enormes: *Ad usum Alexandri*, haciendo alusión a los rumores que corrían en la ciudad y según los cuales Alejandro, llegado al paroxismo de la depravación, necesitaba, para despertar su sensibilidad, recurrir a violencias de ordinario reservadas al sexo opuesto.

Las cortesanas que se encontraban allí en número bastante grande, no dejaban de reír a carcajadas. Alusiones indecentes subían de sus bocas hacia el símbolo obsceno que las inscripciones agravaban.

Mientras César y Lucrecia se olvidaban en gustar de los placeres reprobados, mientras la muchedumbre se burlaba de los Borgia, el caballero perseguido por la tropa fue alcanzado a orillas del Tíber, y ahí, después de heroica lucha, fue acribillado a estocadas y arrojado al río en el momento mismo en que sus perseguidores iban a agarrarle y cortarle limpiamente el cuello para recoger su cabeza como trofeo y colgarla después de la silla de montar del capitán Micheletto.

Satisfecha la tropa de la buena labor cumplida, volvía nuevamente a Roma cantando. Cantaban una canción florentina cuyo estribillo era: «Por doquiera encuentres gentes que cantan, fíate de ellas: los malvados no cantan».

Pero César, molesto por los rumores que aumentaban de momento en momento, apareció en la ventana y ordenó imperiosamente a la muchedumbre que se callara.

A pesar de lo que había dicho el caballero, nadie creyó seriamente en su acusación de incesto; pero la aparición de César en la ventana de esa habitación, que toda Roma sabía era la cámara de Lucrecia, era, esa noche, de una temeridad en que la muchedumbre vio la impudicia, y un clamor de gritos y de injurias respondió al joven cardenal, que de lo alto del palacio Santa María, insultaba a la multitud. Arrojaron piedras. Se cerró la puerta cochera. La muchedumbre se precipitó entonces contra ella, y después de algunos golpes la puerta maciza cedió, produciendo algunas caídas. Los heridos gritaban. El impulso los había precipitado dentro del vestíbulo. Afuera la muchedumbre insultaba a César.

Repentinamente se produjo el pánico. La multitud enloquecida se precipitaba hacia las salidas de la calle.

César tomó su pito y por tres veces una estridencia desgarradora atravesó los aires: la llamada de auxilio de los Borgia.

La muchedumbre la reconoció y, cual rebaño despavorido, huía.

Mientras César gritaba a la muchedumbre, Lucrecia, inquieta por todos esos clamores, cometió el error de mostrarse en la ventana del palacio. Y desde lejos, la multitud, que creyó ver en ello un desafío de los culpables, continuó gritando injurias contra la hija del Papa Alejandro VI y poco a poco volvió bajo las ventanas del palacio.

«El Papa está en su lecho —gritaba la muchedumbre—, con ellos».

Y, desencadenada, la plebe reclamaba al Papa.

«¡Alejandro, Alejandro, muéstrate!»

De repente, todos callaron.

En la ventana vecina a la que ocupaban Lucrecia y César, una sombra se apoyaba, y sobre la multitud amontonada y turbada, descendían sus ademanes de bendición. Ante su indecible estupor descendía, silenciosa y grave, la bendición de Alejandro VI, sucesor de San Pedro, y silenciosamente la plebe se alejó...

César, sorprendido de no ver correr a sus hombres tras la plebe, descendió a la calle desierta. Llamó: «¡Micheletto!». Nadie respondió. Recorrió la calle entera, seguido con la vista por Lucrecia temblorosa, y apenas él hubo traspasado el muro de la casa amarilla, Lucrecia regresó precipitadamente.

—Pablo, Pablo...

En la sala vecina, apareció Pablo.

—Pablo, lo has visto todo y escuchado todo. Repite todo eso a Juan Sforza y dile lo que me ha pasado, lo que he ofrecido como sacrificio al Señor, por amor a él. Ve y dile que apure sus pasos y que no se fíe de sus amigos. Pronto, Pablo, anda, y que Dios te proteja. Pero antes llama a Antonio.

Lucrecia dijo a Antonio: «Habla, habla, ¿dónde está él?».

Contó Antonio que para despistar a las gentes de César, un criado había montado un caballo y huido a toda brida hacia Pésaro, perseguido pronto por toda la tropa.

Juan Sforza se aprovechó de eso para alejarse en seguida tranquilamente y tuvo el coraje de llegar hasta las ventanas mismas de su peligroso rival y su mortal enemigo, a invitar a la multitud al desprecio de las ignominias de los Borgia.

Antonio hablaba aún cuando un clamor alegre entremezclado de choques de espadas lo interrumpió. De la calle, subían llamados familiares y alegres. Se aclamaba a César, se aclamaba a Lucrecia.

El jefe de la tropa de los caballeros avanzó respetuosamente bajo las ventanas del palacio, pidiendo a doña Lucrecia que se asomara.

Cuando Lucrecia apareció, vio al caballero tenderle al extremo de su brazo, como una enorme fruta pesada y jugosa. El caballero, que no era otro que Micheletto, y que creía aún a César en la cámara de Lucrecia, dijo entonces a ésta que habían encontrado a orillas del Tíber algo que podía haber perdido el señor Juan Sforza. Y como Lucrecia se inclinó para ver mejor, reconoció al levantar su brazo el capitán, una cabeza recién cortada y cuya sangre goteaba sobre la silla de montar.

Pinchando la cabeza con una espada que tenía en mano, Micheletto dijo, en medio de las risas de la tropa:

Dígnese usted decir a nuestro señor y amo que Juan Sforza lo espera en la punta de su espada.

Lucrecia lanzó un grito y cayó sobre los bloques, inerte.





## CAPÍTULO III

*La fiesta en la viña de San Pedro ad Vincula. —Cardenales y cortesanas. —El sulfataje de las viñas: método antiguo. —Las jarras galantes. —César Borgia en su laboratorio. —Las tarteras de cobre. Las sales de orina. —El arsénico, maná celeste. —La cantarella: el veneno de los Borgia. —El antídoto. —La herencia del monje español. —Retrato de César Borgia. —Rivalidad entre los dos hermanos. —Donna Sanzia. —Amor incestuoso de César y Lucrecia. —En las viñas de San Pedro hay rosarios de monjes en lugar de rosarios de caracoles. —Orgía cardenalicia. —El juego de «el que encuentra toma». —Cardenales y madonnas en la oscuridad. —Julia Farnesio y César Borgia. —Amor de Julia Farnesio por Francisco, duque de Gandia. —El convento de San Sixto.*

Aquel día, 14 de junio de 1497, había fiesta en la viña de San Pedro ad Vincula. La Vannozza recibía allí a todos los cardenales, al Papa, a Julia Farnesio, al príncipe de Anhalt, embajador de Maximiliano, y a los embajadores de Francia y España, como también a los enviados de los principados y reinos italianos.

La Vannozza daba la fiesta, ciertamente, pero los convidados no se consideraban tanto invitados de la Vannozza, antigua concubine del Papa, como del Papa mismo. Sin embargo, todos demostraban a la Vannozza las consideraciones debidas a una reina. Los huéspedes se desparramaban a través de las viñas, admirando la cosecha próxima, pero sobre todo, protegiendo sus confidencias amorosas entre el follaje de las cepas y bajo los melocotoneros débiles que daban sombra a las hileras de estacas rendidas, sobre las cuales corría la vid, en tres filas superpuestas, distantes alrededor de cuarenta centímetros. Rompiendo la monotonía de esas avenidas así deslindadas por cada lado e invadidas de malas hierbas entre las que saltaban langostas, a veces algunos emparrados formados de estacas macizas y de tablas entrecruzadas ofrecían a las lascivas parejas una sombra propicia.

Los cardenales y sus amigas vagaban felices como escolares en vacaciones o como elegidos en el paraíso; las risas sonaban frescas y puras; las parejas se inclinaban sobre las altas tinajas destinadas a recoger agua; en el agua se remojan restos de cobre, sal y cal. Cuando una enfermedad atacaba al viñedo, rociaban la vid con esa agua. De esa fórmula primitiva se acordaron los viñateros cuando más tarde rociaron las plantas con agua que contiene, en disolución, sulfato de cobre.

Sobre esas tinajas vacías en sus cuartas partes, se inclinaban las hermosas

muchachas y sus amantes; y cuando hablaban, la voz resonaba con una sonoridad extraña: ellas reían entonces y la risa brotaba en ecos armoniosos, y los cardenales y los barones se inclinaban entonces como sus amigas, sus cabezas se rozaban, sus labios se juntaban y mientras las mujeres reían divertidas, los cardenales más graves, con una llama en las pupilas, unían sus labios a las bocas reidoras. A veces un capelo caía en el agua de las tinajas y las risas resonaban en sonoros trinos.

Sobre casi todas las tinajas se inclinaban dos cabezas que se sumergían ligeramente y se juntaban, mezclando sus bocas. Y no era un espectáculo piadoso esta serie de tinajas de vientres rechonchos contra los que se rozaban las parejas.

A veces una liebre saltaba entre las hierbas o arrancaba vuelo bajo una perdiz, a la que no se había visto partir y que un choque de alas denunciaba a la atención. Aquí y allá, a lo largo de los pasos, algunas trampas ofrecían entre los ramajes o las hierbas, sus piedras lisas asesinas. Algunas serpientes se arrastraban suaves, ondulantes, confundidas entre las hierbas.

A veces, un cardenal, acechando los alrededores, se acurrucaba, arrastrando a su amiga, y no se veía ya, sino a cortos intervalos, la cabeza del prelado, desconfiada, que se asomaba por encima de las hojas. Algunos, demasiado afanados, descuidaban esas precauciones y, cuando se levantaban, encontraban a su alrededor, ocultos entre los racimos, ojos reidores y brillantes.

Durante este tiempo, la Vannozza vigilaba en casa, apurando a los criados, preocupada por desempeñar bien sus funciones de dueña de casa. Una vez impartidas las órdenes, se encontraba, en una sala del primer piso, con César, duque de Valentinois que, con los brazos arremangados, inclinado sobre una artesa, estaba absorto en su labor.

Esta habitación estaba reservada a la Vannozza y a César.

Sólo el Papa tenía derecho a entrar allí con ellos, pero jamás un servidor franqueaba el umbral. Sobre el suelo yacían grandes torteras de cobre. Sobre estas torteras de cobre rojo enteramente cubiertas de cardenillo, se evaporaba un líquido que parecía incoloro.

Una de estas torteras estaba siempre en el hogar de la chimenea, para que la corriente de aire activara su evaporación. Cuando la Vannozza entraba, César le dijo, refunfuñando:

—Te prohibí que hicieras fuego.

—Apenas encendí algunas brasas para apurar un poco el resultado, no habríamos tenido polvo hoy. Y he hecho demasiado poco para que el polvo haya podido ponerse al rojo.

—No es tanto por eso como a causa de las cenizas que, mezclándose con el polvo, lo hacen menos fino. Felizmente, el cardenal de Riario es miope. Este siempre está bueno para él... pero para otros...

—Pero, ¿para quién, pues? —preguntó ansiosamente la Vannozza.

Y como la mirada de César huía de la suya, ella temió adivinarle y suplicó:

—César, mi hijo querido, evítame esa pena. Él no. No, eso no...

—Tráeme la tortera —dijo César—, debe estar seca ya.

La Vannozza levanta con las dos asas de hierro la pesada tortera de cobre rojo, en la cual se ven, como un moho, unas manchas verduzcas espolvoreadas con una sal...

Con una pata de liebre, César reúne cuidadosamente este polvo; en seguida, con una lámina de marfil raspa cuidadosamente el cobre. Vierte a continuación ese residuo en un mortero de mármol, lo muele con un mazo de mortero, después lo pone por pellizcas entre dos pulidores de ágata y el polvo se escurre, imponderable, impalpable, sobre un espejo de plata pulido.

—Dame el maná.

César llamaba al arsénico el maná celeste.

Junta entonces el arsénico con el polvo precedente, pasa después la mezcla entre los dos pulidores y, terminada su tarea, exclama: «Dios dijo: ¡Hágase la luz! Y la luz fue. Nosotros, los Borgia, podemos decir: ¡Hágase la oscuridad! Y la oscuridad será».

Y como la Vannozza meneara la cabeza, inquieta, él la tomó del talle, alegre como un niño, le inclinó la cabeza hacia atrás y la besó afectuosamente.

—Mire a su hijo, mi hermosa madre. ¿Es hermoso? Usted es cien veces, mil veces más bella. Se conserva tan joven... Pero no olvidemos el trabajo. Serio. Un poquito como esto a Julia Farnesio para el aniversario de sus amores. ¿Qué le parece?

—Cállate.

Pero tocaban la campanilla. Era hora de almorzar. La Vannozza descendió, dejando a César con su química.

La tortera estaba vacía. Meó en ella para reemplazar la orina evaporada cuyas sales acababa de utilizar. Pues todas esas torteras que estaban en el suelo contenían orina que hacían evaporar así la Vannozza y su hijo. Las sales que resultaban de ella, combinadas con sales de cobre, eran mezcladas entonces con el arsénico, y esta mezcla formaba el famoso veneno de los Borgia, la *cantarella*.

Se sabe que más tarde, hacia 1669, Brandt y Kunkel sacaron el fósforo de la orina. Brandt, químico hamburgués, no supo por lo demás, toda la importancia de su descubrimiento, pues no sacó ningún provecho y vendió su secreto a Krafft, de Dresden. Brandt se apasionaba demasiado en la búsqueda de la piedra filosofal para detenerse en este descubrimiento. El secreto de las sales de orina había sido entregado a los Borgia, al Papa Calixto, por un monje español que curaba y envenenaba alternativamente, con la orina combinada con otros medicamentos. Así, sin conocer exactamente sus propiedades definidas, aliaba el fósforo con el arsénico, provocando con esta asociación accidentes a menudo mortales. Por otra parte, reanimaba a ancianos agotados, haciéndoles beber orina de muchacho «virgen».

No sabríamos decir si el fósforo que la orina podía contener, obraba eficazmente; pero ese monje obtuvo curaciones maravillosas, y Savonarola se vio obligado a fulminarlo con su elocuencia, porque los ancianos se dejaban llevar a los peores excesos, persuadidos de que por este medio encontrarían siempre recurso eficaz

contra la frialdad.

El veneno era tanto más precioso, cuanto que el monje conocía su antídoto, que era la magnesia calcinada. Y ese monje anticipaba las previsiones de la ciencia contemporánea, que ha reconocido que el fósforo podía ser asociado al arsénico y que ambos tenían el mismo antídoto.

Mientras César Borgia, heredero de los secretos del monje español, confeccionaba pequeños saquitos de tela que llenaba con un polvo blanco impalpable, los convidados tomaban colocación en el vasto comedor. Las más bellas cortesanas que Roma acogía en sus fiestas públicas, adornaban con sus encantos conocidos y estimados, la mesa en que el «jefe venerado de la Iglesia» tomaba colocación con todo el aparato y la pompa de una ceremonia.

César Borgia llegaba, el chafarote insolentemente colgado a su cintura, más gonfalonero que su hermano, el duque de Gandia, afectaba una desenvoltura de actitudes que sentaba bastante bien a su rostro rudo, a su voz nerviosa y hasta brutal. Con sus joyas y sus armas labradas, tenía un poco el aspecto de un *condottiere*, pero de un *condottiere* de aparato. En realidad, lo era más que cualquiera y hasta en el fondo de su alma. Jugaba continuamente con su chafarote, largo puñal de hoja ancha y afilada que muy a menudo se ha confundido con otros cuchillos de filo recto. Lo tenía siempre en la mano, y para apoyar una demostración, para disimular un disgusto, siempre jugaba con esta arma, apoyando la punta sobre la uña o probando su filo en la palma de la mano.

Le admiraron, y el cardenal Orsini, ingenuamente quizás, dijo:

—Al compararles a los dos, el hermoso duque de Gandia y César, nunca se creería que fuera el duque de Gandia el verdadero gonfalonero.

El Papa fulminó al cardenal Orsini con la mirada; la madre Vannozza tembló, y Francisco, duque de Gandia, que oyó, sonrió:

—Usted me hace lamentar serlo y no poder cederle el lugar... Eso sucederá, quizás...

El duque de Gandia dijo esas palabras con una calma sonriente, pero con una insistencia visible en cada palabra, que daba a esa frase una significación misteriosa e inquietante.

César no dijo nada. Alejandro desvió hábilmente la conversación para disipar el malestar producido. Los ojos de la Vannozza se cruzaron con los de César y la mirada del Papa se encontró con la del cardenal Orsini. Desde ese día data entre el cardenal y Alejandro una antipatía que en el Papa debía traducirse en odio feroz y tal vez a esa palabra torpe se remonta la verdadera razón de la muerte del cardenal.

El cardenal Orsini se hubiese salvado en caso de ignorar la sorda rivalidad que abrigaba César contra su hermano mayor. Los más negros proyectos se urdían en su alma tenebrosa: no era necesario que una desgraciada provocación viniera a agravar las resoluciones de César.

No se hablaba en Roma sino de este odio que alimentaba César contra el duque de

Gandia. Provenía de esa rivalidad del gonfalonato, sin duda, pero tenía igualmente otras causas graves. César amaba a doña Sanzia, que lo había animado a hacerle la corte; pero Francisco era, a vista y sabiendas de todos, su afortunado rival y si se puede decir que doña Sanzia dio a besar su mano a César, parece que no tenía para Francisco ninguna reserva y que le había concedido con entusiasmo algo más que su mano.

Una vez más, amante desafortunado, César era desplazado.

Otra rivalidad dividía a los hermanos.

César amaba apasionadamente a Lucrecia Borgia. La amaba no como tímido, no como miedoso, ni tampoco como cínico; la amaba valientemente por inclinación, sin analizar si esta inclinación correspondía a las intenciones del jefe severo de la Iglesia, a quien despreciaba, o a las de una moral cualquiera, y él las ignoraba todas como filósofo advertido.

No se preocupaba de consejos ni de teorías y no escuchaba sino la violencia de su instinto. Pues bien, corrían rumores que pretendían que el duque de Gandia encontraba en Lucrecia mejor acogida que César, y éste estaba informado de aquellos rumores. Desde ese momento pensó que decididamente la familia Borgia empezaba a ser demasiado numerosa...

La comida concluía alegre, entre anécdotas animadas y conversaciones un tanto libres. Las cortesanas que habían sido llamadas para gozar con sus licenciosas conversaciones, embriagadas por los vinos generosos, se entregaban a las incitaciones que les prodigaban los cardenales. Algunos ademanes completaban las frases, o las comentaban, o se inspiraban en ellas. La concupiscencia se encendía en las pupilas de los invitados: una atmósfera amorosa se cernía sobre sus cerebros pesados y voluptuosos.

Repentinamente, un murmullo, clamores alegres, irónicos, vociferaciones, detuvieron su atención. Alejandro preguntó la razón de esta manifestación imprevista y ruidosa: confundido y tembloroso, un monacillo declaró que en las viñas de San Pedro ad Vincula, acababan de sorprender a tres monjes haciendo obra carnal, en una extraña trinidad, reunida a la manera de esos rosarios de caracoles que se ven en las viñas haciendo a la vez papel de macho y hembra. No pudiendo comprender a través de las embarazosas explicaciones del monacillo, de qué se trataba, el Papa mandó llamar a los tres monjes. Pronto éstos, prosternados, de rodillas y con la frente a los pies del Papa, se humillaron. Alejandro los intimó a que representasen en la sala del banquete la escena que había hecho escándalo. Se negaban a ello, avergonzados resignados a las peores expiaciones. Alejandro usó de dulzura y amenazas pero nada consiguió.

César susurró unas palabras al oído del Papa.

Alejandro hizo apagar las luces y, en la oscuridad casi completa, ordenó a los monjes que obedecieran. «En la oscuridad —dijo—, sólo Dios podría verlos y su representante en la tierra». Para obtener remisión del pecado, era necesario que el

Papa conociera exactamente sus faltas y pudiese juzgar la postura en la cual se habían dado en espectáculo a la muchedumbre. Les prometía concederles en seguida la absolución.

Los monjes parecieron tranquilizarse poco a poco y aceptaron la sanción que les infligía Su Santidad. Durante ese tiempo, en la oscuridad cómplice, los convidados callaban. No tenían ninguna razón para impacientarse, radiantes como estaban de esa ayuda inesperada y tan felizmente llegada: la oscuridad.

Los brazos se entrecruzaban. Los cuerpos se enlazaban. No se oían sino murmullos o risas ahogadas entre el rechinar de las altas sillas pesadas que los movimientos de los convidados agitaban.

Se sabía que César aparecería antes de que se encendieran las lámparas colgadas de los arcos de la sala y las arañas deslumbrantes de plata y de cristal, cargadas de flores. Una profusión de flores olorosas sobrecargaba la atmósfera de efluvios voluptuosos. La sala estaba adornada como un templo antiguo.

La Vannozza se levantó y, encaramada en una silla, sacó de una urna en que brillaba constantemente una lámpara, unas cortinas laminadas de oro y sembradas de pedrerías. Quería ocultar a la Virgen el espectáculo que iba a desarrollarse ahora, como tantas otras veces.

Para no agravar la infamia de sus actitudes, Alejandro conminó a los monjes a cerrar los ojos. Y mientras éstos obedecían, César trajo rápidamente algunas luces revelando a los convidados el espectáculo de esta lubricidad y las vergüenzas de la carne, para hablar como el Eclesiastés.

De repente se oyó un clamor entre los gritos alegres de la asistencia. La sangre brotó de la boca de los monjes que se revolcaban en el suelo, y se contorsionaban por el dolor, como lombrices descuartizadas. La sangre se extendía: sus codos, sus rodillas, sus manos se deslizaban sobre el pavimento viscoso y rojo.

Con su daga, César seccionó dos veces sus lazos con la misma facilidad con que habría cortado un nudo gordiano, y salían de allí dos mixturas de sangre.

Daga en mano, César proclamó cínicamente: «Perecerán... por donde pecaron». Le aclamaron.

Una orgía desenfadada dispersaba a los convidados alrededor de las mesas. Sólo el Papa continuaba pensativo.

Los criados barrieron la sangre de los monjes. Nadie recordaba la escena que acababa de desarrollarse allí.

El cardenal Orsini, que tenía enlazadas a las suyas las piernas de una hermosa cortesana, preguntó riendo a Alejandro en qué podía pensar sino en el espectáculo de los tres monjes encontrados en las viñas de Su Santidad... El cardenal Orsini no pretendía adivinar los proyectos o los pensamientos del Papa. Encontraba en ello simplemente materia de broma.

Por toda respuesta, Alejandro sonrió suavemente: con sus pestañas levantadas, con su mano que alejaba la cuestión, con una sonrisa evasiva, pareció evocar

recuerdos agradables.

Lo urgían a que hablase... Julia Farnesio lo acariciaba, sentada sobre sus rodillas, pero el Papa rehusaba dulcemente.

Sin duda pensaba en el castigo celestial que esperaba allá arriba a los tres monjes invertidos. Su mirada sombría, la frente que hacía grave nobles pensamientos, inquietaba a los convidados. En seguida, como Julia lo apremiaba, el Papa dijo en alta voz, en un vago éxtasis y una nostalgia amorosa:

—Pienso en el que estaba en el medio.

Se cerraron las puertas de la sala. Bajo el pretexto de que era necesario que los servidores, a su vez, comiesen, se les prohibió la entrada a la sala y a cualquier otra parte del palacio.

Se iba a jugar al juego de «el que encuentra, toma». Se llamaba a ese juego con un nombre francés por pudor, porque los cardenales italianos que lo habían ideado no querían asumir la responsabilidad de esas voluptuosas iniciativas. A la vez que aceptaban el provecho, echaban sobre otros la paternidad.

He aquí en qué consistía ese juego, que terminaba de ordinario las orgías:

Se oscurecían varias salas contiguas. Los convidados se dispersaban en esas salas a su capricho. Estaba prohibido hablar, salvo a intervalos previstos de un cuarto de hora: se prevenía entonces a los jugadores y jugadoras que se hacía una suspensión de armas y, durante algunos minutos, las luces iluminaban los rostros de los invitados. Así, pues, repartidos en esas salas, los convidados debían encontrarse por contacto al azar y cada uno tenía que tratar de reconocer al compañero que encontraba así en la oscuridad. Estaba igualmente prohibido a las mujeres rozar los rostros de los hombres, con el objeto de que, al tocar la barba o una cicatriz, ellas no adivinaran con demasiada facilidad de quién se trataba. Con excepción del rostro, todo el resto del cuerpo estaba permitido para su investigación. Los hombres tenían libre derecho de contacto y podían rebuscar a su gusto, con sus manos errantes en las cabelleras, sobre los rostros o entre los rasos de las *madonnas*, la identidad de sus compañeras. Sólo el cuchicheo estaba permitido y en cierta medida solamente; así, el que era reconocido en la voz, era multado y tenía que ofrecer a su pareja una joya. Si, por casualidad, al amparo de la oscuridad, alguien trataba de escaparse de manos de su pareja, ésta debía aferrarse a él hasta que sonara la suspensión de armas.

Sin duda, muchos debían esforzarse por huir así, porque todas o casi todas las mujeres se veían obligadas a retener a los hombres por todos los medios, y en ese esfuerzo, a menudo la pareja caía a tierra.

Entre los terciopelos y los rasos, se debatían entonces, sin violencias, éstos esforzándose por huir, aquéllas tratando de sujetarlos, y a menudo invertían los papeles y aquéllos retenían a éstas, que se esforzaban por huir.

Se habría podido creer que tal juego no podía hacerse sin mucho ruido y alboroto. Pero no era así.

Los choques eran sin violencias, las bocas serias, absortas por preocupaciones

diversas, pues debemos escribir en verdad, que si las damas no podían rozar con sus manos los rostros de los hombres para conocerlos, tenían completa libertad para hacerlo con su rostro; y se contaba que tales *donnas* —y no eran siempre cortesanas— eran expertas en adivinar por el sólo contacto de sus labios con el rostro que recorrían a quién pertenecía ese rostro.

Los primeros que se cansaban de haber jugado así, se retiraban a oraciones o se reunían con los monjes que cantaban los oficios en la capilla privada.

El Papa era famoso por aportar a ese juego un ímpetu raro. Pero su resistencia no era larga: por eso se le encontraba siempre cantando salmos en el banco de los priores antes del final del juego.

A la tercera suspensión, César notó la salida de Alejandro. Se cercioró, entonces, del lugar que ocupaba Julia, la amante del Papa, y apagó las luces arrojándose delante de ella de tal modo que, sin quererlo, ella le encontró. Y porque uno huía del otro, tal vez cayeron sin violencia, sobre el *parquetmen* que se encontraban.

No podríamos decir todo lo que Julia reveló a César, pero confesó entre otras cosas que Lucrecia amaba mucho a Francisco, duque de Gandia, lo que ocasionó a César un furor terrible, pero furor apenas comparable con el que iba a inflamarle cuando Julia le dio a conocer esta otra noticia: Francisco acababa de abandonar el juego y en ese mismo momento debía disponerse a partir para el convento de San Sixto. Si Julia hubiera podido ver los ojos de César, se habría asustado.

Julia, embriagada por los vinos, las flores y las caricias, acababa de traicionar inconscientemente la confianza que Lucrecia había puesto en ella, como también la de Francisco. Al despertar debería llorar a lágrima viva.

Pues Julia Farnesio amaba también a Francisco, duque de Gandia, y le amaba con una pasión contenida y más violenta aún. Le amaba por su belleza, su elegancia y sus delicadezas.

Lucrecia amaba a Francisco como él la amaba también con orgullo, pero sin que el incesto viniese a manchar su fraternal amor. Ella le amaba y le admiraba, pero sin que ningún instinto amoroso se mezclase a su sentimiento.

Para ambos era una dicha encontrarse y conversar libremente, él inclinado sobre su juventud en flor, ella, la frente y los ojos levantados hacia él, su hermano mayor y consejero afectuoso.

Y César creía algo muy diferente. Tanto más cuanto que Lucrecia y Francisco ponían un cuidado celoso en dejar a todos en la ignorancia de sus entrevistas.

Julia, medio ebria, había contado a César que Francisco huía hacia San Sixto, donde debía esperarle una monja en acecho detrás de la pequeña puerta de hierro que, bajo la gran higuera, conducía a la cisterna. Esta puerta falsa permitía en el verano el paso a los campesinos piadosos que venían a buscar agua fresca y no la abrían sino a fines de julio y durante el mes de agosto. Lucrecia había podido procurarse fácilmente su llave. Gracias a la monja destinada a su servicio podía recibir así al duque de Gandia, a escondidas de todos, como hubiera recibido a su enamorado.



Detrás de la puerta del convento de San Sixto, bajo la higuera donde ella trabajaba en el perfeccionamiento de la lengua latina, pues no era erudita, Lucrecia esperaba a Francisco, duque de Gandia. Estaba muy inquieta. Supersticiosa, había sentido caer un higo muy cerca de ella, a su derecha, y a pesar de sus esfuerzos, le había sido imposible encontrarlo. Había buscado mucho rato, pero en vano, y, atormentada como por un mal presagio, Lucrecia fruncía el ceño...

Esperaba a Francisco...

## CAPÍTULO IV

*Los sicarios de César dudan de la muerte de Sforza, quien se les escapa. —Lamentable muerte de un monje. —El hisopo de los Borgia. —César persigue a Sforza. —El corcel de Giannino vence al de César. —Las caballerizas de los Borgia. Embriaguez de César Borgia. —Asesinato de Francisco, duque de Gandia, gonfalonero del Papa. —Estupor en Roma y entre los Borgia. —Lucrecia Borgia en el convento. —Ella denuncia los crímenes de su familia. — Peligro de las confesiones de los Borgia. —Vuelta de Lucrecia al Vaticano. —Acusa a César de fratricida. — Carta de Juan Sforza a Ludovico el Moro. —Los Borgia desconfían de su propio veneno. —El vientre de una mula viva, contraveneno para el veneno de los Borgia.*

La noche en que Micheletto había perseguido a Juan Sforza y creía haberle matado y arrojado en seguida al Tíber, volvió, como hemos visto, alegre, con su tropa cantando, hacia el palacio Santa María in Portici, donde Lucrecia sufría las violencias de César.

Bajo las ventanas mismas de Lucrecia, había mostrado en la punta de su espada la cabeza que decía ser la de Juan Sforza.

Lucrecia había pensado morir de pena y de terror, pues amaba a Sforza, y lo habría amado siempre si no se hubieran urdido entre ellos infamias que los hacían desmerecer ignominiosamente el uno a los ojos del otro.

Ella había creído en la muerte de Sforza.

En realidad, mientras Micheletto volvía a Roma, reflexionó que no traía a César ninguna prueba del asesinato perpetrado, y temiendo la cólera del duque de Valentinois, pensó que debería haber cortado la cabeza de la víctima... Un temor le asaltó: ¿quién le aseguraba a él que esa sombra que había partido de arriba a abajo de un sablazo y que había tenido apenas la fuerza de arrojarse al Tíber, a sus pies, era Sforza?

¿Y si no fuera Sforza el que matamos? —se preguntó Micheletto con espanto.

Conocía a César, sabía que, encolerizado, podría matarle fácilmente, y tenía miedo.

Entonces tuvo la idea de traer la cabeza de la víctima, y reflexionando mejor, se convenció de que no era la de Sforza.

—Es necesario al menos que podamos probarle que hemos matado a alguien, y las espadas, recién manchadas con la sangre en que fueron empapadas, no son

suficiente prueba.

Lo mismo que él, sus compañeros estaban convencidos de que de ningún modo era Sforza el que habían matado.

Micheletto pensó que era necesario traer una cabeza, y decidieron como buena broma, llevar a César la cabeza del primer hombre que encontraran.

Pues bien, el primer hombre que encontraron, y que ellos no vieron porque se ocultó con su caballo entre la maleza, al lado del camino que casi tapaban unos olivos, les reconoció.

Hizo tenderse a su caballo y retuvo el aliento, mientras, espada en mano, se disponía a vender cara su vida. Pasaron cerca de él sin saber que Juan Sforza escapaba milagrosamente a la muerte.

Pero, cuando se acercaban a Roma, se le ocurrió una idea a Micheletto: golpearon a la reja de un convento. Vino un monje que no les abrió. Por más que declinaron sus cualidades y la orden que llevaban del cardenal de Valentinois, no sirvió de nada.

El monje se negó resueltamente a abrir.

La antorcha que llevaba en su mano iluminaba perfectamente su rostro detrás de la reja, pero le impedía ver con claridad el de sus interlocutores. En un momento, Micheletto, furioso y exasperado, decidió jugar al monje una mala pasada de la que se acordaría durante mucho tiempo, en el paraíso, quizá...

Se cercioró de que llevaba colgado el arzón con su cadena de plata, el estoque (en italiano, *brindistocco*) de César. El estoque es una especie de bastón con espada, del género de las espadas con vaina.

Micheletto desenvainó, pues, su estoque y, divisando a través de la reja de la puerta la boca del monje que quería retirarse, le apuntó con su arma, en la sombra, mientras decía, alargando una moneda de plata:

—¡Toma! No quiero que tu boca diga el menor mal de nosotros.

El monje se acercó, tendiendo los dedos a través de la reja. En este momento, como una flecha, el filo surgió. Hubo un gluglú de palabras, de sangre que corría por la barba y el hábito del monje. La hoja del estoque se había hundido en la boca del monje, atravesándola de parte a parte.

El monje deliraba. Sus labios reían, gruñían alegres, escupiendo coágulos. La sangre goteaba suavemente de su nariz.

Micheletto y su banda se burlaron del monje. Pero la antorcha que había caído al suelo, amenazaba extinguirse.

Micheletto dijo:

—No perdamos demasiado tiempo. Vamos, anda rápido, tú.

Cortando el cuello del monje, un soldado trató de separar la cabeza del tronco. Pero el esqueleto era sólido. Lo lograron pronto, mientras la punta del estoque se doblaba, amenazaba quebrarse, y el cuerpo se derrumbó detrás de la puerta y contra ella, como un paquete que un hombre deja caer al suelo.

Esta labor les divirtió.

Montaron a caballo de nuevo, riendo.

Micheletto sujetaba la cabeza con la punta de su espada, y como la sangre goteaba todavía, roció con ella a sus compañeros que vociferaban.

Micheletto reía:

—¡El hisopo de los Borgia! *Asperges me hysopo et mundabor...*

Así llegaron bajo las ventanas de Lucrecia. César ya no estaba allí.

La tropa esperó; se alejaba, cuando César apareció montado sobre su fogoso caballo. Trató a Micheletto y a su banda de imbéciles, y al ver la cabeza dijo que no le gustaban las bromas.

La cabeza del monje no sirvió, pues, de nada, sino para asustar a Lucrecia y para hacer gustar al monje beatitudes diferentes de las terrenales.

Con un ademán, Micheletto hizo rodar la cabeza al umbral de una casa. César reprendió a la tropa, ordenándoles reventar sus caballos, si era necesario, pues tendrían otros a su regreso. Obligó a Micheletto a abandonar su caballo y cabalgar un animal de raza que un criado mantenía a algunos pasos de allí. Apenas montados, partieron en persecución de Sforza, el verdadero Sforza, esta vez.

Le divisaron al alba, cuando subía al trote un camino ascendente. ¿Se llevó el viento el sonido del galope de los caballos de César y Micheletto? No se podría decir, pero Sforza giró y pronto espoleó hasta hacer sangrar a su cabalgadura.

El duelo comenzaba.

Los jinetes no pudieron seguir la desenfrenada carrera de César y Micheletto. Uno tras otro, todos abandonaron la persecución para cuidar sus bestias medio muertas. Quedaban sólo César y Micheletto, sobre sus bestias enloquecidas. César lanzó un grito de triunfo: Sforza era suyo.

En efecto, César se había encargado de envenenar sus tres mejores caballos, de manera que no pudiese huir. Sforza montó la bestia de un soldado o de un barón cualquiera, y César presumía que su carrera terminaría pronto.

César tenía fama de poseer, en Roma, con Sforza y su hermano Francisco, los mejores caballos. Eliminadas las bestias de Sforza por las «bolas» mortales, Sforza estaba perdido. César y Micheletto estaban seguros de sus armas.

Pero pronto vieron con estupor que Sforza no solamente mantenía la distancia que le separaba de ellos, sino que la aumentaba. Ellos perdían terreno de momento y César tuvo que confesar que iban a perderle. No salía de su estupor: un caballo que había vencido al suyo...

Por fin, perdieron de vista a Sforza.

Pusieron pie en tierra: Micheletto fue el primero que pronunció el nombre de Francisco.

Primeramente, César atontado por la rabia, no quería creerle. Sin embargo, sólo Francisco, cómplice de Lucrecia, podía haber suministrado a Sforza esa cabalgadura. Se convenció al punto de rehusar pedir explicaciones a Francisco, pero decididamente, el odio hacía más profundo el abismo que les separaba.

Sforza, presa ardientemente codiciada, escapaba a los Borgia, y se acusaba a dos Borgia de haberle ayudado en su huida. ¿Qué sucedería? ¿Nacerían dos facciones rivales entre los Borgia? Por una parte, Alejandro y César; por la otra, Lucrecia y Francisco; las consecuencias habrían sido evidentemente desastrosas. César no olvidaba más que una cosa: que sólo él juzgaba así la situación. La juzgó desesperada y decidió que, para salvarlo todo, era preciso resolverse a un sacrificio.

Francisco llegó a San Pedro ad Vincula en una de sus más hermosas bestias, regalo del emperador Maximiliano. Cuando llamó al palafrenero y le ordenó ensillar el caballo, éste le respondió que la bestia estaba enferma. Francisco palpó la bestia, en seguida la hizo sangrar, después de lo cual la hizo purgar, y para aliviarla más rápidamente, ordenó administrarle lavatorios de vino azucarado y caliente, pero nada le hizo efecto; el caballo no sucumbía, pero no mejoraba tampoco, y Francisco no partía.

El tiempo avanzaba. Hizo que le prestasen un caballo y galopó hacia San Sixto sin excusarse, sin dar siquiera un pretexto para su partida.

Pero apenas había partido, y ya César se inquietaba por saber dónde podía estar el duque de Gandia. Con una visible afectación, lamentó que su hermano se hubiese alejado así. Nadie se atormentó por conocer el porqué de su desaparición; sospecharon de alguna aventura galante y eso fue todo. Pero su ausencia había sido notada y César la había subrayado, lamentándola.

Jamás se vio a César tan bromista como lo estuvo aquel día. Durante todo el tiempo que los convidados permanecieron allí, acaparó la atención general ingeniosamente, a veces hasta ocurrentemente, y sólo tarde, por la noche, cuando un criado le anunció que Micheletto acababa de llegar, se le vio cambiar. En cuanto vio a Micheletto, palideció, intranquilo, las rodillas temblorosas; no se reconoció ya en él al César que se revelara durante largas horas, aquella noche, sino a un pingajo: tartamudeaba, bebía y volvía a beber; tuvieron que llevarlo en tal estado de ebriedad, que se había convertido en un objeto desagradable, nauseabundo y repugnante.

Al día siguiente, Roma se enteraba con estupefacción que no había noticias del duque de Gandia; en seguida, que se temía que hubiese sido asesinado, y por fin, que había sido ahorcado y arrojado después al Tíber.

Hubo un corto estupor. ¿Quién, pues, había osado atentar contra los Borgia? Pero ese estupor fue pronto seguido de otro, indignado: el asesino no podía ser sino...

Nadie se atrevió a pronunciar el nombre que temblaba en todos los labios.

En cuanto supo la noticia, Julia Farnesio hizo ensillar su caballo, y, a la cabeza de una nutrida escolta, llegó al convento de San Sixto.

La entrevista que tuvo con Lucrecia fue emocionante. Apenas Julia había dicho las primeras palabras, cuando la hija de la Vannozza comprendió. Primero agobió de reproches a Julia, acusándola de complicidad en el asesinato; en seguida, porque Julia se mesaba los cabellos con desesperación y quería entrar para siempre en un convento, Lucrecia la consoló.

Julia confesó su falta, su crimen, decía ella, de haber informado a César sobre las relaciones de Francisco y Lucrecia y de haber atizado el odio del Valentinois. Julia economizaba poco los epítetos que descargaba sobre César, pero la situación no se modificaba por eso: nada podía devolver la vida al cadáver hinchado que los barqueros habían sacado del Tíber.

Lucrecia hablaba nada menos que de ir a arrojarse sobre el cadáver de su hermano y gritar allí, delante de todos, el asco que tenía a los suyos; Lucrecia se exaltaba, se lamentaba, mientras que Julia, enloquecida, sollozaba, desatinada, arrodillada sobre las frías baldosas. El vestíbulo que conducía al locutorio en que Lucrecia había recibido a Julia, se llenaba de pasos menudos que se deslizaban sobre las losas como un choque discreto o un cuchicheo. Traviesas, curiosas como niños, las religiosas del convento de San Sixto, donde Lucrecia había sido educada, se amontonaban en la puerta para escuchar. Repentinamente, Lucrecia las divisó: furiosa, como enloquecida, chilló con sollozos en la garganta:

—Sí, vengan a ver a la hija del Papa. Es más desdichada que la última de las mujeres que pagan los palafreneros. Es hija de criminales, hermana de criminales, y porque no quiere manchar las manos en sangre, se quiere más su muerte. Sí, César, mi hermano, me violó, mientras yo ocultaba la huida de mi marido, a quien él quería asesinar. Sí, quisieron asesinarle, oigan bien, y porque no han podido prender a Sforza, ha pagado ahora Francisco, duque de Gandia, mi hermano. Incesto, fratricidio, eso es César Borgia, y el último de los carreteros tiene derecho a escupirle en la cara... Y tú, tú, Papa ignominioso... Tú, tú, madre, que prostituyes a tu hija...

Las religiosas huyeron por los pasillos, como rebaño azorado. Las injurias que Lucrecia lanzaba a los suyos eran de una violencia escandalosa y se sabía lo que contaban las confidencias de los Borgia.

Ellos se olvidan, se confiesan, imploran gracias para los crímenes que confiesan, pero, desvanecida la pesadilla, temen la traición de aquellos que han oído y que podrían hablar... El veneno obra entonces.

Escucharon a Lucrecia mientras creyeron oír quejas de enamorada, pero tan pronto como quiso hablar de los suyos, de sus crímenes, todas las monjas huyeron, temiendo sus confidencias como una sentencia de muerte. Asimismo, el Papa quiso un día confesarse ante el Sacro Colegio: en vano, pues los cardenales trataron de huir. Sabían el peligro que corrían al conocer el secreto de los crímenes de Alejandro. Sabían que, una vez vuelto en sí, el Papa querría desembarazarse de esos peligrosos confidentes, y habían querido huir como huyeron las monjas.

Lucrecia hizo ensillar un caballo y tomó el camino del Vaticano. Quería ir a escupir su asco al Papa delante de todos, a reclamar para ella el veneno de los Borgia, ese veneno que había visto distribuir, por César y Alejandro, administradores avisados, empadronadores de bienes... Exaltada, gritaba todo eso revelando a quien quería oírle, monstruosidades, pero todos fingían fijar su atención en otra cosa, preocupándose en parecer no escuchar.

La pequeña tropa llegó al Vaticano.

Apenas Lucrecia se encontró frente a César estalló en reproches, en injurias, en insultos tan ofensivos que en diversas ocasiones César desenvainó el chafarote que llevaba al cinto. Pero su amenaza no hacía sino exasperar a Lucrecia, que lo desafiaba:

—No te atreves, no te atreverás jamás, cobarde.

Y lanzándose sobre la daga de César, la desenvainó y trató de matarse; pero César se aferró a ella. Le habló con dulzura y finalmente, Lucrecia, en una crisis, cayó en medio de los cardenales que habían acudido, sollozante y convulsionada.

—Temo que se vuelva loca —dijo gravemente César—. Ayer Juan Sforza; hoy, Francisco; para ella son dos seres desaparecidos que amaba sobre todas las cosas.

La compadecieron discretamente.

Cuando volvió en sí, sola con Julia y César, experimentó tal horror de la compañía de su hermano, el asesino, que se dirigió contra el gran lecho bajo, rechazándolo. Entonces, César se defendió:

—¿Por qué le habría matado? ¿Por interés, acaso? Habría sido un desgraciado y un imbécil. ¿Me quedaría solo para sostener toda la formidable herencia de los Borgia? Jamás me bastaría para ello. Vivo Francisco, formábamos un gran poder. Desaparecido, se acabaron los Borgia. Nuestra estrella durará quizás algunos meses todavía, mientras Alejandro sea el jefe de la casa. Muerto él, no nos quedará más que huir. Quizás nuestros enemigos no nos lo permitirán.

César decía cosas verosímiles; sin darse cuenta, predecía lúcidamente el futuro. Logró conmover a Lucrecia. Continuó:

—Repróchame el haber alejado a Juan Sforza, tu marido. Reconozco en eso la verdad. Acúsame de haber querido matarle: acepto la acusación. ¿No era acaso necesario, Lucrecia? La vida de todos nosotros lo exigía. Reflexiona: Ludovico el Moro se declara adversario de Alejandro, pues bien, Juan Sforza, su sobrino, está a sueldo suyo como también de Alejandro. Marido de Lucrecia Borgia y yerno de Alejandro Borgia, prefiere antes que a los Borgia, a su tío Ludovico el Moro, cuyo objeto, al casar a Juan con Lucrecia, fue encontrar así en el Papa a un socio y un cómplice de su política. Tu marido aceptó el pacto.

—Mientes.

—Todavía más —continuó César—; en el momento mismo en que Sforza debía escoger entre nosotros y Ludovico, nos hace juramento de fidelidad y adhesión y, viendo que le creemos, escribe a Ludovico una carta prudente en la que le repite su abnegación.

—Te digo que mientes.

—¿Miento? Pues bien, entonces, Lucrecia; vas a conocer qué serpiente...

—Te prohibo...

—Abre tus oídos, o mejor lee tú misma.

Lucrecia leyó:

«...Ayer, Su Santidad me dijo en presencia de monseñor (el cardenal Ascanio): Veamos señor Juan Sforza, ¿qué tienes que decirme? Le respondí: Santo Padre, todo el mundo cree, en Roma, que estáis de acuerdo con el rey de Nápoles, y él es enemigo del Milanés. Si eso fuera así, me encontraría en una enojosa situación, pues estoy al mismo tiempo a sueldo de Vuestra Santidad y del Estado susodicho. Si las cosas siguen ese curso, no veo cómo podría servir a uno sin abandonar al otro, y sin embargo, no querría separarme de ninguno. Ruego a Vuestra Santidad, se digne colocarme en situación de no convertirme en enemigo de mi propia sangre, y de no proceder contrariamente a los deberes a que estoy obligado, según mi capitulación para con Vuestra Santidad y el ilustre Estado de Milán. Me respondió que me inquietaba demasiado a causa de sus negocios, y que conforme a mi tratado debía recibir mi sueldo de una y otra parte. Después de esto, ordenó a monseñor Ascanio que escribiera a Vuestra Excelencia, de manera que nos informareis mejor por las cartas de Su Grandeza. Si hubiese sabido, monseñor, que me encontraría en semejante situación, habría preferido comer la paja sobre la cual me acuesto a comportarme en tal forma. Me arrojo en vuestros brazos, ruego a Vuestra Excelencia que no me abandone pero que considere la situación en que me encuentro, que me ayude con su benevolencia y sus consejos, a fin de que pueda seguir siendo el fiel servidor de Vuestra Excelencia. Conservadme la situación y el nido estrecho que, gracias a Milán, me transmitieron mis antepasados. Este, cuya persona y cuyas tropas estarán siempre al servicio de Vuestra Excelencia,

Juan Sforza  
Roma, abril de 1494».

Una llama iluminó la mirada de Lucrecia. César se equivocó y creyó que ella odiaba ahora a su marido.

Por el contrario, Lucrecia estaba orgullosa y contenta de esa carta que le probaba la sinceridad de su marido y la lealtad de su conducta.

Sforza había confesado siempre a Lucrecia cuánto le repugnaban los Borgia, y soñaba llegar un día a Pésaro con Lucrecia y vivir allí en paz y seguridad. Esta carta probaba, en efecto, cuánto hacía Sforza por la conservación de sus posesiones de Pésaro, donde soñaba terminar sus días con Lucrecia. ¡Cuántas veces había deplorado con ella el proyecto que el Papa alimentaba secretamente de suprimir a todos los pequeños tiranos y vicarios de los Estados de la Iglesia, temiendo ver su posesión arrastrada a la catástrofe!

Lucrecia devolvió la carta a César.

—¿Me crees ahora? —preguntó él.

—No creo nada. No te pido sino una cosa: que me pruebes que eres capaz de amar a tu hermana como pretendes haber amado a tu hermano. Amo a mi marido, César, ¿oyes? Yo le ayudé a huir, cuando tú llegabas a mi cámara... Yo fui quien hizo tomar de las caballerizas de Francisco su mejor caballo, que lo esperaba fuera de la



ciudad, pues conocía tu proyecto y temía que hicieras envenenar sus caballos para impedirle la huida. Sí, yo hice todo eso por amor. Pues bien, hoy te pido una cosa, y la quiero, ¿entiendes? Déjame reunirme con mi marido, ya que el Papa me autoriza para ello. Julia y mi madre me acompañarán. Cuida, César, de que así sea, si no, ruega por la dinastía de los Borgia.

Lucrecia no agregó una palabra. Con una dignidad de reina ofendida, volvió la espalda a su hermano y arrastrando a Julia, abandonó la sala.

Pero en adelante se cuidaron de beber agua del pozo, desconfiaron de las provisiones y se ejerció una minuciosa vigilancia. Por todas partes se temía que el veneno de los Borgia apareciera de repente. Se tenía listos contravenenos enérgicos. En la caballeriza había una mula destinada al sacrificio. Se rumoreaba, en efecto, que un duque de Ferrara habría sido salvado del veneno haciendo abrir el vientre de una mula y tendiéndose desnudo en la carne caliente aún, agitada por sobresaltos.

Por eso una mula velaba en las caballerizas de Lucrecia.

Y no se piense que esas precauciones se tomaban a escondidas. Por el contrario, todos los criados de la casa estaban prevenidos y recibían abiertamente instrucciones, lo mismo que los amigos y proveedores.

## CAPÍTULO V

*Amor conyugal de Lucrecia y Juan Sforza. — Sueño de grandeza de los Borgia para Lucrecia. — La unidad italiana, sueño de los Borgia. — Lucrecia Borgia y la correspondencia del Vaticano. — La vieja amante pontifical relegada al barrio de Regola. — El marido de Vannozza llega a ser capitán de Torre di Nona. — Lucrecia pasa en Roma por la amante de su padre. — Gasparo, el novio maestro-cantor. — Las mujeres y las bellas letras a fines del siglo xv en Italia. — La literatura introducida «fin in bordello». — Origen de la palabra cortesana. — Epitafio de la bella Imperia. — Cortesanas eruditas y petrarquistas. — Lujo de las cortesanas. — La virago. — Celimenas del siglo xv. — Decamerones en casa de Lucrecia Borgia.*

A pesar de lo que se ha dicho, y tal como lo hemos visto, Lucrecia sentía por Sforza algo más que afecto: sentía por él profundo cariño, y si más tarde no se hubieran urdido hábiles calumnias contra su felicidad y su hogar, Lucrecia Sforza jamás habría experimentado por Giannino Sforza el menor odio.

Lucrecia había conocido la felicidad en ese palacio de Santa María in Portici, que el cardenal Battista Zeno había hecho construir en 1483. Se puede ver todavía situado a la izquierda de la Basílica de San Pedro ad Vincula.

Allí, bajo la vigilancia experta de doña Adriana Ursina, a quien el Papa había incorporado a su servicio en calidad de institutriz y dama de honor, Lucrecia aprendía el oficio de soberana: los Borgia soñaban con la unidad italiana bajo su dominación y, para Lucrecia, un matrimonio que les aportase una alianza poderosa.

Los numerosos parientes, los amigos, los deudores, los aduladores, en una palabra, los clientes de Borgia, le constituían una corte.

Se sabía que Lucrecia abría la correspondencia del jefe de la Iglesia y que con anotaciones simplificaba, o más bien abreviaba, la labor del Papa. Entre las preocupaciones de su singular y alta situación mundana, esta jovencita de diecisiete años encontraba tiempo para perfeccionarse en el estudio del latín.

El Papa se había separado de la Vannozza, a quien había alejado deliberadamente del Vaticano y relegado a su casa del barrio de Regola. Desde el saqueo de su casa por los franceses y las violencias de que su edad no había podido preservarla, Vannozza parecía no tener ya toda su razón. Esto era, sin duda, para el Papa y sus hijos, una agradable razón para alejarla.

La fortuna siempre creciente de los Borgia, soportaba con molestia la presencia

de esa parienta plebeya.

El Papa concedió al marido de la Vannozza una compensación: lo hizo capitán de Torre di Nona. Canale era promovido también al papel de carcelero secreto del Papa, y si se ponía ahora al servicio de los Borgia, tenía en ello un secreto interés, pues el puesto era lucrativo.

Lucrecia se convertía en la gran favorita de Roma. No decimos que era ya la gran favorita en el Vaticano, eso sería hacerla cómplice de una leyenda que no recordamos sino de memoria. En Roma se admitía que era honrada por Alejandro VI, su padre, con los favores más íntimos. La presencia asidua de Lucrecia en el Vaticano y la familiaridad atrevida que el Papa le manifestaba, daba a este rumor, si no fundamento, al menos cierta verosimilitud. Pero en esta época, los acontecimientos no estaban tan avanzados.

Lucrecia era reina, todavía no era papisa.

Este poder se había desarrollado poco a poco desde su matrimonio con Juan Sforza, que tuvo lugar a despecho del famoso Gasparo, quien obtuvo de su situación de prometido algunos honores y tres mil ducados a manera de indemnización. El chantaje no se ignoraba en esa época.

Lucrecia ayuda a la casa de los Borgia a llegar a la cumbre que pretende. Lucrecia es quien, primero inconscientemente, hizo lo máximo por llevar el nombre de los Borgia muy lejos y muy alto en el temor y el desprecio. Si parece haberse prestado para ese papel, o más bien haberlo soportado, como soportaba las violencias de César, con una resignación odiosa, llegó un día en que Lucrecia se rebeló. Manifestó esa rebelión abandonando a los suyos y refugiándose en el convento de San Sixto, de donde César vino pronto a sacarla, y ella reinició su vida de costumbre, en la que las letras se mezclaban a las supersticiones, el incesto a la política, la ambición al disgusto de su medio ambiente, la coquetería a una razón casi viril.

En esa época, existían en Roma lo que llamamos hoy salones literarios. El de Lucrecia estaba convirtiéndose en el más brillante.

En Italia, más o menos abandonadas por sus maridos, las mujeres se reunían, disertaban sobre literatura, filosofía y artes. Muchas de ellas, ilustradas en Roma, cultivaban las letras. Se las ve sobresalir en la composición de canciones, sonetos, improvisaciones y epigramas; algunas de esas poetisas no desdeñaban ni la sátira, que, estando prohibida, llegaba a expresarse por el ministerio de Marforio y de Pasquín, las estatuas burlonas.

En Venecia, en Verona, en Padua, en Brescia, en Génova, en Florencia, en Siena, en Bolonia, en Módena, en Pavia, en Urbin, en Milán, en Nápoles, en Palermo, en Orvieto y en Gaete, en todas partes encontramos nombres de mujeres que han sido célebres en las letras y en las artes.

Se introdujo la literatura *fin in bordello*.

«Sepa —decía el marido de la Vannozza a un señor de Arenzo—, sepa usted que las zorras se han puesto a arañar el arpa, a hablar del prójimo y a tocar el diapason

para asesinar mejor a la gente. Desgracia para quien quiere oír cuán bien saben ellas cantar, conversar y tocar música».

Se inventa para una bella persona a quien tanto su espíritu como su belleza habían hecho célebre en Roma, la culta palabra de cortesana. Su epitafio, que se leía aún en el siglo XVII en la Iglesia de San Gregorio, sobre el monte Cefis, estaba concebido así: «Imperia cortesana romana, quae digna tanto nomine...».

La bella Imperia, la Aspasia del siglo de León X, no desempeñaba solamente el oficio de ser bella, sino que era también una erudita autorizada, una música consumada. Bandello, que nos describe el lujo en medio del cual vivía, nos habla de su laúd, de sus cuadernos de música y de su biblioteca. La palabra «puttana» era demasiado fea para una persona tan delicada, y la cortesía misma que inspiraba a todos hizo nacer ese nombre de cortesana, galante y heroico a la vez. Se componían diálogos platónicos sobre lo infinito del amor puro. Ese siglo tenían ya sus preciosas que petrarquizaban, pretendiendo reformar la lengua, queriendo que se dijera *balcone* y no *finestra*, *porta* y no *uscio*, etc. Las Celimenas de la época sabían de memoria todo Petrarca y todo Boccaccio e infinitos hermosos versos de Virgilio, de Horacio, de Ovidio y de otros mil autores.

Cuando estas bellas personas de nombres singulares y encantadores salían en Roma, no lo hacían jamás sin un cortejo de grandes señores, de marqueses, de duques, de embajadores, que acompañaba un séquito principesco de pajes, damas y doncellas.

Los escritores reconocen a las mujeres el poder que tienen sobre los hombres y les desean la ambición de gobernarlos. Antonio Galateo, escribiendo a la joven Bonna Sforza, le dijo que ella había nacido para mandar a los hombres: *ad imperandum viras nata es*. A esas mujeres estaba destinado el epíteto de virago, que de ningún modo era una injuria, sino por el contrario, un elogio y la consagración de su influencia.

Jacobo Bérnardo, en su *De plurimis claris selectisque mulieribus*, no aplica el epíteto de virago, sino a las mujeres que más ha celebrado. Catalina Sforza, la famosa heroína de Forlì, es llamada por Marino Sanudo «virago crudelissima e di gran animo». Roma admiró a esta heroína al extremo de cargarla de cadenas de oro, cuando, vencida, tuvo que atravesar la ciudad.

Pueden distinguirse dos tipos de mujeres: la mujer de salón, preciosa, coqueta, diletante y erudita, y la mujer virago, de cuerpo femenino, pero de voluntad, de juicio y de ardor masculinos. Esta puede ser a la vez virago y erudita, pero es raro que Celimena lleve la cota de malla, puesto que Celimenas había ya. Sin embargo, se citan algunos duelos en que jóvenes cortesanas fueron reconocidas bajo el casco desabrochado por una estocada.

Entre las viragos más célebres citamos a Catalina Sforza, que defendió heroicamente su ciudad contra César Borgia; Maccalda Scaletta, que vestida con una armadura de caballero, tomó el mando de Taormina después de las Vísperas

Sicibanas. Podrían citarse también las damas de Siena, que más tarde, durante el sitio que la ciudad tuvo que sostener contra el marqués de Marignan, se repartieron en tres «bandos» dirigidos por las damas Fonteguerra, Picolhuomini y Livia Fausta. Esos tres bandos constituían un efectivo de cerca de cinco mil «damas gentilmujeres o burguesas», afirma Blaise de Montluc, testigo del sitio. Ellas trabajaron en la fortificación de la ciudad con palas, picos, banastas y fajinas.

Durante su infancia, enseñaron a Lucrecia a reírse de las presunciones de esas coquetas literatas, y a no ver en sus gustos literarios y artísticos más que una afectación, y los accesorios de una profesión delicada. Había vivido en una atmósfera demasiado sencilla, demasiado familiar para poder envidiar ese prestigio codiciado por tantas otras. Además, el sentido muy áspero de las necesidades de la existencia la alejaba de las ostentaciones inútiles. Pero, utilitaria, juzgó que era necesario aparecer rodeada de ideas generosas y se reunió insensiblemente en los salones, abriendo en el palacio de Santa María in Portici una corte literaria, en la que se venía a leer versos, extractos escogidos de obras notables y también epigramas, sátiras y sonetos. Como las cortesanas estaban en primera línea entre las damas nobles romanas, Lucrecia no las alejó, y ellas se lo agradecieron. Empezaron a alabar ante sus amigos la gracia, la inteligencia y la distinción de la hija de la Vannozza.

Esta reputación luego se extendió bastante, aumentada por todos los amigos de los Borgia y por todos los cortesanos. Cada cual trataba de alabar más la gracia, la elegancia y la encantadora erudición de la hija del Papa Alejandro VI. Algunas nobles damas romanas se apresuraron a acudir a las reuniones que se celebraban en el palacio Santa María in Portici, lo que incitó a las otras a imitarlas. La cortesana no era más despreciada en esas compañías de lo que lo son hoy nuestras actrices. Estas hacen profesión de vivir en belleza, aquéllas hacían oficio de vivir de su belleza. Patricias y cortesanas se mezclaban, pues, en casa de Lucrecia. Llevaban los mismos trajes largos de raso o de muaré, y sobre esos vestidos una especie de togas de terciopelo adornadas de botones, muy escotadas, con la garganta y, a veces, el pecho desnudo.

Sobre los cuellos brillaban collares de perlas, joyas de oro y pedrerías. Sus brazos estaban desnudos bajo sus vestidos, con largas y estrechas mangas, pero abiertas. Las más escotadas de ellas no eran las damas nobles, y las más ricas joyas no adornaban los hombros de esas patricias, que conocían a veces el precio que esas alhajas habían costado a su marido para ofrecerlas a su amante. Cerca de ellas, veíanse unas ganímedes de formas lascivas evocar a Sodoma, mientras algunas de esas bellas romanas, obraban de manera que no se olvidase tampoco a Gomorra.

Conociendo mejor el mundo, Lucrecia comprendía mejor el disgusto que causaba a los suyos. Francisco le había hablado siempre de él con un sonriente desprecio. «No valía la pena conocerlo» decía. Lucrecia comenzaba a convencerse de ello. A veces, terminadas esas reuniones, juzgaba con severidad a los que y a las que le hacían una corte deferente; y, rabiosa al adivinar sus presunciones, sus ridiculeces y sus

mezquinos apetitos, llegaba a preferir a ellos, los depravados o los infames. Las que allí venían a hacer gracias, no solamente llevaban afeites sobre sus rostros maquillados; todo en ellas era fingido, no se podía llegar a descubrirles un alma.

## CAPÍTULO VI

*Fiesta nocturna en el palacio Santa María. —El Ganímedes de orejas tapadas. —Los prados tapizados. —Los pajes. —Las caricias poéticas. —La comedia mitológica. —El afeitado acusador. —Los machos cabríos cornudos. —Don Eliseo Pignatelli. —La venganza de Lucrecia. —Los pajes-veneno del duque de Ferrara. —El mal francés.*

Un día, Lucrecia recibía en el palacio de Santa María, todo lo que Roma contaba de nobles damas y de hermosas cortesanas.

Al entrar en la sala en la que se celebraba la reunión, observaron a un grupo que rodeaba a un joven. Unos biombos le protegían de las miradas curiosas, pero intencionadamente le protegían mal, para avivar aún más la curiosidad de las visitantes. Todas se fijaban y veían al más hermoso Ganímedes que se pudiera soñar. Como él ignoraba, o parecía ignorar su presencia, no guardaba ningún límite en su cuidadoso acicalamiento. Con un fino lienzo extendía sobre sus mejillas y su cabeza el blanco y el rosado. Grandes espejos le reflejaban. Alternativamente, se preocupaba de enrojecer sus labios, sus encías, para hacer más seductora su sonrisa, sus orejas... alisó sus pestañas, regularizándolas, dibujando una línea lisa con lápiz y arrancando minuciosamente con una pinza de depilar, los pelos que sobrepasaban la línea dibujada.

Desnudaba su busto y le concedía igualmente todos los cuidados, en seguida, mezclaba inteligentemente dosis muy exactamente medidas de algalía, ámbar, almizcle y aceite de naranjo, con lo que untaba su cuerpo y sus miembros. Besaba entonces sus brazos blancos y apomazados con los ojos semi-pasmados por la tentación de prolongar el beso.

Excitadas por ese espectáculo, cuchicheaban palabras de deseo con sus labios temblorosos; balbuceaban mimos invitadores, pero el joven no oía y una de ellas declaró pronto, que tenía las orejas cerradas con cera rosada, y todas vieron que tenía razón. «No debía oír los halagos de las terribles seductoras», explicó un paje, igualmente joven, hermoso y acicalado. Llegó Lucrecia. Descendieron al jardín, sobre el prado, iluminado por la luz vacilante de las lámparas.

Se habían extendido unos tapices que debían preservar del contacto fresco de la hierba y del suelo. En esos lugares adonde las conducían jóvenes pajes de gracias delicadas, las damas debían estar durante toda la velada, sin hablar, salvo en los momentos en que se suspendía la lectura. Arrodillado, cerca de cada una de ellas, había un hermoso paje de cabellos rizados, largas pestañas y labios muy rojos. Llevaba una bandeja de plata llena de trozos de torta, de mazapanes de Siena, de

refrescos diversos y de confituras secas o húmedas. Cuando cada una hubo tomado colocación, teniendo a su paje al lado, un joven poeta vino a pedir permiso para apagar todas las luces, y como el cielo florido de estrellas dejaba caer sobre la encantadora compañía una vaga claridad, unos toldos se deslizaron sobre sus cabezas, a lo largo de los techos dispuestos para eso, y la oscuridad se hizo completa.

En la oscuridad, todas seguían pensando en el joven paje que se acicalaba. El mismo perfume que le perfumaba subía hacia ellas. Subía de los vestidos y de la carne del joven paje, que esperaba que le pidiesen confituras, mazapanes y refrescos.

Sonó una campanilla.

El mismo poeta anunció en la oscuridad que esas nobles damas iban a poder apreciar a literatos y poetas desconocidos, genios de mañana... Habló con cálida y armoniosa voz, diciendo sobre el Arte y la Belleza cosas muy bellas, pero un poco fastidiosas: asoció las frágiles almas humanas que iba a mecer el ritmo de los versos con la gran alma del azul firmamento. Pero como algunas no pensaban mucho en el alma del firmamento, pidieron confituras a sus hermosos vecinos, los pajes que las perfumaban y las rozaban con sus ademanes, y como había que hablar bajo, ellas tenían que buscar la cabeza de los pajes con sus manos inseguras, para hablarles al oído, y hablarles de muy cerca, de tan cerca que los labios se rozaban, las manos se buscaban y se huían, se extraviaban.

La bella y gallarda brigada se preocupaba de oír a los poetas declamar sus versos. Sin embargo, durante largo rato los poetas declamaron versos de amor. Por largo tiempo los pajes y sus vecinas escucharon la voz de Amor que aconseja. Pronto las voces se callaron. Lucrecia hizo anunciar un intermedio: se iba a representar una comedia con escenas mitológicas, que venían a romper y amenizar las querellas de máscaras, graciosas o grotescas, disputas de locos y de jorobados que se batían a golpes de vejigas de puerco.

Precedida de un paje con una antorcha en la mano, Lucrecia recorrió entonces el jardín.

Los pajes tomaron de nuevo su actitud respetuosa, pero tanto los pajes como las damas tenían el rostro manchado de rojo. Sus labios habían dejado sobre sus rostros huellas acusadoras. Lucrecia, al pasar, les convidaba a que vinieran al refectorio donde se servían dulces y otros refrescos. Cuando estuvieron todas en la sala, las risas estallaron. Todas tenían el rostro manchado de rojo. Por el trazo de las huellas, se podía medir la violencia del beso que así las había marcado. Unos labios se habían apoyado, otros se habían sellado, otros habían arrastrado su embriaguez a lo largo de la carne. Con su espejo de plata en la mano, Lucrecia reía más fuerte que todas, mirando las huellas que la marcaron también a ella.

Pronto comenzó el espectáculo.

El prado no estaba iluminado más que por el reflejo de las antorchas que ardían en el rincón del jardín donde los actores representaban. Sin embargo, una luz dudosa, equívoca, rozaba ahora a las espectadoras, silenciosas, rendidas junto a los pajes que



las abrazaban, y aquella noche ninguna escuchó la farsa mitológica.

Era tarde cuando la fiesta terminó. El sueño bienhechor y Fantasio, su hijo, cerraba a veces sus párpados fatigados. Ellas besaron a sus pajes en señal de adiós y a Lucrecia en señal de agradecimiento.

Esas fiestas se repitieron. El arte teatral, la poesía, la música y el amor carnal nunca faltaban en ellas, y a veces se vieron rondas de desnudeces encantadoras que danzaban en lontananza y desaparecían de repente como divinidades voluptuosas y castas.

La primera fiesta de Lucrecia tuvo éxito, y todas las matronas operaron sin magia negra, agradable y deliberadamente, la meta— morfosis de sus maridos en «becco cornuto», es decir, en macho cabrío cornudo, según una expresión que se volverá a encontrar en Molière.

Don Eliseo Pignatelli dijo un día de Lucrecia: «Promete ser la digna hija de su cabrona madre». Contaron a Lucrecia la frase y las sonrisas que la habían acogido. Un furor repentino se apoderó de ella, y fue a rogar a César que enviara a un mundo mejor a dicho señor Pignatelli.

He aquí por qué Lucrecia esa noche contemplaba con mirada fría y perversa, alejarse el cortejo de las damas romanas y de las cortesanas. Murmuraba:

«¡Ah! No queréis que vuestras mujeres vengan a casa de Lucrecia cabrona, hija de la cabrona Vannoza. Pues bien, no obstante han venido: y la que era alcahueta sólo en vuestra imaginación lo fue esta noche como jamás lo fuera, y todas vosotras, cortesanas y nobles señoras, os habéis alegrado de la sorpresa ofrecida por doña Lucrecia; lo estaréis aún más de una vez, hasta que esos hermosos jóvenes no tengan ya nada que daros sin haberos rehusado jamás nada, ni siquiera el mal francés que corrompe su sangre, siembra en sus cuerpos placas leprosas y cava en sus bocas úlceras fecundas. Habéis aspirado en las noches esas úlceras, bellas damas frenéticas; vuestros maridos las aspirarán algún día, estad seguras de ello. En cuanto a vos, bella Alessandra, amante de don Pignatelli, mi detractor, jamás podréis decir si sois vos la que habéis contagiado el mal a vuestro amante o si es vuestro amante quien os lo habrá dado, pues el joven paje que esta noche fingía desmayarse en vuestros brazos, fingía ayer la misma embriaguez en brazos de vuestro amante, don Pignatelli».

Tenemos al paje del duque de Ferrara que, en su palacio, contagia a varios jóvenes muy hermosos y vela cuidadosamente que no puedan procurarse ningún cuidado a su estado. Cuando estas flores venenosas han llegado a un estado de madurez suficiente, son adornadas y ofrecidas, animadas, voluptuosas y tentadoras, minadas del mal que no perdona.

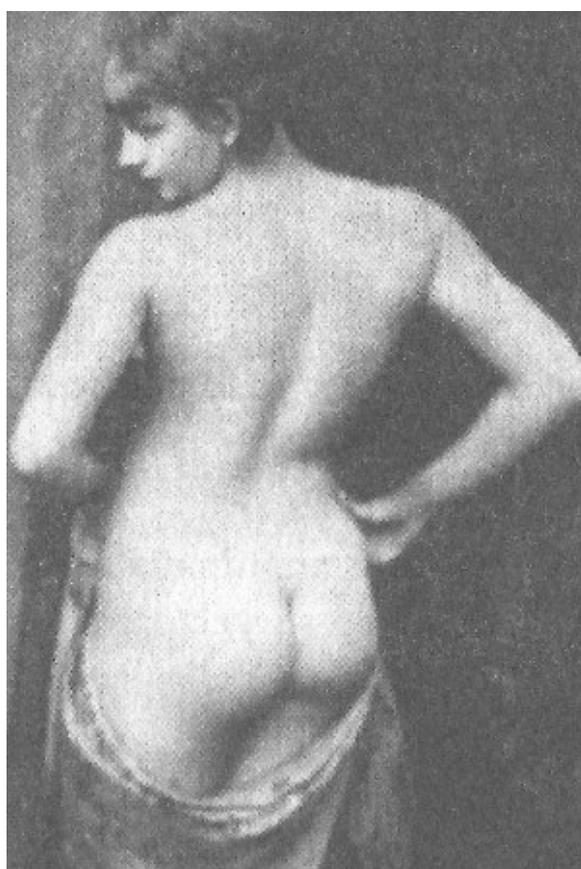
«¿No es cierto que era hermoso, más hermoso que todos, el que escogisteis, señora Alessandra? ¿No es verdad, don Pignatelli, que le habéis amado?».

He aquí con qué tiernos deseos acompañaba Lucrecia, aquella noche, a sus huéspedes, felices de su velada voluptuosa e ignorantes del veneno que había vertido en ellas la voluptuosidad.

Lucrecia estaba furiosa al verse considerada como una mujerzuela, al ver mancillada su reputación como se habría hecho con la de la última de las cortesanas... Aquella noche crispaba esas hermosas manos que aún no habían matado a nadie. Pensaba que, decididamente, para ser tomada en consideración era necesario llamar la atención con alguna maldad o algún rasgo de audacia. ¿Acaso no era así como César había llegado a ser íntimo de los cardenales más orgullosos? No se le abrían las puertas: las había roto. Se persuadía de que todo la destinaba al desprecio; su origen, su apego a los Borgia, su edad, su gentileza que se tomaba como sumisión; se rebelaba y quería probar que había que contar con ella.

Creía haberlo demostrado aquella noche. Iba a repetirlo.

No proyectaba sus excesos por gusto, como hacían tantos otros, sino por orgullo, por ambición de ser poderosa a pesar de todo y de todos.



## CAPÍTULO VII

*Los desvanecimientos de Alejandro VI. —El toro de los Borgia. —La sepulturera. —Combinación singular de amor filial y de amor paternal. —Lucrecia Borgia quiere marcharse. —Exige rehenes: su madre Vannozza y Julia, concubina del Papa.*

Lucrecia no se contentó con reprochar a César su conducta ni con informarle los rumores que corrían en Roma con respecto al asesinato de Francisco. Fue a visitar al Papa y le reprochó también a él sus debilidades, sus cobardías y sus crímenes. Habló a su padre con una violencia tal, que éste sufrió un síncope; pero Lucrecia no se intimidó por eso; conocía esas actitudes de Alejandro, que las representaba en toda ocasión y fuera de lugar.

Los historiadores nos han legado la poca confianza que inspiraban esas crisis del Papa. Se desvanecía casi por gusto, se decía, y le acusaban de ser el más famoso «comediante» de la época.

Lucrecia indicó al maestro de ceremonias que acudió trayendo auxilio a Alejandro que de ninguna manera se preocupara de lo que pasaba. Y se sentó confortablemente en el asiento que Alejandro ocupaba habitualmente, resuelta, pero paciente. Cuando el Papa volvió en sí, no fue poca su sorpresa al volverla a ver.

—Creo que el Cielo me ha castigado —dijo— y que he dado al mundo sólo serpientes y víboras.

Ella replicó:

—Ojalá que hubieses llevado serpientes sobre tu escudo, en lugar del toro del que estás tan orgulloso. Te habrían sido más útiles.

Sonrió burlonamente.

—Un toro... Pero todos colocan la cabeza del Papa Alejandro VI al animal, y los Orsini van por todas partes repitiendo la palabra de Ricciardo.

Alejandro se resignaba.

—Dime todo lo que quieras. Pero, por piedad, no me rechaces, Lucrecia. He cometido errores, pero ¿no soy tu padre? Lo he perdido todo. Muerto Francisco, no me quedabas sino tú; ¿no me quedas tú?

—¿Y César, gonfalonero del Papa, su padre, que le concede ese título para agradecerle el haber asesinado a su hermano?

—Desdichada.

—Atrévete a decir que toda Roma miente al acusarte de no querer encontrar al culpable.

Inmóvil, postrado, con el rostro inclinado sobre el pecho, Alejandro lloraba.

Lucrecia se inclinó sobre él:

—No pienses conmovirme. Las lágrimas de los Borgia son una cosa demasiado frecuente; ayer no más, César derramaba todas sus lágrimas jurándome que no tenía parte en el crimen, pero yo sabía, pero yo sé. Continúa cerrando los ojos. Los cardenales repetirán por todas partes que te conservan en el Vaticano por piedad, como se mantiene en el hogar al perro ciego, al que se dará un día la morcilla liberadora. Deja decir a los demás que tienes miedo a la Vannozza y a César, que en tus alimentos temes el veneno que les enseñaste a fabricar. ¿Crees, pues, que nadie conoce la guarida de San Pedro ad Vincula? ¿Que te has vuelto niño? Visité el antro con Gianinno. Vi las torteras, sus venenos, la artesa, los polvos y los saquitos.

—Cállate, desgraciada —suplicaba Alejandro.

—¿Sabes tú cómo llaman a mi madre en toda Italia? La sepulturera.

—¡Vete, vete!

Alejandro levantó el puño.

—Golpea, pues.

Lucrecia tendió su bello y pálido rostro, orgulloso y radiante de desprecio, y el puño del anciano cayó como una bala sobre el rostro de su hija, que vaciló como si estuviera ebria, y cuando salió de este aturdimiento vio frente a ella al viejo achacoso, y saltó sobre él, como felina furiosa, le derribó, y con sus puños le machacó el rostro.

Pero pronto el Papa se levantó, la tomó de las muñecas, la mantuvo agarrada, y, paralizando sus movimientos, se inclinó sobre ella. Ella ya no forcejeaba y ahora él la calmaba con palabras cariñosas y graves, besándole los ojos y la cabellera. La respiraba como se respira el aroma de una flor. Al fin, vencida, se entregaba, mientras la puerta de la pieza en que se encontraban y que daba al jardín secreto, se abrió, dando paso a algún distraído, cuyo estupor fue indecible cuando vio una pareja que yacía en tierra y reconoció a Alejandro VI y a su hija. Se descubrió, pero luego, pensando que estaba perdido si el Papa sospechaba lo que había visto, retrocedió bruscamente y se retiró cerrando la puerta. Y por las avenidas del jardín, un cardenal huyó, despavorido.

Ni Lucrecia ni el Papa, avergonzados de haberse dejado sorprender en esta situación equívoca, tuvieron la presencia de ánimo para girarse a ver quién entraba.

Cuando oyeron cerrarse la puerta, era demasiado tarde: el visitante había desaparecido, llevándose su secreto.

Alejandro se levantó para ver quién había entrado así de improvisado; descendió las tres gradas de mármol y escrutó los rincones y recovecos del jardín, pero no encontró a nadie. Cuando volvió, Lucrecia se había levantado, también.

No pudieron contener sus miradas; Lucrecia parecía decir que estaba dispuesta a cualquier cosa para obtener el perdón de su locura parricida. En su mirada triste y su sonrisa, Alejandro decía claramente que perdonaba, que todo estaba olvidado, y no conseguía disfrazar su turbación. Pero sucedió lo siguiente: Lucrecia sorprendió la turbación de su padre; Alejandro comprendió la aceptación resignada de Lucrecia.

Una alegría perversa les invadió cuando vieron que ese momento, que podría haberles sido fatal, se reducía actualmente a una especie de convenio tácito. Y tras haber temido tanto, les pareció que esta solución era muy aceptable.

Así concebida, su complicidad ya no les asustaba. Se regocijaban ambos de que el Cielo o el Infierno no les hubiesen impuesto una sanción más severa.

Vuelta en sí, Lucrecia reparaba el desorden de sus vestidos. Había en ese espectáculo algo de irritante, que hizo al Papa alejarse de su hija. Evocó otras escenas con cortesanas.

La comparación se impuso: él no la rechazó, pero temió que Lucrecia la adivinase.

La turbación de Alejandro aumentaba. Quería besar a su pequeña Lucrecia querida, pero entre esta Lucrecia que había amado siempre como a su hija y la que tenía delante de él, surgía otra Lucrecia, de labios rojos tentadores, de dientes deslumbrantes, de ojos de terciopelo y de sombra, de perfume envolvente, pérfida, de cuerpo ágil del que conocía ahora las gracias nuevas, que inquietaban su deseo.

El silencio que de repente se produjo entre ellos agravaba su confusión. Poco acostumbrada a ver un verdadero padre en él, Lucrecia no se extrañaba de su nueva complicidad. El no se asustaba tanto de un acto reprehensible como de una perversidad que le haría decaer ante los ojos de su hija.

Pues, a pesar de todo, había sacrificado todo por Lucrecia, sus afectos, sus vicios, así como sus ambiciones y su orgullo. Lucrecia no había contado al Papa las peripecias de la evasión de Sforza, su marido. No se había envanecido de haber sufrido violencias incestuosas; se guardaba de evocar la escena del Papa aparecido ante la muchedumbre irritada, bendiciendo a la plebe exasperada por esas sospechas de incesto. No le revelaba que esa aparición había sido obra de un fiel criado de Juan Sforza, vestido con ropas que habían inducido al error al populacho desenfrenado.

Por eso se atrevió a pedir al Papa lo que jamás hubiese osado pedir en otras circunstancias.

Alejandro escuchaba a Lucrecia aterrado y resignado.

Ella pedía con voz suave pero resuelta, exigía que el Papa la dejara reunirse con Juan Sforza, su marido. En seguida, como el Papa temía renegar de su política pasada, ya que eso era volver a los amigos que ayer había repudiado, le previno que eso no le bastaba. Ella conocía a César y lo sabía perfectamente capaz de matar a su hermana como había matado a su hermano: exigía, pues, como garantía contra las tentativas de César, que se la dejara llevar en rehén a la cómplice de César, su propia madre, la Vannozza. Además, para defenderse mejor contra la debilidad del Papa, prisionero de César, que le dominaba y jugaba con él a su modo, exigía también que Alejandro le dejara llevar en rehén a su propia amante, Julia Farnesio, de quien haría su dama de compañía hasta el día en que la paz fuera completa con los Sforza y estuviese garantizada su propia seguridad.

Era una gran audacia. Alejandro VI comprendió perfectamente. La simplicidad

trágica de todo lo que sucedía le desconcertaba, le privaba de pensamiento y de juicio.

¿Qué decir de esta familia, su familia...? La hija defendiéndose del posible crimen de su padre y pidiendo en rehén a la amante de su padre. La hermana protegiéndose de las tentativas de su hermano, llevando como rehén a la madre de uno y otro, cómplice de este último, con quien tendría la precaución de compartir el alimento que se le destinara.

Alejandro no juntó las manos ni se arrodilló, pidiendo a Dios que perdonara tan terribles pensamientos como los que atravesaban el cerebro de su hija. Juzgó lúcidamente que su hija tenía razón y, convencido de que ése era tal vez el único recurso contra las perfidias de César y el único medio de evitar, en nombre de los Borgia, consecuencias sangrientas, aceptó.

Conmovida, reconocida, ella quería besarlo. Esas concesiones que el anciano le hacía la conmovían, lo reconocía para con los suyos bueno hasta la debilidad, como lo era para sus vicios, y se acercó para darle un beso de afecto.

El fingió no ver el ademán de Lucrecia, le tomó sencillamente las manos, que se llevó temblando a sus labios balbucientes, y las besó tiernamente, con los ojos cerrados, mientras que a través de sus párpados se filtraban tibias lágrimas redentoras.

Ella deseó besarlo pero se contuvo: una vaga repulsión se mezcló a la piedad que la conducía hacia él. En el sentimiento que en adelante la unía a él, reconocía que no había ya nada de filial, sino una piedad triste.

Lucrecia confesó que si el pobre hombre que tenía ante sus ojos imploraba de ella algún sacrificio, consentiría en ello, dispuesta a todos los consuelos humanos, segura como estaba de que el anciano del Vaticano ya casi no podía esperar otro.

## CAPÍTULO VIII

*Giacomo, el pescador del Tíber. —La prisión de Torre di Nona. —El carcelero del Papa, marido de su antigua amante. —El veneno de los Borgia, la cantarella, no actúa sino después de algunos días. —El prisionero misterioso. —Alborotos. —El Papa y el pescador. —Cien cadáveres arrojados al Tíber en una noche. —Cómo fue perpetrado el asesinato del duque de Gandia. —El durmiente despertado. —El fratricida. —La lengua clavada sobre la mesa. —La «buggiale». —Los cardenales Ascanio Sforza, Monreale y Mechiele. —El Papa se confiesa. —Las hostias en la custodia de oro. —El Papa hace las paces con su hijo. —Carta del sultán Bajazet al Papa, pidiéndole la muerte del sultán Geme, su hermano. —Dístico satírico sobre la simonía pontificia.*

El Papa ordenó que fuesen a buscar al pescador Giacomo a la prisión de Torre di Nona. Prescribió que el mismo Canale acompañara al barquero y con una buena escolta.

Como se recordará, Canale no era otro que el marido de la Vannoza, promovido por Su Santidad al grado de carcelero capitán de la Torre di Nona. Alejandro necesitaba allí un hombre adicto y la historia dice que Canale colmó los deseos del Papa. Jamás se vio morir tantos prisioneros en las sombrías cárceles; por lo demás, casi no morían más que los enemigos del Papa, como si en ello interviniese la Providencia. Pues bien, cuando la Providencia no intervenía, la leyenda dice que Canale desempeñó sus funciones interinamente con la satisfacción evidente del Papa, ya que éste le llamaba, con una sonrisa y un reconocimiento agradecido, la Providencia del diablo. La muchedumbre, más simplista, decía que Canale era más que la Providencia de los Borgia, y los analistas de la época reconocían ingenuamente que uno y otro, tanto el pueblo como Alejandro, decían verdad.

Inclinémonos y dejemos a Canale ese doble prestigio providencial. Quizá la parte que al capitán carcelero le cupo en los diversos crímenes de los Borgia se haya exagerado un poco: Micheletto, según parece, debía ser suficiente para la labor que le confiaba liberalmente César.

No obstante, se le ha hecho participar en la mayor parte de las infamias que ensangrentaron la fama de los Borgia. Se le ha mezclado en la muerte del cardenal Orsini, del cardenal de Módena, del cardenal de Monreale, del cardenal de Aragón y de tantos otros.

De creer en esa leyenda, todos temían ser encarcelados en Torre di Nona tanto como a la muerte. Se sabe que el veneno de los Borgia, la *cantarella*, no actuaba sino después de algunos días; pues bien, se descubrió que algunas personas arrestadas y encarceladas en Torre di Nona, durante muy poco tiempo, un día o dos, morían algunos días después. Simple coincidencia quizá, pero otra coincidencia singular era que cada uno de esos prisioneros liberados en esas condiciones mortales, favorecía al morir los intereses de los Borgia.

En testimonio contra esta leyenda, tenemos las deposiciones de algunos médicos de la época... Pero, ¿qué crédito podemos conceder a esas afirmaciones, si invocamos el recuerdo de ese médico del que nos habla un historiador autorizado, y que esperaba a sus clientes ricos en la esquina de la calle para asesinarles, como lo hubiera hecho el último de los sicarios de César?

Por lo demás, esos médicos, lo mismo que esos prelados y esos capitanes, no fueron ni peores ni mejores que los demás hombres de su tiempo. Vivían y actuaban en armonía con las costumbres de la época.

El Papa ordenó, pues, que el capitán carcelero Canale le trajese sin demora al prisionero notable que él sabía, y bajo la escolta estipulada por escrito.

La orden era misteriosa: ¿quién podía merecer esas consideraciones? ¿Qué crimen se preparaba, o qué infamia se había perpetrado que exigía tal despliegue de precauciones?

Cuando el prisionero llegó encadenado, enmascarado y completamente envuelto en un hábito de monje que le ocultaba completamente a la muchedumbre que acudía a su paso y seguía al singular cortejo, nacieron todas las suposiciones. Unos pretendían que era Juan Sforza, otros, que Francisco, duque de Gandia, otros también sospecharon que el prisionero enmascarado era el amante de Julia Farnesio. Pues Roma acababa de saber con estupefacción la partida de Julia Farnesio, que debía acompañar a Lucrecia a Pésaro. Todos creyeron en la desgracia de las jóvenes que el Papa desterraba. No se hablaba sino de ese éxodo de la familia de los Borgia, y los más inverosímiles comentarios apasionaban a toda Roma.

Por eso los curiosos se amontonaban al paso del singular cortejo. En dos ocasiones Canale, a la cabeza de diez gendarmes, cargó contra la multitud para impedirle que siguiera adelante. Pero inútilmente, pues la muchedumbre, pisoteada o atropellada, se abrió paso a pesar de todo y hubo una confusión indescriptible entre el piafar de los caballos, que se asustaban con los clamores de los heridos y los alaridos de los furiosos.

Cediendo a otra preocupación, la de que le quitaran a su prisionero, Canale dejó unirse libremente a su paso a los que le seguían. Se contentó con proteger las espaldas de su pequeña tropa contra todo posible ataque. Se produjeron algunos encuentros en el camino. Se gritaron injurias contra los Borgia. A Canale, que desafiaba las voces y desafiaba a los perturbadores más exaltados, alguien le gritó:

—¡Cabrón!



El hombre cayó sin un grito. El sable de Canale le partió el lado derecho del rostro y se hundió en el cuello. Las injurias terminaron. Se evitó el cadáver y la sangre que corría. Iba a comenzar la persecución.

Canale lanzó con fuerza su caballo, que las mujeres impedían avanzar. Dos de ellas, heridas en pleno pecho por la pezuña del caballo, cayeron echando sangre por boca y orejas.

De un viejo muro ruinoso, la multitud extrajo piedras que lanzó sobre el grupo de soldados. Los caballos, asustados, intentaban desmontar a los jinetes.

Entonces Canale saltó valientemente de su caballo y yendo derecho al hombre enmascarado, de un sablazo cortó los dedos del pie derecho al prisionero, para impedirle huir, si por casualidad se le ocurriese hacerlo. Simple precaución. El hombre cayó, rugiendo de dolor y se retorció en tierra, agitando frenéticamente su pie herido, convertido en un muñón sangriento.

Levantándole entonces con sus robustos brazos, Canale le colocó sobre su caballo, saltó sobre su silla, y asegurados sus pies en los estribos, ordenó galopar.

La muchedumbre se lanzó en su persecución. Canale mantenía a su prisionero sobre la silla, con los brazos colgando, desmayado, mientras de su pie la sangre corría a borbotones.

Llegaron pronto al Vaticano. El prisionero, rodeado de diez hombres armados y precedido de Canale, fue llevado en ese estado y con gran diligencia al Papa.

Canale explicó la persecución de la muchedumbre y aseguró al Papa que se había visto obligado a herir al prisionero para impedirle que huyera, en el caso de que los asaltantes les hubieran vencido.

Se tendió al herido sobre las baldosas. Los médicos llamados aplicaron un ungüento sobre la llaga y lo mantuvieron allí al tiempo que le curaban.

El Papa dio algunas recomendaciones y órdenes. Debían dejarlo solo con el herido.

—¿Por qué no me dijiste toda la verdad? —preguntó Alejandro.

—Que Su Santidad me perdone: yo no dije toda la verdad, sin duda, pero al menos todo lo que dije no era más que la verdad.

—Habla, ahora. Debes creer que ha llegado el momento de que me digas toda la verdad y no solamente lo que quieres decir.

Entonces el barquero confesó.

Caía la noche. Unas sombras vagaban a lo largo del río. Fatigado, él se acostó temprano al pie de unas matas de arbustos donde había hecho su lecho. Como colchón, algunas hojas de maíz; como almohada, un gran pedazo de pan que debía durarle aún toda la semana. Dormía mientras unas gentes pasaron a su lado, tan cerca que pisaron las hojas secas de maíz.

El ruido sorprendió a los vagabundos que, bajando entonces los ojos, descubrieron el cuerpo del barquero durmiendo. El barquero también les había visto pero, asustado, fingió dormir, por prudencia y por temor de que, molestándoles su

presencia, le echaran al río con una piedra al cuello como las gentes de su clase lo hacían tan a menudo.

—¿Cómo lo hacían tan a menudo? —repetía Alejandro pensativo—. ¿Estás seguro?

—¡Ah! ¡Virgen Santa! Cuántas noches les he visto inclinados en el agua acechando si el que acababan de arrojar no volvía a flote. Una noche arrojaron al Tíber cien cadáveres, que conté uno por uno.

Y explicaba al Papa que amarraban en un pedazo de tela una gran piedra y que a continuación ataban ese peso al cuello de la víctima para mantenerla en el fondo del agua.

Pero el Papa le interrumpió, ansioso.

—A él, ¿cómo le mataron?

—Todos tenían miedo... Sobre todo temían ser reconocidos por él... Aquél a quien llamaban Micheletto incluso prohibió hablar... Dijeron eso antes de notarme, pues no se daban cuenta de mí. Cuando uno de ellos estuvo a punto de pisarme, era demasiado tarde para que pudiera preocuparse de mí. Yo estaba más muerto que vivo, pero veía que ellos tenían miedo también, pues un caballo con un jinete acababa de llegar a toda carrera y tan pronto como éste descendió del caballo, los unos se lanzaron a tierra, otros a los matorrales, y uno de ellos que parecía el jefe y que yo no había visto aún, les daba órdenes desde el árbol donde se encontraba...

En seguida todo se calló. El silencio duró cerca de cinco minutos, llegó otro jinete pero su caballo debió olfatear el peligro, sin duda, pues su amo lo serenó, hablándole y animándolo con palmaditas en el cuello; pero no había terminado de hablar cuando oí el ruido de una caída seguido de un insulto. Algunos hombres corrieron. Oí choques de espadas.

Desde lo alto del árbol, la voz gritó:

—¿Está bien muerto?... Micheletto, convéncete...

—Le he clavado una vez más en el corazón, pero es el quinto golpe que recibe ahí...

—Esperad.

El hombre que se había escondido en las ramas descendió, se mezcló entre ellos, dio unas órdenes. Los soldados levantaron el cuerpo que se les resbalaba de las manos, pues estaba inundado de sangre. Lo llevaron junto al río. Ahí, le ataron la piedra al cuello y lo dejaron caer al agua, tras balancear el cuerpo para poder arrojarlo más lejos. En seguida se fueron.

—¿No reconociste la voz del hombre que estaba en el árbol?

—No.

—Escucha. El cardenal va a venir, tú permanecerás oculto y me dirás si reconoces su voz. Ahora, dime lo demás, todo lo que sabes.

—Iba a dormirme, pues esos espectáculos se renuevan a menudo; pero rara vez hay tanta gente como había aquella noche... casi no hay noche sin que haya alguna

disputa, alguna batalla o simplemente algún hombre que venga a arrojar a otro...

Iba a dormirme, la conciencia tranquila y el alma en reposo, cuando recordé que uno de los soldados me había visto, y eran capaces de volver para hacerme seguir el mismo camino que a su víctima.

Tuve miedo y me levanté. Me alejaba del rincón en que dormía todas las noches cuando oí un galope de caballo. Rápidamente trepé al árbol al que había trepado el hombre poco antes.

Los caballos se acercaban.

Llegaron. Los hombres pusieron pie en tierra. Tenían empuñadas sus armas y buscaban. Comprendí pronto que era a mí a quien querían.

Temblaba tan fuerte que hacía temblar la rama en que me apoyaba. Seguían buscando.

No me encontraron. Partieron bromeando. Cuando se fueron respiré por fin, pero ya no quise descender del árbol, pues temía que volviesen.

La mañana aún no había llegado pero la noche palidecía cuando llegaron nuevamente unos jinetes. Eran dos esta vez. Uno de ellos era Micheletto, el otro era... Que Su Santidad me perdone...

—¿Estás seguro?

—Él preguntó a Micheletto: ¿Estás bien seguro de que está Muerto, de que no volverá?... Puedo dudar de ti después del golpe de Sforza...

Micheletto le juró que todos le habían mirado a la luz de la antorcha, que todos le habían reconocido. Quiso ver el lugar exacto en que había sido arrojado. Permanecieron un cuarto de hora, en seguida se alejaron...

No los he vuelto a ver.

—¿Por qué huiste en seguida? ¿Por qué no te han vuelto a encontrar, si no tenías nada que se te pudiera reprochar?

—Tuve miedo de que los soldados que me habían visto regresasen... Temí que se pensaran que había sido testigo del drama, y entonces me habrían matado seguramente.

Pero el Papa ya no escuchaba. Temblaba. Escuchaba una voz que reprendía duramente a alguien en el jardín. Pronto unos pasos ascendían las escaleras.

Con la mano izquierda en su espada y con la derecha en su puñal, el Papa vaciló. Dijo al barquero:

—No te muevas, retén el aliento: te juegas la vida.

Y el Papa entró en la habitación vecina, donde César, que venía del jardín, entraba al mismo tiempo.

—¿Aún sin noticias?

—No.

—Es increíble que se hayan atrevido a atentar contra un Borgia. Si alguna vez ése o éstos caen en nuestras manos...

—Caerán tal vez un día en nuestras manos...

—¿Qué significa eso? ¿Por qué esas vacilaciones, esa misteriosa gravedad? ¿Habéis sabido algo de nuevo? Hablad. ¿No veis en qué estado me encuentro?...

—Sí, veo César, en qué estado te pongo... ¿Por qué titubeas? Pues, ¡Dios guarde al Señor! Tú titubeas... Siéntate, estás lívido.

—¿Qué habéis sabido, pues?

—Creo que mañana el asesino del duque de Gandia será detenido y sus cómplices también... ¿Te extrañaría eso, César?

—¿Por qué podría extrañarme?

—Porque palideces al escucharme.

—Me torturáis no revelándome el nombre de esos odiosos asesinos.

—César, ¿qué harías a los asesinos y cómplices si los agarraras? Dímelo, eso me interesa mucho.

—No sé, pero...

—He jurado infligir a los culpables el suplicio que tú me aconsejaras hacerles sufrir. Aconséjame, César.

—No sé lo que tenéis esta noche, pero vuestra sonrisa está lejos de agradarme y vuestras maneras están muy cerca de irritarme. ¿Queréis hablar a corazón abierto? Si no, permitidme que me retire, pues no tengo mucho tiempo. Y no comprendo vuestras alusiones ni esa sonrisa que quiere ser irónica.

—¿Alusiones? ¿Temes, pues, que pueda hacer alusiones a algo que te hiera? Pero, ¿cómo es posible que no estés en San Pedro ad Vincula, al lado de tu madre?

—Tenéis razón, e iba a partir olvidando el objeto de mi visita. ¿Es verdad que Lucrecia debe reunirse con su marido? Es una fábula, ¿no es cierto? ¿Vais a entregaros así a la burla de Roma y de Italia entera?

—¿Me interrogáis?... ¿O ya me censuráis? ¿A qué debo responder?

—¿Cómo? Giannino y toda Roma saben que hemos querido matarlo y que, si no ha muerto, es porque se nos ha escapado, y vamos a mandarle a Lucrecia.

—Lucrecia partirá para Pésaro, cuando ella lo desee, custodiada por soldados de confianza enviados por Giannino Sforza. Llevará con ella un séquito bastante numeroso y mis gentes le harán cortejo. Además, como Giannino Sforza puede temer algo de mi parte, confío a Lucrecia, como rehén a Julia, sí, a Julia Farnesio, mi amiga...

—Pero que ráfaga de locura...

—Olvido decir algo que te concierne también. Como Giannino puede igualmente temer algo de ti, así como Lucrecia, confié a los buenos cuidados conjuntos de Giannino y de Lucrecia a tu madre...

—Jamás, ¿comprendéis?

—Por Dios Santo, por aquél que toca la trompeta en el castillo de San Ángel, se hará como yo quiera, o desdichado del que se ponga en el camino del Papa.

El pontífice desenvainó el puñal que llevaba a la cintura y con un nervioso golpe lo clavó en una mesa. La hoja vibraba aún.

Estupefacto, la mano en el pecho en señal de respeto. César se Incline, silencioso. Acababa de encontrar ante él el noble orgullo de los Borgia.

—Mañana —dijo el Papa— vendrás a mostrarme tú mismo el lugar donde se asegura que fue enterrado el cuerpo de Francisco. Se afirma que la noche del crimen te encontraron inclinado sobre el agua que acababa de tragar el cadáver de Francisco. Lo retiraremos de ahí mañana y quiero que tú seas el primero en reconocerlo.

—Os obedeceré como me pidáis que lo haga.

—Y lo besarás... Y le pedirás perdón de rodillas...

César se cubrió, significando al Papa que la conversación estaba terminada y completó esa impertinencia con estas palabras:

—Creo que la muerte de Francisco ha producido tal trastorno a vuestro cerebro que deberías cuidarlo...

—Comprendes de que te acuso, César. Te acuso de haber hecho asesinar a tu hermano, duque de Gandia, por tu sicario Micheletto, la misma noche de la fiesta de San Pedro ad Vincula, y de haber venido por la noche después de la fiesta a convencerte de que Francisco estaba muerto.

—¿Eso es todo?

—Temías que los barqueros te hubiesen visto, por eso quisiste hacerlos asesinar. Algunos perecieron, pero otros que te vieron y que pueden contar el drama o denunciar a los asesinos, viven.

El Papa gritó:

—Giacomo. Responde por tu vida. ¿Cuál es la voz que acabas de oír con la mía?

—La del jinete que preguntaba al capitán Micheletto si el duque de Gandia estaba muerto. Lo juro por mi madre y por la antigüedad del río, por mi cuerpo y el de los Papas Lin y Clin.

—¿Juras también que Micheletto fue el que asesinó al duque de Gandia?

—Lo juro por las siete Alegrías, por la muerte de Abel y la de Esteban, el protomártir.

—¿Oyes, tú, Caín, oh, fraticida?

Y el Papa, abriendo de par en par las puertas y las ventanas, gritó:

—Venid todos a ver al cardenal César Borgia, asesino de su hermano, a quien hizo arrojar al Tíber...

Se detuvo bruscamente; una mano apretaba su garganta como en un torno. El pontífice se desmayó.

Sin ocuparse más de él, César se precipitó a la sala de donde provenía la voz. Encontró allí al pescador ensangrentado.

—Déjame pagarte por tu hermosa labor. He ahí un ducado para recompensarte por la noche que pasaste espíándonos. Trágate lo por temor de que lo pierdas... y ahora dame tu lengua; vamos, pronto, la compro y pago. Pronto, te digo, alguien sube la escalera, pronto, carroña...

El barquero tembló, sacudido por el miedo como un árbol que se varea. Entonces,

apresurándose, César sacó al Papa su puñal y precipitándose sobre el pescador, le arrancó la lengua, que clavó en medio de la gran mesa, en el mismo lugar en que el Papa había hundido poco antes la hoja de su cuchillo.

Tomando entonces al Papa de la mano, lo arrastró por las baldosas a través de dos grandes salas. A veces, el cuerpo chocaba al pasar con algún mueble o con las puertas. Llegaron así ala «buggiale», que era la habitación en que se reunían los cardenales para reír y bromear.

Allí, aplastó con el pie el cuerpo contra el muro, dispuso dos sillas para disimularlo a las miradas de las gentes que atravesaban la sala, y se fue tranquilamente.

Cuando los cardenales y los servidores penetraron en esta parte de los departamentos del Vaticano, divisaron clavado en la gran mesa, el puñal del Papa, que sujetaba a la madera una lengua recién cortada.

El cardenal Ascanio Sforza dijo simplemente:

Una más que no sabía contenerse...

El cardenal Monreale, sobrino de Alejandro VI, dijo:

—Tenemos un nuevo cocinero, Esopo, el jorobado.

El cardenal Mechiele reflexionó en voz alta, pensativo:

—Tratemos de que un día no se estime nuestra lengua tan embarazosa como debió ser ésta.

Ninguno de los tres desconfiaba que llegaría un día en que alguien apreciaría su muerte con el mismo desapego, la misma indiferencia que ellos tenían para apreciar la muerte de aquél cuya lengua veían clavada allí...

Los tres perecieron de muerte violenta a manos de los Borgia.

Pero al notar el cadáver del barquero, no ocultaron su decepción. Todos pensaron que el asesinado sería una víctima de posición y se admiraban de que se hubiera prestado el marco grandioso del Vaticano a tan insignificante labor.

Pero el capitán carcelero Canale entraba también, volviendo de ejecutar una orden del Papa. Vio la lengua clavada en la mesa y el cadáver del pescador que César había matado de una puñalada en el corazón.

Todos creían que el Papa había ejecutado al pobre barquero. Pero Canale no pensó lo mismo. Temió otro crimen más terrible.

No pudo contener el temor que aparecía en él y, sollozando, mesándose los cabellos, diciéndose perdido, jurando que iba a matarse, explicó a los estupefactos cardenales que Alejandro no podía ser el que había matado al barquero, y que sólo alguien que pudiera tener interés en hacer desaparecer al barquero podía haberlo hecho.

Los cardenales creyeron comprender.

Se dieron cuenta entonces de que el hombre tan preciosamente enmascarado no era otro que el barquero, lo que Canale confirmó suplicándoles que buscaran a Su Santidad. No les ocultaba que temía que el Papa hubiera sido asesinado.

El drama se amplificaba. Vieron sobre las baldosas unas huellas y se dieron cuenta de que se había arrastrado un cadáver.

Imaginaron el trastorno de Roma al saber esta noticia. Esa muerte trastornaría el destino de Italia.

Siguieron las huellas, convulsionados todos con ese pensamiento. Llegaron así a la «buggiale». Ahí, perdieron las huellas que el cuerpo había dejado. Pero mientras conversaban con Canale, un estertor llegó hasta ellos...

Otro estertor, al que en seguida siguieron otros estertores... Descubrieron entonces, detrás de las sillas, el cuerpo extendido de Alejandro, que recobraba sus sentidos. Canale se arrojó a tierra. Desabotonó los vestidos del Papa, le levantó los brazos, fraccionándolos para restablecer la circulación de la sangre.

El Papa le reconoció y pidió que le dejaran solo con Canale. Los cardenales se retiraron. Pero pronto el Papa les llamaba. Lívido, exangüe, los párpados hinchados, bañados en grandes ojeras verduscas, entre lágrimas y sollozos, les reveló el crimen de César.

Contó cómo el barquero había visto a los asesinos, y a César y Micheletto; les suplicó que le ayudaran a encontrar el cadáver de su hijo mayor, su querido Francisco. Les juró que esa noche César sería apresado y que si comprobaba que, efectivamente, se había asesinado al duque de Gandia por orden de César, haría perecer a César de la misma muerte.

Los cardenales se callaron, entrecortados.

Alejandro les suplicaba. Imploraba consuelo de ellos, palabras afectuosas, palabras dulces, pero ellos callaron.

Creyó entonces que desconfiaban de él. Para probarles mejor cuán sincero era, se confió a ellos, confesó sus crímenes, reveló las interioridades de los crímenes que le habían hecho temer. Les mostró una custodia de oro que no le abandonaba jamás, ni en las orgías; que le asistía en sus libertinajes con Julia Farnesio, como le había asistido en todos sus desenfrenos con la Vannozza. Esta caja de oro contenía una hostia consagrada. Esta hostia, decía, le preservaba del mal y aún le aseguraba contra la venganza de Dios. Les confesó que si alguna vez el se deshiciera de esa hostia, por cualquier pretexto o por cualquier demora, estaba seguro de que moriría pronto de muerte violenta.

Les decía que se ponía en sus manos, pero que lo hacía con agrado, que se entregaba a ellos que debían formar para él una familia ahora que ya no la tenía, pues renegaba de César para siempre, y Lucrecia, decía, estaba perdida para siempre para él. Les hacía juramento de amistad fiel y abnegada. Les suplicaba que se inclinaran sobre él y le prodigarán consuelo, que les necesitaba, que moriría si se viera privado de ellos, lloraba, sollozaba y caía de rodillas, implorando su perdón, el olvido de las ofensas que hubiera podido hacerles, y ofrecía repararlas.

Con la cabeza entre las manos, Alejandro lloraba.

Cuando se levantó, miró a su alrededor. Ninguno de los cardenales estaba allí.

¿Había soñado? ¿No estaban el cardenal Monreale y el cardenal Mechiele? Sólo Canale, el marido de Vannozza, su fiel carcelero, permanecía todavía cerca de él.

Por él supo entonces que había llorado largo rato, hablado mucho tiempo, que habían llegado otros cardenales, pero que todos habían huido, no queriendo escuchar su confesión, y no ocultándose decir entre ellos que mañana Alejandro lamentaría sus confesiones y que entonces ya no pensaría más que en una cosa: hacer desaparecer a los que las habían escuchado.

Alejandro se sintió decididamente muy solo. Tuvo que convencerse de que no había pacto posible más que con los suyos, que todos los demás no veían en él más que un enemigo y que no dejarían de agobiarle a su primera caída. Se vio, pues, obligado a permanecer fiel a sus parientes, persuadido como estaba de que fuera de los suyos, no habría en adelante salvación para él.

Algunos instantes después, Canale partía con orden de traerle a César.

Cuando éste volvió, juzgó a la primera mirada y a las primeras palabras del Papa, en qué situación exacta se encontraba. Dedujo de eso que si el Papa después de lo sucedido lo hacía volver con esa humildad, era porque no podía prescindir de él, era porque le reconocía como amo. Y César habló como amo.

Alejandro le suplicaba que dijera la verdad, le aseguraba que le perdonaría y apagaría el escándalo para evitar la deshonra a los Borgia a pesar de su amor por Francisco, quien ahora debía estar en el cielo. Reconoció que no servía ya de nada pensar en el duque de Gandia, sino rogar por su alma, y que ahora su tarea era reunir alrededor de él, lo más estrechamente posible, a los que quedaban: Lucrecia, César, Vannozza y Julia.

César respondió que si Alejandro hubiera hablado de esa manera desde el comienzo de su conversación, nada habría sucedido.

Confesó, con una gran sencillez y mucha naturalidad, que había matado a Francisco y lo había hecho arrojar al Tíber. No le había matado por celos, como se había querido creer, sino por abnegación a los suyos, por amor hacia los suyos, de quienes Francisco se alejaba cada día más. ¿No había desaprobado Francisco públicamente el envenenamiento de Geme, el sultán, de quien era amigo, y a quien pensaba tal vez colocar un día en el trono, en el lugar y puesto de Bajazet, sin conocimiento de Alejandro? ¿No había arrebatado, de acuerdo con Lucrecia, la carta por la cual Bajazet pedía al Papa que hiciera morir a su hermano Geme?

El Papa se admiró de eso. No conocía esa carta que César le entregó y que había quitado a Francisco. El Papa leyó sin sorpresa esa misiva redactada en latín y que decía exactamente:

«El sultán Bajazet Cham, hijo de... etc., al excelentísimo padre y señor de todos los cristianos, el Papa Alejandro VI, por la gracia de Dios muy digno Soberano Pontífice. Después de rendir a Vuestra Grandeza los saludos que merece y que le son debidos, nos le declaramos humildemente y con un corazón sincero, que hemos sabido por Jorge Buzard, servidor y nuncio de Vuestro Poder, vuestra convalecencia,



así como todo lo que nos ha relatado de parte de Vuestra Grandeza, lo que nos ha regocijado mucho y nos ha dado un gran consuelo. Nos ha dicho entre otras cosas, que el rey de Francia está resuelto a llevarse a Geme, nuestro hermano, de manos de Vuestro Poder, lo que sería muy contrario a nuestra voluntad y muy perjudicial a Vuestra Grandeza, lo mismo que a todos vuestros cristianos. También, hemos comenzado a aplicar nuestras almas con el dicho Jorge Buzard, vuestro nuncio, por el bien de la vida y el honor de Vuestro Poder; también sería bueno para satisfacción nuestra que hiciérais morir al dicho Geme, nuestro hermano, que está sujeto a la muerte y retenido entre las manos de Vuestra Grandeza (con lo cual le procuraríais una mejor vida, una ventaja y reposo a Vuestro Poder), eso sería para nos una cosa agradable; que si Vuestra Grandeza quiere complacernos en eso, como lo esperamos de su prudencia, debe, por el mayor bien de Su Poder y nuestra mayor satisfacción hacer morir a Geme, sacarlo de las miserias de este mundo y darle otra vida más feliz a su alma, de la mejor manera que agrade a Vuestra Grandeza; lo cual, si nos envía su cuerpo en cualquier lugar que sea, más allá de nuestro mar, nos, sultán Bajazet, susodicho, prometemos enviar donde Vuestra Grandeza quiera, trescientos mil ducados, con lo que Vuestro Poder podrá comprar algunos dominios a sus hijos, y que los hacemos consignar en las manos del que Vuestra Grandeza ordene antes que el dicho cuerpo nos sea entregado y que los vuestros lo hayan dado a los nuestros. Prometemos aún a Vuestro Padre que, durante nuestra vida, habrá una grande y verdadera amistad entre nos y Vuestra Grandeza, sin ningún disimulo, y haremos aún todo lo que nos sea posible para servirlos y agradarlos. Damos, además, nuestra palabra a Vuestro Poder para su mayor satisfacción, que ninguno de los cristianos, de cualquier calidad y condición que pueda ser, sea en tierra o en mar, salvo que nos hiciera daños a nos o a nuestros súbditos, recibirá ningún impedimento o perjuicio de parte nuestra, ni de nuestros servidores, ni de ninguno de nuestros súbditos, y para colmar aún con una mayor satisfacción a Vuestra Grandeza, hemos jurado, con el fin de obligaros a creer sin ninguna aprehensión todo lo que acabamos de decir y hemos prometido en presencia de Jorge, vuestro nuncio, por el verdadero Dios que adoramos y sobre vuestros Evangelios, observar punto por punto lo que aquí se expresa a Vuestro Poder, sin faltar a la menor cosa ni engañar en cualquier cosa que sea; pero a fin de convencer aún más a Vuestra Grandeza e impedir que su espíritu quede en la duda ofreciéndole toda clase de escrúpulos, nos, susodicho sultán Bajazet Cham, juramos por el verdadero Dios que creó el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, en quien creemos y a quien adoramos, que haciendo ejecutar lo que pedimos más arriba, nos comprometemos por el dicho juramento a guardar todas las cosas señaladas más arriba sin omitir nada, ni contravenir en nada a Vuestra Grandeza. Dado en Constantinopla, en la corte de nuestra Autoridad sultánica, el 18 de setiembre, el año del nacimiento de Jesús el Profeta, 1494».

Mientras Alejandro mediraba sobre esta carta. César continuó:

—Francisco era el mejor amigo de Geme. ¿Has olvidado las cabalgatas que

hacían juntos y los desenfrenos que los dos alegremente cometían en los burdeles? Era, pues, natural que nos sacrificase a sus amigos. ¿Olvidas qué amistad tenía con Giannino Sforza? ¿No sabes que por Francisco, Lucrecia y Sforza fueron prevenidos de nuestras intenciones? ¿No sabes que Sforza debe el estar hoy con vida al mejor caballo de Francisco? Yo había envenenado todas sus bestias para el caso de que el atentado no resultara, con el objeto de cortarle toda retirada, toda posible huida. Y cuando Micheletto y yo le perseguimos, nuestros caballos reventaron de fatiga antes que los suyos. Pues bien, no había en Roma otros eorceles que pudieran derrotar a los míos y a los de Francisco, salvo los de Sforza. Puesto que yo había aniquilado los de Sforza, quedaban los de Francisco.

El Papa dudaba...

—Mi pobre Francisco bienamado.

Alejandro se lamentaba por la muerte de su preferido...

—¿Crees tú —agregó César con su voz más dulce? que no he sufrido al ver que el que era menos afecto a su familia era tu preferido, a pesar de sus vicios, sus frivolidades y su pereza? Sí solamente él existía porque era hermoso, porque era tu vivo retrato. Yo no tenía de ti más que las consideraciones que mi madre de tu piedad solicitaba. Y aún esa piedad no era sin prudencia, pues temías incesantemente mi rebelión. ¿No era temor el preverla? Tú la previste. ¿Por qué me odias por haber ejecutado un proyecto que concebías tú mismo? La hora ha llegado. No te ha conmovido sino porque ha llegado un poco más tarde de lo que pensabas. Lamento sinceramente en mi alma, haber matado a Francisco. Y, sin embargo, siento que, a la primera rebelión a que me hubieras empujado, un día u otro, mañana o dentro de un año, habría obrado igual. No echas, pues, la falta sobre mí solo. Y si hay varios culpables, debes saber asegurar tu parte de responsabilidad. He hablado bastante. ¿Quieres que hagamos la paz? Llóralo durante algunos días y después comprenderás que no te quedo más que yo sobre esta tierra, como a mí no me quedas más que tú. Piensa que si mueres, todos se arrojarán sobre mí como perros ávidos y me despedazarán propiamente, pero, si muero, pierdes tu brazo derecho... Juran por mí y los cuernos del Diablo; el Diablo eres tú; el toro soy yo. Desconfía que algún día, alguien cortará al toro sus cuernos. Sin defensa, rogaría a Dios que me hiciese resucitar... Y sería un poco tarde... Deja partir a Lucrecia y Julia y a mi madre, ya que lo prometiste. Pero piensa en otra cosa aparte de las mujeres mientras ellas no estén. ¿No crees que los cardenales que escucharon tu confesión son demasiado pobres? ¿Qué opinas de ese dístico que declama por todas partes el cardenal Ascanio?

*Vendit Alexander, claves, altaria, Christum:*

*Vendere jure potest, emerat ille prius.*

No destruirás jamás la opinión que los romanos tienen de ti. Crean que has vendido las llaves, los altares y el Cristo, y que has podido hacerlo con todo derecho, ya que los habías comprado antes. Aprovéchate. No les decepciones. Hablaremos en seguida de Geme, del lugar en que está su sepultura; lo desenterraremos y, bien

embalsamado, rociado con arsénico, enviaremos a Bajazet un cadáver de trescientos mil ducados. Temo que los cardenales Ascanio, Monreale y Mechiele tengan la lengua que les quema, es tiempo que pensemos en curarlos. Me voy, y te enviaré a Julia para distraerte.

Hijos y padres proveían a las necesidades sexuales de los suyos; se ingeniaban incluso en preverlas.

-Apenas César partió, el Papa hacía llamar a Canale y le recomendaba volver a Torre di Nona sin hablar a nadie de lo que había ocurrido.

Canale se arrojó a sus plantas llorando de alegría y de gratitud. Como el Papa no comprendía esta explosión repentina de alegría, Canale expresó el miedo que había tenido de poseer el terrible secreto sin haberlo buscado. Ya que el Papa le pedía discreción, era porque aún contaba con su abnegación, era porque no estaba aún condenado a beber el veneno.

Alejandro le levantó con una sonrisa paternal y le dio su bendición.

Canale salió; el Papa reflexionó que aquél era doblemente más peligroso que imbécil. La suerte de Canale fue decidida así y pronto murió envenenado.

## CAPÍTULO IX

*La familia en Italia a fines del siglo xv. —La mujer del capitán Marino Pisani. —Desprecio de las cortesanas por los galanes. —Las ruindades de los hombres. —César Borgia se venga de la amante del cardenal Ascanio. —La fecundación artificial. —La hoguera de los monjes y la fosa de las serpientes. —El armario de las ratas, donde se encierra a dos amantes.*

Fue difícil para Alejandro hacer comprender a los Farnesio por qué desterraba a su amante Julia, pero lo hizo con tanta diplomacia, les colmó de tales favores, que éstos terminaron por aceptar sin disgusto el éxodo de Lucrecia y de su séquito.

Como se había hecho correr la noticia de que Julia Farnesio había sido seducida por un amante y que el Papa les había sorprendido en situación delicada, los Farnesio fueron a pedir confirmación de este rumor al Santo Padre, prometiéndole que si tal era la verdad, ellos sabían lo que les quedaba por hacer.

Si nos atenemos a los ejemplos que la historia nos ha dejado, comprenderemos cuán serias eran las amenazas de los Farnesio. En la sociedad italiana del Renacimiento y de la Edad Media, la familia es todo; el matrimonio, poca cosa. El marido confía a los hermanos o a los padres de la esposa el cuidado de castigar a ésta por el ultraje que le ha hecho. Un día, un capitán, Merino Pisani, invita a los padres de su mujer a comer. La mima largo tiempo. En el momento de levantarse de la mesa y abandonar la casa como acostumbraba a hacerlo todas las noches durante algunas horas, abre un cofre y les muestra al amante que espera ahí todas las noches su partida para reunirse con la mujer adúltera. Dice simplemente a la Familia de su mujer:

«Conocen ustedes la falta y comprenden que ya no podría conservar en mi hogar a la mujer que me ha traicionado; llévensela, pues, y hagan de ella lo que mejor les parezca. No podría derramar una lágrima por ella».

Los padres de la joven se la llevaron y, sin más trámite, la mataron. Todos dijeron: «Era justo que así lo hicieran».

No hay, pues, que admirarse demasiado de ver a las familias inmiscuirse en la intimidad de los cardenales y de sus amantes.

Por lo demás, las mujeres están a la entera disposición de los hombres, son una especie de esclavas. Lo son tanto en el lecho o en sus habitaciones, como en la calle. Sus maridos las desprecian y no tienen consideraciones sino para las cortesanas, que, según una expresión vulgar: «les hacen pagar caros sus servicios».

Los hombres son, pues, generalmente odiados por sus mujeres a quienes

desprecian y a quienes detestan, y por sus amantes que les desprecian y los explotan. Si creemos a los satíricos de la época, he aquí cómo se comportan los hombres con las cortesanas:

«Esos hombres —dice uno de ellos— que hacen maravillas gracias a sus talentos, y de muy pequeños personajes que eran llegan a ser ilustres e ilustrísimos, reverendos y reverendísimos, esos hombres son tan infames que no se avergüenzan de robar a las cortesanas, en sus cámaras, libros, espejos, peines, toallas, jabones y cintas».

Más adelante, compara a la cortesana con una tortuga que lleva sobre su espalda todo lo que posee. Se queja de que los hombres, después de haber arruinado a esas mujeres adornen con un diamante falso y con una cadena de latón «la escalera y el brocal de sus Pozos y de su cisterna».

Relata las conversaciones que los hombres tienen sobre las mujeres después de haberlas amado; se muestran en ellas, evidentemente, bastante viles.

«Estuve, hace dos días, probando una. ¡Oh! qué ramera, qué desagradable suciedad; tiene unas ancas más arrugadas que una gansa, el aliento de un cadaver, los pies hediondos a sudor, con una valija en lugar de cuerpo, un lodazal por delante y un abismo por detrás». O también: «¡Qué yegua, qué vaca! ¡Qué marrana sarnosa! Quiere tener todo el paquete metido, y se menea por debajo hasta dejarlo a uno estupefacto; en seguida, después de sacarlo, se lo lame, se lo acaricia, lo limpia en una forma como uno no ha soñado jamás».

Las mujeres detestan a los hombres, pero a menudo éstos les Corresponden en igual forma. César Borgia, teniendo que vengarse del cardenal Ascanio, hizo raptar a su amante y la condujo a San Pedro ad Vincula. Ahí, la hizo extender sobre unas tablas erizadas de clavos y la destinó sin miramientos al uso que quería. Más tarde se jactó de no haber experimentado jamás voluptuosidad más viva. La desdichada, penetrada por las puntas, se había desmayado. César invitó entonces a todos los de su casa a que vinieran a imitarlo. Eso fue lo que se llamaba un treinta y uno.

Por turno de listas y al capricho de sus más locas fantasías, todos la violaron. En seguida, trajeron los perros, y los criados saciados se esforzaron por saciar a las bestias.

La amante del cardenal Ascanio había dicho de Lucrecia que no era más que una perra. César quiso que pudiera vanagloriarse de serlo también. Ella sucumbió a sus heridas, que el cardenal Ascanio ignoró y que reveló mucho tiempo después un servidor ebrio de San Pedro ad Vincula, el cual fue empalado en pago a su revelación.

llamaban a César el Justiciero, y en más de una ocasión justificó este título. Se enamoró una vez de una niña de Ponte Sisto, joven que se iniciaba en la profesión de la que vivía. La amó sin poder fecundarla. Supo que la joven recibía en su casa a un joven amante. Esperó mucho tiempo su venganza. Una mañana, propuso a la joven un paseo a San Pedro ad Vincula y la llevó con él.

Por otra parte, hizo proponer al joven una suma de dinero bastante fuerte por ser durante una noche el amante de una joven casada con un viejo barón que quería un

hijo.

El joven creyó la fábula que se le contó y aceptó. Se le puso una máscara ciega sobre el rostro, porque no debía mirar el rostro de la dama en cuestión. Y llegó así al mismo tiempo que su amante a San Pedro ad Vincula.

Por su parte, César había dicho a su amante que quería saber si su esterilidad no provenía de la violencia del amor de ambos, y le pidió que se prestara ante él a un juego galante con un joven que el escogería. Pero ella debía llevar una máscara ciega durante la tentativa de fecundación. Un médico estaría allí, a fin de que el éxito fuese seguro.

Llegado el momento, los dos amantes, bien perfumados, se encontraron uno en brazos del otro.

Antes de algunos preludios, el médico, «metteur en scene», dispuso la pareja como el vaquero conduce el toro a la vaca. César sujetaba con su propia mano un crisol lleno de plomo fundido. El médico dispuso las carnes de tal manera que César pudiese, a su vez, operar convenientemente. Los amantes creían en las prácticas del medicastro y se prestaban a ellas con ingenua complacencia. Repentinamente se oyó una crepitación de carnes quemadas, dos gritos atroces...

Tendidos uno sobre el otro, la prostituida y su galán quedaban unidos para siempre...

Se llamó a la servidumbre, a los aldeanos y obreros, y mientras César sonreía, feliz, a la desdichada que agonizaba en estertores, el médico explicaba la escena, la comentaba, completaba las reflexiones populares con explicaciones científicas tan sabrosas como inesperadas.

Roma entera conoció la historia. César dispuso hermosos funerales para los amantes.

Pero llegado al cementerio, el cortejo de las muchachas y de la plebe que acompañaba el féretro, vio con espanto que retiraban de la urna el cuerpo de los enamorados con una horquilla de basura, para arrojarlo a una fosa llena de estiércol, de entrañas y de inmundicias infames, gatos en descomposición, pescados podridos, carnes roídas por los gusanos. La fetidez y el espectáculo eran tales que muchas mujeres se desmayaron. Numerosas fueron las que quedaron enfermas para toda la vida.

Otra amante de César, que le traicionó o que tal vez no quiso doblegarse al capricho de su señor, huyó de Roma. César la persiguió con una pequeña tropa de soldados. Quería llegar a Nápoles donde ella y su comitiva se creían más seguros que en Roma, pero en el camino sus servidores la previnieron de que les seguían. Se refugió con los suyos en un convento que encontraron, cuidándose bien de revelar la calidad y el nombre del perseguidor. Dijo simplemente al prior del convento que unos salteadores de caminos querían despojarla. Los monjes cerraron, pues, las puertas y se atrincheraron.

Pero César asaltó el convento, prometiéndose castigar seriamente a los insolentes

que se habían atrevido a resistirle. Cuando éstos supieron por fin quién era el perseguidor, se aterrorizaron, se vieron perdidos y renunciaron a la resistencia. Sabían la muerte preferible al castigo que inventaría César Borgia.

Levantaron una inmensa hoguera con sus libros, y las sillas del coro, extendieron aceite y pez sobre la hoguera, y encaramados sobre el montón al que prendieron fuego, se estrecharon todos en un supremo abrazo. Del hogar brotaban las llamas. César y su gente llegaron cuando las llamas empezaban a arder por todas partes. Algunos monjes habían ya perecido asfixiados o quemados; se apoderó de aquéllos que la muerte no había arrebatado aún y a los que atroces quemaduras devoraban.

Al verlos abrazarse así, fingía creer que se entregaban a abrazos impuros.

Ordenó preparar estacas que hizo afilar. En seguida, mientras los soldados cantaban y reían, empalaron a los monjes medio muertos y agonizantes.

En cuanto a la que le había mentido, la hizo arrojar a un hoyo profundo cavado en el suelo. En esa fosa, echó también cien serpientes de todas dimensiones, pero cuya mordedura no era mortal. Sobre esas serpientes sibilantes, que se arrastraban por el suelo, se levantaban, se enredaban furiosas, caía a veces una antorcha produciendo el desorden y la furia entre esos animales exasperados, que huían irritados, encontraban el cuerpo desnudo de la cortesana, la enlazaban y la motdían también.

Murió tras largas horas de terror atroz, entre las culebras frías y pegajosas. César seguía sobre el rostro de la desgraciada todas las fases de esta agonía terrible, con alegría y delectación.

¿Por qué no citar, igualmente, su venganza contra Alejandra Paroli? La había encerrado con su amante en un armario de ropa blanca. Este armario estaba dividido en dos partes por una separación de madera enrejada. En uno de los compartimentos se colocó al amante, al que se dio como compañeros de cautiverio cuatro grandes ratas.

Estos animales no podían llegar hasta ella antes de haber roído el enrejado de madera que podía abrirles paso.

Ambos, él y ella, tenían las manos atadas con esposas de hierro. Ella asistió a este combate: su amante, con las manos atadas se defendía de las mordeduras de las ratas hambrientas, que pronto le royeron el vientre. Él rodó por tierra, asido por el cuello y el bajo vientre por los roedores, que el hambre arrojaba sobre él como sobre una presa.

Alejandra vio al hombre desplomarse por fin, el vientre abierto, lleno de pequeñas rajaduras por donde corría la sangre. Las ratas se fueron entonces a su rostro, le devoraron los labios, penetrando en la boca; encontrando sus dientes ávidos esa barrera de otros dientes, trataron de penetrar por las rejillas abiertas. Pero llegaban otras ratas más voraces, y en la jaula misma de Alejandra entró una no se sabe exactamente por dónde...

Murió también, después de ver morir a su amante.

Puede omprobarse que César no encargaba a nadie su venganza.

## CAPÍTULO X

*Los bajos fondos de la Roma de los Borgia. —Piazza Ritonda. —Campo di Fiori. —El barrio de la judería. —La taberna «A la Marrana». —La Vespa. —La historia de la Vespa. —La prostituta edificante. —El temor del mal francés. —La Virgen bajo los rasgos de Julia Farnesio. —Consejos de la Vespa a su hija, futura cortesana. —La clientela del capitán de Torre Savella. —Las veladas de las rufianes de Ponte-Sisto. —Las «stregas» o brujas. —Quiromancia. —Lamano de la quiromántica. —La predicción. —Las virginidades imperecederas.*

A César le agradaba ir a vagar por la noche a las tabernas, donde encontraba prostitutas pendencieras y charlatanas.

A pesar de su jubón de *brocato*, su manto bordado de oro macizo y su calzón de tela de plata, no llamaba mucho más la atención que los ricos comerciantes levantinos o genoveses reunidos ahí para divertirse con las mujeres.

Desde la Piazza Ritonda, ellas le llamaban con un *ipschitt! ipschitt!*, tanto atravesando la calle, corriendo, como acechando en sus ventanas: éstas eran las rameras de celosías y las rameras de empanada. Se llamaba rameras de empanada a las que protegían sus ventanas con cortinas de tela.

A menudo caminaba sin contestar: no se ocupaba más de ellas que del Templo del Panteón, del obelisco de piedra que guardaba las cenizas de Rómulo y Remo, la columna esculpida donde le conducían sus pasos. Algunas veces llegaba así hasta la plaza Navonna, donde se celebraba el mercado, los miércoles.

Era su distracción venir a menudo a ese Campo di Fiori, el centro de la ciudad, donde los aldeanos o los novicios (recién llegados) vienen a hacerse robar hábilmente por charlatanes, sacamuelas, vendedores de remedios o medicinas infalibles contra el mal francés.

Llegaba así a la judería. Ahí se encontraba la sinagoga de los catalanes, más abajo la de las mujeres, más allá la sinagoga de los alemanes, y por fin la de los franceses. Había también, una sinagoga de los romanos e italianos, pero éstos tenían la reputación, y no solamente entre los judíos, de ser las gentes más estúpidas que había en el mundo.

César no amaba mucho a los judíos, que tampoco le amaban, y que le reconocían pronto a pesar de su antifaz. No se aventuraba, pues, allí sino rara vez, a pesar de su deseo de hacer hablar a esos judíos mugrientos y muy ricos que, del fondo de su tienda portátil, recogidos sobre sus piernas replegadas como una araña en el fondo de



su Cueva, acechaban a los transeúntes.

Aquella noche, César quiso entrar en la taberna «A la Marrana», donde venía casi todos los días la Vespa. La Vespa era una cortesana de Ponte-Sisto, que había gozado en otros tiempos de alguna reputación. Entre las cortesanas, había sido una de las más hermosas, pero una de las más peligrosas. Había profesado siempre el más violento desprecio por los hombres y se jactaba de no haber sido amada jamás por alguien a quien no hubiese ultimado con sus caricias. «La profesional más experta», la llamaban. Sus apuestas habían sido célebres. Hizo un día la de matar, agotándolos, a tres de sus amigos. Había prometido que los tres morirían dentro del año y así sucedió. Uno era un judío español, maligno como el diablo; el otro un canónigo, mayordomo de César, y el tercero, un camarero secreto. Enterraron a los tres en el mismo día. Únicamente el camarero secreto resistió más tiempo, pero murió después de una atroz agonía, en medio de sufrimientos tales, que se le oía gritar desde todas las calles vecinas.

La Vespa vio morir al camarero. No tuvo necesidad de los reproches que se le hicieron en todas partes, ni de las serenatas con cacerolas golpeadas unas contra otras que venían a tocar bajo sus ventanas, para lamentar su acción. Tuvo que dejar la casa contra la cual los rufianes y las prostitutas venían a arrojar melones podridos y calabazas llenas de materias fecales.

Se arrepintió haciendo una especie de confesión pública y declarando una noche, delante de todas las rameras, rufianes y cabronas, que estaba dispuesta a sacrificar su vida en expiación, y que acababa de hacer donación ante los alguaciles, juristas y agentes de justicia, ahí presentes, de toda su fortuna a las prostitutas desgraciadas, inválidas o contagiadas del mal francés.

Como daba su fortuna, estaba dispuesta a dar su vida. No le interesaba la una más que la otra.

Sin embargo, para conservar a su hija se comprometía a contentarse en adelante con la vivienda ordinaria de las rameras pobres en señal de humillación. Esa habitación se componía generalmente de una sala y una cámara. El arrendamiento era de diez ducados de carlines por año, que valen siete ducados y medio de oro: pagado cada tres meses, como es costumbre, lo que en tres meses daba veintitrés carlines.

Pero aún no pedía eso sino en interés de su hija: confesaba querer a su hija tanto como a su vida o como su fortuna. Los hombres le habían hecho demasiado mal, había sufrido demasiado por ellos y para ellos, no quería deberles nada, y si se confesaba aquella noche como lo hacía, era hacia sus co-hermanas, las prostitutas pobres, a quienes venía, ella, prostituta gloriosa, a pedir perdón.

Hábil, tuvo una palabra para las rameras florentinas de gracioso andar, para las prostitutas boloñesas de caras finas y de suave voz, para las rameras sienesas de talle maravilloso, y para sus hermanas, las prostitutas romanas, de notable belleza.

La perdonaron. Le concedieron que conservara su fortuna, pero rehusó, descendió al rango de las prostitutas pobres, que la veneraban como a una especie de santa, a

pesar de sus infamias y su odio inextinguible a los hombres, a los machos.

César la amaba y había tratado en vano de saber por qué había llegado a detestar tan de corazón a sus contemporáneos.

César amaba a la Vespa y la Vespa amaba a César, porque ella le juzgaba criminal y depravado, no tanto por inclinación como por asco de todos y de todo. Si la Vespa se equivocaba, no lo hacía del todo, pues el fondo del carácter de César era un desprecio no saciado a «Dios, a la familia y a todos los seres humanos». Amaba a los perros más que a la gente, decía él, y los prefería ariscos y amenazantes. Amigos, no tenía ya desde la época en que estudiaba en Pisa, donde había perdido a su primer y último amigo. Allí lo sorprendió la noticia de la mutación del cardenal Rodrigo Borgia, su padre, en el Papa Alejandro VI. Por orden de Alejandro, interrumpió entonces sus estudios y abandonó a su amigo, a quien no volvió a ver más. Después, no encontró en el mundo sino cortesanos y, entre los suyos, sólo libertinos e imbéciles.

En la taberna donde entró César, la Vespa estaba sentada, el codo sobre la mesa; delante de ella, un vaso de estaño y dos cubiletes de plata, uno para ella y otro para su hija, sentada a su lado en el mismo banco de madera tallada.

Como mucha gente de esa época, ella llevaba siempre consigo los dos cubiletes en que debía beber, pues decía temer como una calamidad el mal francés.

Desde que había renunciado a las vanidades de su círculo y se había lanzado a la vida mediocre por disgusto de los hombres, la Vespa decía preferir la mediocridad que había escogido deliberadamente al lujo de otros tiempos. Vivía entre los humildes, ayudándoles, amando a los revoltosos a su imagen, a los asqueados, hombres y mujeres. Por eso amaba a César.

Se decía de ella, sin ironía, que era una santa ramera.

Todo el dinero que obtenía de su amancebamiento, lo dedicaba a buenas obras y hasta obras pías. Así el altar de la Virgen estaba cubierto con un tapado de tisú de seda bordado de encajes que algunas noches habían pagado. Por tales caricias que exigían sus amigos de aventuras, la Vespa pedía un vaso o un candelabro de plata para tal o cual iglesia.

Hacía todo eso con una tranquila inconsciencia y un impudor edificante. Por eso César había podido aconsejarle que comprara todos los encajes, todos los candelabros, todos los floreros que adornarían el altar de la capilla de San Ángel, donde se proyectaba colocar la imagen de una Virgen entre un grupo de ángeles alados, retrato que no era otro que el de Julia Farnesio, la amante oficial del Papa Alejandro VI. Los grandes de la época señalaban la presencia de Julia Farnesio en la «boda de Lucrecia» por esta discreta mención entre la enumeración de los invitados: «La bella Julia Farnesio, concubina del Papa».

César sonreía con esta evocación en la capilla erigida por una cortesana a la Virgen; la Virgen estaba representada bajo los rasgos de otra cortesana y el altar adornado de objetos ofrecidos por otra cortesana. ¿Qué capilla habría convenido más

a las cortesanas que esta capilla consagrada por ellas?

—¡Por mi vida! Bebe dos dedos de este vino de Grenache, pequeña. Esto te abrirá los ojos —dijo la Vespa a su hija.

—¡Ay de mí! —dijo a César—; si no tuviera a mi hija, creo que acabaría inmediatamente con esta porquería de existencia.

Pero la Vespa se detenía. Mientras su hija jugaba con la gruesa cadena de oro que César llevaba al cuello, un capitán de gendarmes hacía señas llamando a la niña, que no quería comprender. La Vespa se dio cuenta y saltó:

—Jefe de los esbirros de riego, vete a cabronear a otra parte. Rufián, seductor de prostitutas.

El hombre se resistía. Las mujeres gritaban, defendían a la Vespa. El hombre tomó a la Vespa por su collar y le dio un tirón con tanta violencia que la cadena se rompió.

César se dirigió a él amenazante.

—Cállate, cabezota llena de agua, o te reviento —le dijo al capitán, que cayó pronto al suelo.

Desdeñoso, César le hundió su puñal en el pecho.

—Lleva eso al remojadero de tripas —dijo la Vespa, pálida con la garganta rasguñada.

—Sírvenos de comer, reverendísimo —dijo irónicamente César al posadero—. No hay nada que dé más apetito. Siéntate al lado de tu madre, lindita.

Mientras un criado se llevaba el cadáver, alguien retiraba el Puñal, reconociendo sobre la empuñadura la cifra de los Borgia. Se pasaron el puñal por las mesas: nadie pensaba que el hombre enmascarado que comía con la Vespa podía ser César Borgia en persona.

El posadeto enumeraba lo que podía dar de comer: albóndigas aliñadas con cilantro, pepitoria, porqueta, berenjenas y peras.

—Te preocupa más recibir dinero que servir buenos guisos, de tripas; óyeme, yo haré la lista. Guarda para tus puercos tus budines, tus albóndigas de picadillo y tus berenjenas con pimientos. Danos melón con malvasía de Gandia y truchas con alcaparra de Egipto. ¿Tienes buenas perdices no muy frescas y faisán? Prepáralas en salsa de nuez molida. Y un pollo tan tierno como esta niña, bien sazonado con cilantro y pimienta. Y sírvenos todo lo mejor que tengas en vinos. No olvides acompañar el pollo con médula de buey, sin mezclarla con sesos, si aprecias tu pellejo.

El posadero se retiró, orgulloso de tener que servir tal comida.

La taberna estaba llena de mujeres. Todas las ramerías de Belvedere, toda la clientela del capitán de Torre Savella, a quien las mujeres tenían que pagar un fuerte tributo para poder ejercer sin peligro su profesión, estaban allí aquella noche de fiesta, adornadas como relicarios con sus batas, cofias, cinturones, babuchas y collares de los días grandes. Entre ellas, veíanse otras que aparentaban venir allí sin

recato y que disimulaban su fortuna para no tentar al cuchillo de algún rufián, llevaban en los pies pantuflas de seda o de terciopelo gastado, como si vinieran directamente de sus casas de la vecindad, cuando en realidad habían sido conducidas hasta la Piazza Ritonda, de donde venían a pie en un momento.

Algunas fingían ser pobres para no excitar la codicia, otras simulaban cierto lujo para no provocar piedad. Estas, que ostentaban todas sus joyas, alimentaban a sus camareras con higos secos, nueces picadas de gusanos con un plato de paila de habas o una escudilla de garbanzos.

Después de la comida, llegada la noche, las mujeres pedían a los hombres que dieran un puntapié en el trasero del posadero y se quedaban todos charlando familiarmente como en casa de un amigo.

No era aún la hora en que llegaban las brujas; aparecían a medianoche. Se bebía vino de Grenache o malvasía de Gandia y se comían dátiles, confituras, almendras, dulces, uvas y pasteles.

Aquella noche, la Vespa hablaba por los codos. El insulto que había recibido provocaba su locuacidad. Maldecía esa noche a los hombres y exhortaba a su hija a compartir su odio. Sostenía que no había una prostituta que pudiera amar verdaderamente a los hombres. Preparaba a su hija para juzgarlos, despreciarlos y odiarlos. Daba consejos ingeniosos y desconcertantes a esta niña que educaba en el oficio de cortesana.

César la escuchaba y se divertía oyéndola. Sabía que no le amaba sino maternalmente, como un hijo que hubiera deseado y de quien habría estado orgullosa. Soñaba con hacer a su hija digna de César, como César soñaba hacer a Lucrecia digna de él. Por eso no escatimaba a su hija los consejos, las amonestaciones afectuosas; cuando hablaba de las prostitutas, se citaba algunas veces como ejemplo, unas como modelos para imitar, otras como modelos para evitar, haciendo más vivas sus amonestaciones.

Cuando catequizaba a su hija, no prescindía de César, quien completaba a veces sus instrucciones.

Decía esa noche a la niña, y hablaba para todos:

«Hoy, el número de prostitutas es tan grande que la que no hace milagros en el arte de saber comportarse, no puede tener éxito. No basta con ser un sabroso bocado, tener bonitos ojos o trenzas rubias: el éxito lo hacen únicamente la suerte o el tino. Si me escuchas bien, te juro por los *pater noster* que suelto todo el día que estoy segura de verte subir más alto que cualquier favorita del Papa».

«Escúchame bien, como el muchacho escucha al maestro de escuela o como los fieles escuchan el sermón. Di tú primero esto y medítalo: si las rameras tuvieran tantas cualidades como vicios tienen, las gentes a las que tantas traiciones de una parte y de otra han terminado por abrir los ojos, después de haberlas soportado seis o siete años quizá, las enviarían a la horca y encontrarían más placer en verlas sacar la lengua que el placer que tuvieron al verse despojadas por ellas».

Si hay tantas que mueren de hambre, de lepra y de chancros, sin hablar del mal francés, es porque nunca se han preocupado, ni una hora, de sus negocios».

—Comprende bien —dijo César— y grábate bien en la cabeza esas epístolas y esos evangelios. El oficio de ramera no es un oficio de tonta, y tu madre, que bien lo sabe, no se despreocupa en lo que te concierne y bien sabe por qué.

—Sí, ciertamente —dijo la madre—, ¡ay de mí!, no hay que saber sólo levantar las faldas y decir: anda, ya estoy lista, a menos que se quiera quebrar el mismo día que se abre el negocio. Para aprovechar lo mejor, muchos querrán ser los primeros servidores, en cuanto te sepan iniciada. Yo me asemejaré a un confesor que reconcilia una multitud, tantos «pscht», «pscht» de los alcahuetes tendré en los oídos. Estarás siempre solicitada de antemano por una docena, aunque sería preciso que cada semana fuera tan larga como un mes si diéramos un día a cada cliente que se presenta. ¿Me ves respondiendo al criado que vendrá a pedirte para su patrón?

«Le insultaré, le trataré de marrano, de carne para perros, diré que tú no has consentido más que una vez, y aún que te tomaron por la fuerza; diré al criado que por más dinero que tenga su vejete de amo, no tiene aún lo suficiente para pagarse bellas flores como tú. En ese momento, tú atravesarás corriendo la casa, los cabellos sueltos sobre tus espaldas, para que el criado quede deslumbrado».

—Sí —dijo César— los criados son a menudo para los amos, lo que la alcahueta es para la ramera, uno y otra tienen el sentido del negocio mejor que nadie.

—Sí, seguramente; no podrías creer cuántos tontos se apasionan sólo por escuchar a las camareras alabar a sus patrones, o los criados lisonjear a las bellas niñas.

La primera vez que encuentres a aquél a quien estás destinada esfuérate por sonrojarte por cualquier medio que sea. La Perugina, que no podía sonrojarse y que sabía cuán precioso es eso, hacía esfuerzos por orinar u otra cosa parecida, y como no lo lograba, el color le subía al rostro. El color que el pudor pone en las mejillas de las mujeres es más tentador para el vicio que cualquier otro énfasis.

El que te desea comenzará por decirte: «He soñado siempre con encontrar un día una mujer como usted»; o bien: «Tanto la amo, que me parece que la conozco de hace diez años»; o bien: «Su madre tiene mucha razón para adorarla; las demás fabrican niñas, ella, ángeles». Responde con suspiros, toma aires que parezcan decir: ¡Cuan bien habia!, o aun: ¡Cómo me ama!, y durante ese tiempo piensa que es necesario que te compre esto o aquello, u otra cosa.

Desde ese momento, finge mirarle siempre a hurtadillas, como si no te atrevieses a admirarle, de tal modo le amas. Empezará a creer que estás enferma por él y lo creerá tanto más cuánto que tus miradas, persiguiéndole, le convencerán de ello. Te llevará entonces a algún rincón donde, entre cosas graciosas, te arrastrará a algunas locuras a las cuales es preciso que trates de responder y sin que, no obstante, eso huelga demasiado a burdel. Si te agrada reír, no elevés putescamente la voz. ríete de tal modo que ninguno de tus rasgos te afee. No jures ni por los dioses ni por los santos, y

déjate arrancar mejor un diente que una palabra fea. Toda niña que hace cada día nuevos esponsales, debe vestirse más bien con adornos que con terciopelo.

—Tanto más —interrumpió César bromeando— cuando que generalmente en el lecho no son los vestidos los que te adornarán.

Todos reían.

—En la mesa, condúctete bien, es necesario que sepas comportarte tan bien en la mesa como en el lecho. No llenes jamás tu vaso hasta el borde, sobrepasa apenas la mitad y no bebas jamás todo. No mastiques rumiando fastidiosa y groseramente; trata de no adquirir el renombre de glotona y borracha.

Si alguien te ofrece algún alimento en la mesa, acéptalo con una reverencia, echando al mismo tiempo una mirada a tu amante con un gesto que le pide permiso sin pedírselo.

—Dale sobre todo consejos para la noche, eso es lo que más importa a los hombres —dijo César.

—Sí —dijo la Vespa—; guárdate de llegar a la habitación con precipitación, como si tuvieras muchas ganas de orinar, y mientras Orinas, trata de que te noten o te oigan orinar. Que la orina no caiga con el ruido que hace la leche cuando se ordeña la vaca.

La Vespa continuaba así, con gran alegría de sus amigas que la escuchaban sin saber si era sincera o si bromeaba.

Éstas se inclinaban sobre un tablero de ajedrez, aquéllas sobre un tablero de damas. Llevaban vestidos cubiertos de bordados o adornados de pasamanerías que ponían de relieve los terciopelos y los rasos. Otras reían, hablaban de corridas de toros, de juegos de estafermo, de juegos de sortijas. Otras arrojaban las cartas con rabia. Otras, en fin, más serias, se abanicaban escuchando a la Vespa o se animaban para tener confianza en el porvenir; ella citaba el ejemplo de una cortesana, hija del bajo pueblo, hoy gran dama romana. Con los codos apoyados en un cojín de terciopelo encarrujado, bordado de oro, que el posadero acostumbraba a traerle para que no se dañaran sus codos angulosos y desnudos, la Vespa, decía a su hija:

—Buen negocio. Revientan de envidia al ver a una ramera llegar a la fortuna, pero no miran lo que ha tenido que sufrir o soportar antes de lograrlo. Con tal de pagar su alquiler, su impuesto al capitán de Torre Savella, con tal de evidenciar bellos chupones que les hace el marido o la camarera para excitar a los demás, creen haber hecho maravillas o deslumbrar a todos.

Míralas, alineadas a lo largo de las mesas palpando sus chupones, sus labios rojos, sus dientes de plata o de marfil, juegan tranquilamente y no se preocupan de su fortuna. Tienen el rostro barnizado con una máscara de Módena y creen que así todos los señores se prenderán de ellas y les ofrecerán sus braguetas.

—¡Ah!, por fin, ahí vienen las «stregas».

Las «stregas» o brujas entraban. Vivían de la credulidad de las cortesanas. La Vespa decía que las alcahuetas las habían inventado: entre ambas se dividían las ganancias de las cortesanas.

En cuanto entraron las brujas, no se habló más que de «stregas», fantasmas, demonios, espíritus, sibilas, arpías y diablerías. Recorrían las mesas con sus hierbas secas, sus polvos de huesos, ojos de lechuza, dientes de muertos, ombligos de niños, pieles de serpientes y «costras de mal francés».

Los dedos torcidos de las «stregas» se paseaban entre todos estos despojos, y las mujeres esperaban ansiosas que la adivina pronunciara las frases ambiguas. Las ramerías acogían las predicciones con risas o irrupciones de cólera. Algunas de las cortesanas designaban con el abanico una hechicera que sólo vendía afrodisíacos a base de cilantro y de polvo de uñas.

Un criado con corpiño de raso y calzado bordeado de cobre, servía de cambista y vigilaba las maniobras de esas astutas viejas. Más de una vez, estallaban disputas y tumultos, porque esas adivinas habían tratado de robar a alguna cliente.

César detuvo a la hechicera más hábil y le dio su mano. La vieja miró atentamente las líneas y antes de haber dicho una palabra se retiró asustada, tratando de huir, pero César la sujetaba del brazo:

—Siéntate, si no quieres que te lave el rostro con tus tripas, vieja cabrona.

La hechicera obedeció, temblando. Descubrió la calidad de su interlocutor, le predijo que dentro de poco iba a partir a Francia, de donde volvería con el rey de los franceses; le aseguró una brillantísima fortuna, pero no se atrevía a continuar su revelación, de tal modo la asustaba lo que leía en las líneas de la mano. César le ordenó que hablara. Ella rehusó y quiso huir. César, furioso, tuvo que correr tras ella y arrastrarla a su mesa. Una vez sentada, y apenas miró la mano de César quiso huir nuevamente; César tomó el echarpe grasiento con que se cubría la cabeza, en seguida, como ella se debatía, César, fijó rabiosamente, de una puñalada, la mano de la adivina sobre la mesa. Ella lanzó un grito de espanto más que de dolor, no atreviéndose a mover esa mano clavada de la que no podía apartar los ojos.

—Tienes diez ducados de oro si hablas, chupadora de chancros. Si no hablas, no es tu mano sino tu cuello el que clavaré en la mesa.

Diciendo eso, César hizo ademán de agarrarla y ejecutar su promesa. Entonces la vieja habló:

—Sería envenenado, pero escaparía con algunos cuidados. Evitaría esa muerte y moriría más tarde de un lanzazo.

—¿Eso es todo? —replicó sencillamente César—. ¿Eso era lo que te asustaba? Toma estos diez ducados de oro que te prometí y otros diez para que te compres remedios y guantes para tu herida.

Todas las hechiceras, en su mayor parte judías, moriscas, bohemias y griegas, habían huido. Los tocadores de flautas de ciprés se habían callado.

Algunas mujeres, que no habían visto nada y no se habían inquietado por el grito de la «strega», continuaban en alta voz sus conversaciones.

Una decía:

—...Como si yo fuese santa Nafissa, que permitía a todos que se la montaran por

caridad...

Otra:

—Reemplacé mis dientes de plata por dientes de hueso de ciervo. Puedo guardarlos cuando como.

Otra:

—Con alumbre y agalla de encina, me la dejó parecida a una bolsa cerrada con cordones.

—¿Qué? —preguntaba alguien.

Todos estallaron de risa.

Otra decía:

—Conozco un libro de recetas para el tocador. Se lee en él cómo se hacen los depilatorios con trementina, pez de Grecia, cal y cera virgen.

—¿Allí también se lee cuándo tienes que tomar la decocción de Madera? —preguntó una.

La decocción de madera de las Indias orientales o madera de gayac, se decía curaba el mal francés. Las rameras reían.

Otra preguntó quién sabía preparar las vejigas con sangre de pichón o con sangre de conejo para embaucar a los ricos aficionados a las virginidades. Una joven lombarda, lozana y rosada que comía serbas, se jactó de haber perdido la suya doscientas treinta y tres veces. «En un solo día —decía— tuve que servir dos virginidades». Dos ricos comerciantes genoveses la habían visto y la habían solicitado, a su alcahuete, quien les dio cita por separado; se la confió a los dos sucesivamente. Cuando ellos se reunieron por la noche, contaron ambos la historia a sus amigos, que celebraron la anécdota.

Dos meses de cama fue el resultado que consiguió la bribona, no por haber reído demasiado, sino por haber encontrado, en la esquina de la iglesia San Salvador, a uno de los dos genoveses que le hundió un puñal en el vientre.

César salió suavemente, pensando melancólicamente en las predicciones de la hechicera.



## CAPÍTULO XI

*Madonna Adriana Orsini, la rufiana del Vaticano. —Carta de Boccaccio, obispo de Módena, al duque Hércules de Ferrara. —Relajamiento de las costumbres conventuales. —Citas de enamorados en las iglesias. —Sacristán mensajero de amor. —La fiesta en el castillo de Ostia. —El cortejo de Lucrecia Borgia. —El juego de las candelas. —El collar de Julia Farnesio. —Princesas pontificias.*

Lucrecia se aprestaba a abandonar Roma. Llevaba con ella, además de a Julia Farnesio y a la Vannoza, a su institutriz Adriana, que había vivido en estrecha unión con Alejandro VI desde cuando era el cardenal Rodrigo. Había sido para él no solamente una parienta, sino la confidente de sus debilidades. Sirvió a sus intrigas y se prestó a todos los propósitos del Papa. En Roma la llamaban la rufiana del Vaticano, es decir, la procuradora, la alcahueta.

*Madonna* Adriana Orsini educó a Lucrecia en el palacio Orsini, situado en el monte Giordano. Lo han negado, pero una carta que el embajador de Ferrara ante la corte de Roma, Boccaccio, obispo de Módena, escribió al duque Hércules, da fe de ello.

Se ha reprochado a Alejandro el no querer confiar a su hija a los conventos de monjas, pero esto casi no se puede desaprobar, si se conoce la licencia que reinaba en esos conventos. Los camareros del Papa y de los cardenales, tenían allí sus grandes y pequeñas entradas a vista y sabiendas de todos, y se celebraban orgías que no desmerecían en nada de las celebradas en casa de las más famosas cortesanas.

Ese relajamiento de las costumbres conventuales era de tal modo conocido, que se citaban los conventos que se creía apropiados para salvaguardar la virtud de las jóvenes romanas. Las monjas pasaban, en efecto, por ser singularmente iniciadoras: niñas que no habían concluido ni sus estudios, ni su fervor religioso, pero sí dudosas intimidades, morían en sus casas.

Tres conventos estaban reputados como serios: San Silvestre en Capita, donde los Colonna hicieron educar a varias de sus hijas; Santa María Nuova y San Sisto, donde fue educada Lucrecia y donde más tarde debía encontrar un refugio, después de la tentativa de matar a Juan Sforza, su marido. Por lo demás, no hay que exagerar la importancia que la religión tenía en esa época. Hombres y mujeres entraban al convento porque encontraban allí un medio conveniente donde podían vivir en común. Desde luego, las debilidades humanas no podían ser excluidas de esos conventos. La religión no era más que una forma de educación y no tenía gran valor moral.

Las iglesias Santo Agostino, La Pace, San Salvatori, eran comúnmente un lugar de citas para los enamorados que se encontraban allí, o buscaban en los bancos y a veces hasta bajo los vasos de flores de los altares, su correspondencia.

El sacristán ayudaba a esos encuentros, hacía de centinela, y consideraba ese capítulo de entradas como el más importante de sus emolumentos.

Con ocasión de su partida, Lucrecia hizo enviar flores a todas las iglesias de Roma. Los canónigos hicieron encender cirios para pedir la bendición del Cielo para los viajeros. En el Vaticano, Alejandro VI resolvió dar una gran fiesta; pensó primero en celebrarla en casa de la Vannozza. Con esa demostración, Alejandro VI quería, sobre todo, hacer pública la concordia que reinaba entre los Borgia.

Se escogió el castillo de Ostia para la celebración. César obligó a la Vannozza a abandonar el duelo por Francisco. Con las prisas de la partida, con la preocupación de los acontecimientos que se habían precipitado, todos olvidaban el cadáver hinchado de agua, con los ojos roídos, de carnes lastimadas, sanguinoliento y verdoso, que habían sacado del Tíber: el del duque de Gandia. Lo habían enterrado con gran misterio, como lo habrían hecho con un apestado o un excomulgado.

Partieron, pues, a Ostia con gran pompa. La multitud acudió para asistir al desfile del cortejo. Venían a la cabeza trescientos caballeros, detrás de los cuales seguían las literas de cortinas cerradas. A continuación seguían doscientos caballeros.

Después de ellos iban mulas cargadas de vestidos, de provisiones, vinos raros, vajilla preciosa y numerosos carros. Quinientos soldados de infantería cerraban la marcha.

En las literas cerradas tomaron colocación los amigos íntimos de los Borgia, algunos cardenales amigos y adeptos, tales como Giorgonte y Peruggia, criaturas de Alejandro VI. Se habían juntado a ellos algunos cortesanos, espectadores habituales de esas fiestas y de esos desenfrenos papales. Entre las mujeres, se notaba a Lucrecia, la Vannozza, Julia Farnesio y algunas nobles damas romanas muy hermosas y muy famosas cortesanas.

Al día siguiente de su llegada, hubo un banquete. Se había dispuesto la mesa en la gran sala del castillo de Ostia, adornada con tapicerías de Arras. En los muros se habían colgado los cuadros licenciosos del Pinturichio, que los habían acompañado también a Ostia.

Bajo las ventanas, tocadores de flauta, de laúd, de arpa, de rabel y de violón, tocaron durante toda la comida.

Cuando la comida terminó, los invitados excitados por los platos especiados, sazonados con cilantro, los vinos de Capri, el añejo Faleme, el Lacryma Christi, el Moscatel de Asti, se entregaban a conversaciones poco decentes. Los ojos brillaban.

Los vinos de Sicilia y de Grecia, los claros vinos de Francia, aumentaron la embriaguez de los convidados.

La hora era voluptuosa. Bajo las mesas, enlazábanse las piernas de los pajes, de los cardenales y de las mujeres.

César, «metteur en scene» acostumbrado, a un ademán de Alejandro, hizo apagar las luces. Se iba al juego de las candelas.

Mientras se apagaban las luces, los convidados se enlazaban libremente, se besaban en la boca. Los hombres bebían en la boca de las mujeres, copa ofrecida, los vinos generosos. Las manos quitaban de las carnes los rasos o los terciopelos que las vestían. Los dedos febriles desenredaban las cabelleras que caían sobre los hombros y sobre los senos desnudos. Cuando el juego comenzó, los cuerpos se deslizaban sobre los tapices, y se enlazaban.

Estaba prohibido hablar.

Se trataba de tener en la boca una candela ardiendo y mantenerla ardiendo a pesar de los esfuerzos que todos hacían por apagarla. Y se debía caminar a «cuatro pies». Los cuerpos delgados de las mujeres ondulaban bajo sus trajes de raso y terciopelo. Las luces revelaban con sus resplandores las blancuras de la carne. En seguida, algunas cortesanas reemplazaron en sus bocas las bujías por confituras que los hombres trataban de atrapar en la boca misma. Pronto, apagadas todas las luces, se prosiguió el juego en la oscuridad: sucedió que los abrazos se renovaron en la oscuridad cómplice.

En medio de los cuerpos entrelazados, César había quitado a Julia Farnesio su collar, el único signo por el cual se la podía reconocer pero no había abandonado el cuerpo de Lucrecia, que apretaba estrechamente. Puso el collar al cuello de Lucrecia y provocando un remolino en la mescolanza de cuerpos entrelazados, levantó en un abrazo el cuerpo voluptuoso de Julia que aprisionaba Alejandro.

Después de una corta sorpresa, Alejandro volvió a encontrar a Julia Farnesio a quien reconoció por su collar.

Muchas parejas se habían tranquilizado. Alejandro mismo, cansado, se abandonaba, cuando una luz se agitó cerca de él, iluminando al Papa, a las cortesanas y a los jóvenes pajes que yacían allí, saciados y medio desnudos, entre los rasos, los terciopelos, las cabelleras revueltas y las carnes sobre las cuales retumbaban las cabezas torpes.

Alejandro contempló a la voluptuosa amante a quien debía su feliz lasitud y que, ahí, cerca de él, con los ojos cerrados, agotada, dormía. Tembló, pero ya la luz se había apagado...

Alejandro no pretendió huir ni alejar el cuerpo de la joven. Con su torpe brazo, atrajo hacia él la cabeza de la que había creído Julia Farnesio.

Sus labios se inclinaron sobre el rostro de la durmiente, se posaron entre los bucles sedosos y perfumados de su cabellera, sobre sus labios cansados, sobre sus hombros.

Entre los olores afrodisíacos que se exhalaban, dispersos, Alejandro VI olvidaba a Julia Farnesio por Lucrecia Borgia.

## CAPÍTULO XII

*El poder de César. —Las tarifas de las indulgencias y la tarifa de las cortesanas. —El envenenamiento del obispo Floride. —César abandona sus funciones eclesiásticas.*

Desde la fiesta dada por la Vannozza en la viña de San Pedro ad Vincula, en honor de Francisco, duque de Gandia, que acababa de ser investido por su padre duque de Benevento, conde de Terracino y Ponte Curvo, y en honor también de César, que había sido escogido como legado apostólico para coronar a Federico, rey de Nápoles; desde esa fiesta que el Papa quiso que fuera una fiesta de reconciliación entre los dos hermanos y que terminó tan trágicamente, el Papa no se había dado ninguna diversión, y la partida de caza en la fortaleza de Ostia cerraba el duelo de Francisco, que Alejandro había llevado con ostentación.

Los historiadores son unánimes en reconocer el dolor que experimentó el Papa a la muerte de su hijo mayor. Desde el miércoles hasta el sábado, no tomó ningún alimento. Rehusó hasta los alimentos que le traía su confidente y su cómplice de todas las horas, Adriana. No era, pues, por temor de ser envenenado por su hijo César.

Cuando se recogió el cadáver de Francisco traspasado por nueve puñaladas, «la principal de las cuales era en la garganta», y que tenía aún todos sus vestidos, su manto, sus guantes en su cinturón y «hasta su dinero en el bolsillo», Alejandro lo hizo llevar a la iglesia de Nuestra Señora del Pueblo. El pueblo, que no odiaba a Francisco sino porque era hijo de los Borgia, le hizo un imponente cortejo. Alejandro quiso los funerales más suntuosos que jamás se vieron.

El Papa cayó en tal postración, que se temió por su vida. Confesó que quería dejarse morir de hambre. Entonces César en persona, trató de convertir al Papa a otras ideas. De esa conversación resultó que César obtuvo sobre Alejandro «una omnipotencia» que le consagró como el verdadero amo de Roma.

Su viaje a Nápoles para la coronación del rey fue una especie de triunfo. Desde el regreso de César a Roma, las muertes y los asesinatos comenzaron nuevamente. El que hizo más ruido fue el de monseñor Floride, arzobispo de Cosenza. Ese asesinato no solamente fue considerado como acto aislado, sino como un medio político de los Borgia. Alejandro hacía dinero de todo. Las «dispensas», las «indulgencias» y los breves se vendían corrientemente.

Las tarifas eran tan conocidas como la Tarifa de las cortesanas, y como las prostitutas de Roma pagaban un impuesto al Papa por medio del capitán de Torre Savella, se puede suponer que las dos tarifas tenían el mismo origen y podían haber sido elaboradas en el Vaticano. Se recuerda el dístico por el que varios pagaron con

su vida porque fueron sospechosos de ser sus autores:

*Vendit Alexander claves, altaria, Christum:*

*Vendere jure potest, emerat ille prius.*

Alejandro vendió las llaves, los altares y a Cristo: puede venderlos, pues él mismo los ha comprado.

César hizo encarcelar al arzobispo Floride, a quien se acusó de haber enviado «ciento once mil breves falsos» que concedían gracias «extraordinarias» que no podían ser concedidas más que por el mismo César, quien, instigado por Alejandro, las había vendido. Entre esas dispensas, una que concernía a Portugal, había hecho escándalo: fue la que motivaba el arresto del arzobispo Floride.

Quisieron obligarle a confesar. Rehusó. Le permitieron entonces, recibir en la prisión a don Juan Marades, camarero secreto del Papa, y a algunos amigos que venían a distraerle en galante compañía y a jugar con él a los dados, a las damas, al chaquete y al ajedrez. Bajo la influencia de los vinos cálidos y de las caricias de las cortesanas, el desdichado obispo, pérfidamente aconsejado, confesó una falta que no había cometido. Le despojaron de todos sus bienes, que eran considerables y que el Papa confiscó en provecho de César.

Pero como no podían hacerle asesinar sin levantar en Roma un gran escándalo, intentaron envenenarle. Pues bien, el arzobispo, que desconfiaba, exigía que el carcelero que le traía sus alimentos compartiese su comida con él.

Se comenzó por rociar la sala donde estaba encerrado con un potente veneno que debía asfixiarle. El arzobispo persistió en no morir. Se cubrió un cuchillo para frutas con un veneno fulminante. Al cortar una pera, ese cuchillo debía envenenar la mitad de la fruta. Ese proyecto tampoco tuvo éxito. Se puso en su pañuelo un polvo que debía cegarle, de manera que fuese obligado a absorber el alimento, preparado «ad hoc». El arzobispo malogró también ese proyecto. Cansados, y porque su fortuna estaba ya distribuida, se resignaron a dejarle morir de hambre y sed.

Cada cardenal cuya fortuna codiciaban los Borgia, era acusado de algún delito imaginario y despojado de sus bienes antes de ser enviado a la prisión, donde moría discretamente. A veces, se convidaba a la víctima a una fiesta. Mientras el cardenal absorbía con la mayor confianza el veneno y agonizaba, el Papa enviaba a hombres de confianza a apoderarse de los tesoros que el cardenal tenía en su casa y se los llevaba, no sin aterrorizar a los estupefactos servidores.

Así sería despojado el cardenal de Turín. El enviado encargado de llevar los objetos preciosos y el dinero que el cardenal de Turín tenía en su casa, fue el cardenal de Capua. Pues bien, poco tiempo después, éste, que había recibido el premio de su villanía, sufrió la misma suerte.

Asegurada su fortuna, Alejandro pensó en la ambición de los suyos.

César comenzó por dimitir de sus funciones eclesiásticas, a fin de poder casarse, y partió a Francia, para «consolidar los lazos que unían al rey de Francia, la Iglesia y el Papa».

## CAPÍTULO XIII

*César Borgia en Francia. —Fasto del duque de Valentinois. —Lucrecia, gobernadora vitalicia de Spoleto. —Catalina Sforza, vencida, atraviesa Roma cargada de cadenas de oro. —Envenenamiento del sobrino de César Borgia. —Amores trágicos de César y la mujer de don Cerviglion. —El Valentinois da a la madre del cardenal Orsini el corazón de su hijo por dos mil ducados. —La paloma de perlas. —Las cortesanas doradas. —Estrangulamiento de Alfonso de Aragón, nuevo marido de Lucrecia. —Decapitación del tío de Alfonso. —Rapto de la hija de Isabel de Gonzaga de Urbino.*

César llegó a Francia. Fue recibido allí con mucha pompa. En la corte del «Rey muy cristiano» se alabó el fasto de César, que llegaba con un séquito deslumbrante de jubones sembrados de pedrerías y de mantos bordados de láminas de oro. Hasta los caballos estaban herrados con oro. Eso produjo una fuerte impresión. Un historiador escribió al respecto que «jamás se les había ocurrido a los hombres hacer pisar a los caballos con ese oro con que se honra la cabeza de los reyes».

Cuando César estaba en Francia, colmado de honores y hecho duque de Valentinois, Lucrecia, por su parte, no había sido olvidada por el Papa, que la hizo gobernadora perpetua de Spoleto. Don Alfonso de Aragón, su segundo marido, la había abandonado. Recibió con su gobierno una pompa y un aparato desconocidos hasta entonces. En su cortejo figuraban un gran número de carros, donde iban sus muebles cubiertos de ricos y suntuosos tapices. Lucrecia cabalgaba.

Pero un mulo llevaba una cama «tendida, donde nada faltaba: provista de colchones, con una cobertura carmesí bordada de flores, dos almohadas y un hermoso cielo de cama que los hombres tenían que sostener cuando la dicha dama quería ir más a sus anchas, estando cansada de cabalgar». Otro mulo llevaba una silla tan confortable como un «púlpito». Seguían doscientos caballos, montados por cortesanos, prelados y damas romanas. Venían, igualmente, hermosos pajes acicalados, de cabellos ondulados, los favoritos de Lucrecia, con los dedos cargados de anillos, los brazos cercados de brazaletes, con collares deslumbrantes. Les acompañaban cortesanas de nota, destinadas a amenizar las reuniones y fiestas.

César y Lucrecia merecieron que en adelante no se pudiese hablar de pompa sin que el fasto borgiano se impusiese a la imaginación.

A su regreso de Francia, César guerreó en Italia, experimentando alternativamente éxito y reveses: fue vencedor en Imola y respetado en Forli, donde Catalina Sforza

luchó largo tiempo contra él antes de verse obligada a rendirse y ser enviada presa a Roma, donde atravesó la ciudad cargada de cadenas de oro.

En esa época, César hizo asesinar a su sobrino, el cardenal Borgia, a quien no perdonaba el afecto que tenía al duque de Gandia.

El cardenal Borgia, que llegaba a Roma con un modesto séquito, fue invitado a comer por el duque de Valentinois. Pues bien, durante la comida, vinieron a llamar al cardenal para decirle que su caballo se estaba muriendo. Mientras se volvía y daba órdenes, se sustituyó su cubilete por otro idéntico que Micheletto, que comía en su mesa, deslizó insidiosamente delante del cardenal Borgia. El vaso contenía el veneno.

El duque de Valentinois aconsejó apurarse en terminar la comida y, en el apuro, el cardenal absorbió la bebida servida por Micheletto, el instrumento de César.

César se había enamorado de una hermosa mujer casada con don Cerviglion, capitán de la guardia de los gendarmes de Su Santidad. Una noche en que éste había ido a cenar y a divertirse en casa de don Eliseo Pignatelli, caballero de San Juan, César penetró en casa de su mujer, a quien la Vespa había tratado de corromper en diversas ocasiones y que había rehusado ceder a las instancias del duque de Valentinois. Éste resolvió tomarla por la fuerza. Asedió, pues, la casa, mientras Micheletto acechaba el regreso del marido. Pero la joven se había atrincherado, creyendo estar tratando con vagabundos. Viendo desbaratado su plan, César encontró una solución muy sencilla. Esperó, con Micheletto, a don Cerviglion y, cuando éste apareció, le mataron. César se puso entonces los vestidos «aún calientes» de la víctima y, con esos vestidos ensangrentados, se hizo llevar ante la joven que, reconociendo el traje de su marido a la luz de las antorchas, abrió al simulador. Reconoció a César y se defendió contra las tentativas del enamorado, puñal en mano. Micheletto sumergió las antorchas en agua y, en la oscuridad, ayudó a César en sus propósitos.

Pero las gentes que acompañaban a Cerviglion previnieron a los de Pignatelli y las dos tropas rivales se armaron, atacando a los esbirros de César que se habían encerrado en el vestíbulo. Micheletto encendió una antorcha. A la luz, la mujer de Pignatelli reconoció en su vencedor los verdaderos vestidos de su marido manchados de sangre. Lanzó un grito y se desmayó.

Pronto Micheletto aproximó a César hacia la ventana. Bajo la luz de las antorchas y en la lejanía, los soldados creyeron reconocer, sano y salvo, a Pignatelli.

César pudo, pues, volver y terminar tranquilamente su noche. Volvió al lado de la joven, que no había recobrado el conocimiento. Cuando, al alba, Micheletto vino a despertarle, César, agotado, dormía sobre el cuerpo de la joven, que no se despertó.

El duque de Valentinois no permite olvidar a César Borgia. Sus víctimas son incontables. Uno tras otro, el cardenal Orsini, el cardenal de Módena, el cardenal Mechiele, el cardenal de Monreale, el cardenal de Aragón, mueren envenenados o asesinados en la esquina de una calle.

No contentos con matar, los Borgia sacan dinero a los padres de las víctimas. A la

madre del cardenal Orsini, por ejemplo: el cardenal había ya absorbido la *cantarella*, cuando César envió un mensajero a su madre, ofreciéndole salvar a su hijo a cambio de dos mil ducados.

He aquí el detalle de este negocio:

Alejandro hizo encerrar al cardenal en el Vaticano, en consideración a su elevada cuna, en realidad por temor que logran quitárselo. Cada noche, dormía en una cámara diferente: en seguida, se le hospedó en el departamento que está sobre la capilla pontificia, y por fin, en el castillo mismo, cerca de él, Alejandro toleró que se le trajera su alimento y sus efectos, lo que hacía un tal Antonio de Pistoia.

César sospechaba que el cardenal Orsini tenía mucho dinero oculto. Prometió a la amante del cardenal devolverle a su amante si consentía en concederle a él las satisfacciones íntimas que de ella esperaba. Astuta, consintió, pero César consiguió que ella creyese poder librarse fácilmente de él y le diese informaciones sobre la fortuna de los Orsini. Así supo que la madre de Orsini mantenía en reserva dos mil escudos que tenía y la famosa perla.

La madre aceptó y dio los dos mil escudos. En cuanto a la perla, la amante del cardenal, que estaba muy interesada en ella, intentó tragársela por temor de que la despojasen de ella antes de llegar ante Su Santidad.

No pudo conseguirlo, pues la perla era voluminosa. Pero recurrió a otro medio, y, disfrazada de hombre entró al palacio.

La agarraron, la despojaron de sus vestidos, que despedazaron para averiguar si ocultaba la perla sobre sí. Exhibida desnuda, le abrieron la boca, en seguida escrutaron cuidadosamente un reducto más secreto. Se prestó a ello sin protesta, fingiendo estar tranquila, asegurando que no se podía encontrar en ella la perla, pues no estaba allí. Su desplante desorientó a esos examinadores tan poco púdicos.

Vestida con otros trajes, llegó pues hasta el Papa, a quien entregó, delante de César, los camareros y amigos abnegados de la familia Orsini, la famosa perla.

«Los examinadores —dice ingenuamente un historiador de la época— pensaron bien al vigilar las puertas de entrada, pero descuidaron la de salida».

Alejandro tuvo así la perla con los dos mil escudos y, respetuoso de la palabra dada, devolvió la libertad al cardenal Orsini, que la *cantarella* mató al cabo de unos días.

Los Borgia son más temidos que nunca. El duque de Valentinois es llamado por el pueblo el tirano. Se dirige con gran pompa a casa de las cortesanas y permanece allí, mientras en la puerta vigilan compañeros fieles y abnegados.

Cuando se veía la tropa de César en la puerta de una casa, se sabía a qué ocupaciones se entregaba el tirano. A veces iba allí vestido, por burla, como para grandes ceremonias, con un traje de rico brocado que le llegaba hasta las rodillas, y llevaba una cofia de terciopelo carmesí, adornada de armiño, con un cordón bordado guarnecido por cuatro grandes botones de perlas que representaba al Espíritu Santo, y cuyos rayos eran también de perlas.



Mientras el Espíritu Santo se detenía así en casa de las cortesanas, los soldados prohibían el paso por la calle a cualquier persona.

En ese momento muere, igualmente, Alfonso de Aragón, marido de Lucrecia. Cuando Juan Sforza no fue considerado ya bastante bueno para Lucrecia, se decretó su muerte. Así también ahora, Alfonso de Aragón no bastaba ya a las ambiciones de los Borgia, que soñaban para Lucrecia otro enlace.

Alfonso de Aragón fue prevenido de los propósitos de César, pero tuvo la debilidad de dejarse seducir por sus lisonjas.

César hizo detener a algunas cortesanas a las cuales se les reprochó haber participado en diversos crímenes. Se las condenó a morir en la horca; no obstante, se concedería la gracia a aquéllas que representaran la estatua de la Voluptuosidad en las arenas, con ocasión de una corrida de toros.

Aceptaron, prefiriendo todos los riesgos a la muerte segura. Aparecieron en la arena inmóviles sobre un pedestal, cubiertas enteramente con un barniz dorado. Los señores descendieron a la arena para matar los toros acribillándolos con flechas. Dos de esas deslumbrantes estatuas de oro, que se habían movido quizás de miedo, fueron descuartizadas y pisoteadas por las bestias feroces. Las otras tres mujeres salieron indemnes: se las pasó triunfantes sobre los carros que llevaban los toros muertos, a través de Roma; pero en la noche entraron en agonía y a pesar de todos los esfuerzos que hicieron sus padres por arrancarles el barniz, sucumbieron en medio de atroces sufrimientos.

Cuando morían, Alfonso de Aragón, que las había aplaudido, era atacado por las gentes del duque de Valentinois, sobre las gradas mismas de las escaleras de San Pedro, y cuando lo supusieron muerto huyeron a través de Porta Portese. Transportado a su palacio de Torre Nova, sobre el gran jardín, fue confiado a médicos extraños a los Borgia.

César fingió sospechar del tío de Alfonso como el autor del atentado y le hizo cortar la cabeza, aunque fuera él, por el contrario, el que le había salvado y recogido. No contento, y temiendo que Alfonso pudiera sanar de sus heridas, algunos días después penetró de viva fuerza en su posesión de Torre Nova, y, bajo el pretexto de conversar secretamente con el herido, el duque de Valentinois despidió de la cámara a todos los asistentes, mujeres y médicos. Cuando César salió precedido de Micheletto, las gentes y los amigos de Alfonso se precipitaron en su cámara. Estaba acostado como si descansara; reconocieron en las marcas que tenía en el cuello la obra del lazo de Micheletto: Alfonso de Aragón había sido estrangulado.

Asqueada, Lucrecia no quiso oír nada y se exilió en Napi, a pesar de las exhortaciones o de las amonestaciones de César o del Papa. Después de diversos fracasos guerreros, llegada la mala estación, César dividió su tiempo entre Cesania, Imola y Forli, donde sus crímenes y desenfrenos aumentaron su temible celebridad.

En ese momento, fue cuando supo del rapto de la hija de Isabel Gonzaga, duquesa de Urbino, quien, prometida a Juan Bautista Cacacciole, capitán general de la

infantería de la República de Venecia, se reunía con este último en la vía de la Romaña bajo la escolta de doscientos caballeros.

César la encontró. Quedó turbado ante la belleza de la joven y la deseó ardientemente. Habiendo salido de Cesania con un importante efectivo de caballería se puso en persecución de la pequeña tropa. Mató o dispersó la escolta y trajo a la joven a Cesania. No pudo vencer la resistencia de la joven. Ensayó narcóticos, pero ella desconfiaba y rehusaba todo alimento, resuelta a dejarse morir de hambre.

Influido por los consejos de Micheletto, la entregó desnuda a pajes desnudos y a cortesanas igualmente desnudas. Les prescribió que le diesen el espectáculo de las peores orgías, lo que todos hicieron. Como aún no estaba vencida, le ataron los brazos en cruz contra la muralla y trataron entonces de corromper a la joven. Así fue como César pudo llegar victoriosamente a sus fines. No se jactó de esta victoria. Pero cuando Cacacciole, el novio, reclamó a la joven, no se le reveló cómo había muerto.

## CAPÍTULO XIV

*Saqueo de un convento. —Carta impresa dirigida a Silvio Savello, sobre las simonías y los excesos pontificiales. — Los toros y las vacas. —La cortesana y los cinco soldados. —Los perros del Vaticano. —La yegua y los potros.*

Cuando César hubo devastado todo el país, que se extiende de un lado a otro del Volturnio hasta el Averso y hubo tomado Capua por asalto, todos, soldados o campesinos, fueron pasados por las armas. En cuanto a las religiosas y los monjes, les reservó otra muerte.

Penetrando a la fuerza en un convento de monjas, dice un historiador, «las observó a todas con todo el cuidado y exactitud de que era capaz su brutal apetito, e hizo reservar a cuarenta de ellas para servir sus deseos carnales, dejando el resto a la brutalidad de la soldadesca».

Como las religiosas habían sostenido el valor de los defensores de la ciudad y animado la resistencia, las condenó a morir por la mano de sus soldados, si se puede emplear este eufemismo. Los soldados no debían abandonarlas sino muertas. En cuanto a los monjes, les hizo colgar por las partes nobles. Tocadores de flauta acompañaron las lamentaciones de los desdichados.

Se hace difícil creer en tantos libertinajes y atrocidades. Hay que renunciar a citarlos todos, y aun más, a describirlos. Haremos, sin embargo, un extracto de una carta dirigida a Silvio Savello, que estaba entonces con el emperador. Esta carta cayó en manos del cardenal de Módena, que la comunicó al Papa y al duque de Valentinois:

«Al muy magnífico señor Silvio Savello, en muy grande estima y muy honrado ante el serenísimo rey de los romanos.

Magnífico Señor, salud...

Te es menester descubrir a los verdaderos médicos la plaga pública de la peste de Roma, y las desgracias que esta bestia infame ha causado a la ruina de la fe Cristiana...

De suerte que parece que el tiempo de la venida del Anticristo, señalado por los profetas, ha llegado y que no nacerá jamás otro que sea o que se pueda imaginar que sea más abiertamente el enemigo de Jesucristo.

Los beneficios y dignidades eclesiásticas se venden públicamente...

Se va al Palacio, para comprar, a precio de oro, los misterios de la fe; se ve ahí al ministro de los crímenes, el vendedor de beneficios, ese cardenal de Módena.

No hay ningún crimen ni vicio que no se cometa ahora en Roma públicamente y en la casa del Papa mismo, hasta en eso se puede decir que se sobrepasa a los escitas,

en cuanto a latrocinios, a los cartagineses en perfidia, a Cayo y a Nerón en crueldad y en barbarie, pues sería imposible contar los homicidios, las violaciones y los incestos que han sido cometidos incluso en el Vaticano. No hay nadie en la ciudad, de cualquier condición que sea, que no tema por sí y por los suyos.

Cuántos adulterios, violaciones, cuántos incestos, cuántas impurezas de niños y de niñas, cuántas mujeres de mala vida, o, para decirlo mejor, prostitutas, se ven correr por el palacio de San Pedro, cuántas asambleas impúdicas cuya insolencia y desvergüenza llegan a tal punto que los burdeles y lugares más infames son por todas partes más modestos y más moderados. Se vio el primer día de noviembre, que es la fiesta de Todos los Santos, que cincuenta prostitutas de la ciudad fueron invitadas al Palacio de San Pedro, cuando se celebraban las ceremonias dando allí un espectáculo extremadamente vergonzoso y vil, y hasta del todo detestable.

El Buen Papa, que se entrega a esos placeres sin pensar más que en sus deseos venéreos y en amasar pedrerías y ornamentos, para hacer adornar a la hija que tuvo por vías criminales... y establecer la fortuna de sus lujos incestuosos.

En cuanto a su hijo César, el fratricida, soldados armados lo custodian en medio de varios rebaños de prostitutas a la usanza de los turcos.

Que los príncipes vengan, pues, en socorro de Roma y de la Cristiandad, que arranquen de su seno esta peste común.

Te escribimos todas estas cosas, Silvio, que no son sino muy Verídicas...

Adiós, acuérdate de nosotros al hacer eso, y sabe que eres romano. Adiós, una vez más. Dado en Tarento en el campo real hoy 25, día de noviembre».

Eso no es ya anécdota o un comentario de historiador indignado, es el libelo de una carta pública, escrita y dirigida a Silvio Savello por contemporáneos informados sobre las costumbres del Vaticano.

En esta carta, no se hace más que nombrar algunos escándalos que toda Roma conocía: el de la yegua, por ejemplo.

El Papa Alejandro VI paseándose con sus hijos y su séquito, encontró un tropel de toros y de vacas. Pues bien, los toros se lanzaban sobre una vaca y se herían levemente a cornadas en el ardor de «sus deseos».

El Papa Alejandro se divirtió con eso y, comparando ese espectáculo con el que le daban algunas veces los hombres y las mujeres, hizo llamar al palacio a una hermosa cortesana que entregó a cinco soldados, diciéndoles que uno solo de ellos, el más fuerte, tendría derecho a tomarla mujer y tanto como quisiera. En cuanto entraron, fueron a las manos excitados por las caricias y la astucia de la cortesana. Como no tenían armas, la lucha duró largo rato: los hombres se desgarraron con las uñas, se mordieron entre ellos y no lograron sino muy difícilmente matarse. Uno de ellos divirtió mucho a Alejandro: siendo el más débil, sólo se lanzaba a los ojos de su adversario. Penetrando su pulgar en la órbita, hacía, con un brusco movimiento de rotación, saltar el ojo, que colgaba en seguida sobre la mejilla, sanguinolento. Fue declarado vencedor, pero se tambaleaba bajo los golpes recibidos, medio muerto.

Pero cuando le aplaudían, vio en lo alto de la sala una ventana enrejada detrás de la cual estaban los espectadores. Los otros soldados no estaban muertos, sino fuera de combate: comprendió que no había hecho más que entretener al Papa y sus amigos.

Un grito de rabia y de odio subió como una blasfemia hacia la ventana, mientras otro grito, terrorífico éste, salía de la garganta de la cortesana. El soldado vencedor, que vacilaba, tuvo la fuerza de arrojar sobre ella, y con los dedos le reventó los ojos que arrancó con sus dientes y se los tragó.

En seguida, como ella se quejaba lamentablemente, trató, a mordiscos, de poner su corazón al desnudo para devorarlo; pero el Papa hizo soltar sobre él los perros, que los despedazaron a ambos.

Esos perros desempeñaban un gran papel en el Vaticano: estaban adiestrados para devorar a los hombres y, cualquiera que se hubiera arriesgado por la noche en la casa de los Borgia, habría sido devorado sin piedad.

Eran tan terribles que, para hacerlos entrar en la perrera que les estaba reservada, el hombre encargado de esta misión, se acorazaba y se armaba seriamente, como habría podido hacerlo un domador de fieras.

Después del espectáculo del combate de los cinco soldados que se disputaron a la cortesana, Alejandro y sus hijos emitieron la opinión de que los hombres eran aún más feroces que las bestias, cuando la lujuria entraba en juego. César sostenía que los unos valían tanto como las otras, que era una ley natural para los unos lo mismo que para las otras. Citó el ejemplo de los gatos, de los perros, de las aves de rapiña, y aseguró que en la guerra se divertían algunas veces, para distraerse —en realidad porque casi no encontraban otro espectáculo licencioso que pudiese calmar sus desenfrenos— haciendo devorarse entre sí de ese modo a los caballos. Y como las bellas patricias se admiraban, fue a escoger él mismo una yegua que juzgó en estado de provocar los ardores de potros igualmente escogidos por él, y entonces, ante los ojos del Papa y de sus amigos, se desarrolló el espectáculo que un historiador describe así:

«Se expuso en público una yegua, en presencia del Papa, de sus hijos y de sus confidentes, a fin de que los potros, animados por un ardor venéreo, se pusiesen furiosos unos contra otros, como si...»

La historia quiere que los potros se devoraran como lo hicieron los hombres.

Cuando estas atrocidades o estos desenfrenos terminaban, Alejandro murmuraba algunas palabras entre sus labios carnosos, haciendo «varias veces el signo de la cruz, sobre sí, con su cruz».

## CAPÍTULO XV

*La fiesta de San Pedro. —El Consistorio. —El Papa come en casa del cardenal Adriano di Corneto. —Olvido de la custodia de oro. —La «cantarella» obra a veces sin dilación. —El Papa muere. —César Borgia escapa al veneno. —Prodigiosa putrefacción del Papa Alejandro VI. —Fin de la carrera de César Borgia. —Civitas Meretrix.*

Al día siguiente de la fiesta de San Pedro, Alejandro publicó en el Consistorio acostumbrado su designio de elevar al cardenalato a los nueve prelados más ricos de la corte: Juan Castellar, Valentinois, arzobispo de Trani; Francisco Remolino, embajador del rey de Aragón; Francisco de Sparte, obispo de Leome; Adriano Castellense, obispo de Brissine; Nicolás Fiesco, obispo de Fréjus; Francisco Floris, obispo de Elve, patriarca de Constantinopla y primer secretario del Papa; y Santiago Casaneuve, protonotario y camarero secreto de Su Santidad.

Todos esos futuros cardenales, escogidos entre los más ricos, estaban destinados, según se creía, a una muerte segura; pero cada uno creía siempre tomar precauciones mayor de lo que lo habían hecho los demás. Las precauciones eran aceptadas por el Papa. Así, en la mesa, el pan y la fruta eran ofrecidos a todos, antes de volver al Papa, que escogía entonces entre aquello que los huéspedes le dejaban. Lo mismo sucedía con los alimentos y los vinos. Pero era más difícil ejercer esta vigilancia sobre los vinos, porque los criados servían ellos mismos el veneno.

Con algo de desconfianza, todos pidieron que la comida que les ofrecía el Papa tuviese lugar en la casa de recreo del cardenal de Corneto. Éste había sido escogido, con algunos de sus futuros colegas, por Alejandro y César para absorber el veneno. Así pues, con ocasión de la fiesta de San Pedro, el Papa quiso dar a estos ricos prelados el capelo cardenalicio.

Alejandro hubiera podido recordar que algunos años antes, con ocasión de la misma fiesta de San Pedro, había dado a Roma una gran alegría. El fuego prendió en la chimenea más elevada del Vaticano, mientras Alejandro se encontraba con el cardenal de Capua y monseñor Poto, su camarero secreto, en el Vaticano mismo. Bajo la violencia del viento, el fuego había tomado incremento, llegando a las habitaciones en que se encontraba el Papa. El techo roto se desplomó, arrastrando dos gruesas vigas. Bajo el peso de las vigas y de las piedras, el techo de la sala se hundió, sepultando al Papa. Con él morían Lauren de Mariano Chigi, gentilhomme de Siena y otros dos que habían caído con las ruinas de la cámara superior donde estaban.

Se le había creído muerto porque, habiéndole llamado varias veces, no se había obtenido respuesta. Se le encontró luego herido de gravedad, pero no mortalmente.

Pronto se supo que la noticia de la muerte del Papa era falsa.

Él rindió públicamente «sus acciones de gracias a Dios y a la Virgen». Se dirigió con gran pompa a la iglesia de Nuestra Señora del Pueblo, esa iglesia que el Papa amaba, sin duda porque había allí una «capilla», a la izquierda del altar mayor, donde, bajo la figura de una Santa, el pueblo venía a venerar a la Vannoza.

El Papa era llevado en silla por dos camareros, dos escuderos y dos palafreneros, que se cambiaron veinticuatro veces durante el trayecto. Los cardenales venían en seguida, dos a dos, después de la cruz. El Papa subió al altar mayor y ofreció allí un cáliz grande y rico, en el que había trescientos escudos de oro, que el cardenal de Siena «puso sobre el altar, a la vista de todos». Era pues, al día siguiente de la fiesta de San Pedro cuando el Papa llegó a casa del cardenal Adriano de Corneto. El «botellero» estaba comprado por el duque de Valentinois, que le había entregado una suma importante para que sirviera en la comida algunos frascos en los cuales César había echado el veneno. Cuando, llegó el Papa, agobiado por el calor, notó que había dejado olvidada en su casa una cajita de oro de la que no se separaba nunca. Esta caja contenía el Santísimo Sacramento del Altar. Un astrólogo había predicho a Alejandro que no moriría mientras llevara consigo ese Santo Sacramento. Pues bien, aquel día Alejandro lo había olvidado en su cámara: ordenó al señor Caraffa, que más tarde llegó a ser Papa bajo el nombre de Pablo IV, que fuera a buscarla al momento.

Mientras Caraffa obedecía, el Papa, enervado, excitado por el calor y por ese incidente, pidió que le sirvieran de beber antes de sentarse a la mesa para cenar. Vino un camarero. Pero sucedió que el «botellero» o *sumiller* de cocina, estaba ausente en el momento en que se presentó el camarero. El camarero se hizo servir por el sub-botellero. Éste, ignorante, vació en el frasco vino preparado por el duque de Valentinois. El Papa, distraído, bebió el vino, como también el cardenal de Valentinois, que acababa de llegar.

Se sentaron a la mesa. El cardenal Caraffa llegaba, trayendo la caja de oro con el Santo Sacramento. Era demasiado tarde. El Papa desfallecía. El mismo cardenal Valentinois se convulsionaba en tierra, mientras el cardenal Adriano de Cornetto y todos los prelados, de pie, les miraban morir murmurando *pater noster* que cada vez terminaban poniéndose de rodillas, con las manos extendidas en señal de bendición o de perdón sobre los dos cuerpos, y diciendo:

«*Requiescant in pace*».

El cardenal Adriano de Corneto interrogó al «botellero» que, pronto, reveló el intento del duque de Valentinois.

¿Era la dosis del veneno demasiado violenta? ¿Agravó el calor el efecto del veneno? Sea como fuere, Alejandro entró en agonía.

Trataron de hacerle devolver la «cantarella», le sangraron, todo sin resultado. Murió al octavo día, sin haber recibido los Sacramentos de la Iglesia, sin haber nombrado a César o a Lucrecia.

Apenas muerto el Papa, su cadáver entró en putrefacción; se puso negro, con

grandes placas verdosas, e hinchado hasta tal punto que creyeron que se pudría. Se hinchó de tal manera, que se desfiguró. Sangre mezclada con pus corría por sus fosas nasales y sus orejas. Murió con los ojos abiertos, la boca muy abierta, con una indecible expresión de horror o de espanto. El cuerpo desprendía tal olor, en la agonía, que la permanencia en la habitación era insoportable. Se vació antes de morir y el lecho estaba inundado de sangre y de materias fétidas.

El cadáver debió ser realmente horroroso. El marqués de Mantua escribía a su mujer Isabel: «Su cuerpo entró en putrefacción, su boca se puso a derramar espuma como una marmita que está sobre el fuego, y eso duró hasta que fue enterrado. Se hinchó tan monstruosamente, que ya no tenía forma humana y no se podía ya reconocer el largo del ancho de su cuerpo».

Nadie quiso tocar ese monstruo de carne y pus. Nadie quiso ponerlo en un ataúd. La gente que se aproximaba a él caía asfixiada.

Encontraron, por fin, unos mozos de cordel que consintieron en arrastrarlo por medio de cuerdas que ataron a los pies del lecho mortuario, hasta la fosa en que le dejaron caer. Las carnes se desprendían durante el trayecto, dejando una estela de sangre descompuesta, de agua y de jirones podridos.

Así murió Alejandro VI, el Papa simoníaco, a la edad de setenta y un años, después de once años de pontificado, el 8 de agosto de 1502.

Cuandó César partió a Francia, el 1º de octubre de 1498, donde se casó, en mayo de 1499, con Carlota de Albret, conoció allí dos hombres que debían ejercer sobre él una gran influencia y decidir su destino: Jorge de Ambroise, arzobispo de Ruán, a quien llevaba el capelo de cardenal, y Julián Rovere.

Julián Rovere, primeramente enemigo de Alejandro, se alió a los Borgia. Un matrimonio debía sellar la reconciliación de las dos familias. El 2 de setiembre de 1500, el prefecto Juan Rovere, hermano de Julián Rovere, comprometió a su hijo de ocho años, con la joven Ángela Borgia, hija de Jofré Borgia.

César Borgia, que había sobrevivido a Alejandro Borgia, porque, se había hecho sumergir desnudo en el vientre de una mula viva, había perdido en su curación su prestigio y su poder. Julián Rovere, convertido en enemigo suyo, era Papa bajo el nombre de Julio II, después del brevísimo pontificado de Pío III, que duró veintiséis días; le hizo detener mientras era amo de toda la Italia central, después de haber aniquilado a Varano, Vitelli, los Orsini y los Baglioni. César resistió un año, sostenido por la inquebrantable fidelidad de sus capitanes y soldados. Cedió, por fin, y en 1504, fue puesto en libertad, pero cayó en manos de Gonzalo de Córdoba, que le envió a España.

Evadido, volvió en calidad de *condottiere* al servicio de su suegro, el rey de Navarra. Murió en 1507, en un combate, traspasado por un dardo.

Con él perecieron los destinos de los Borgia, pero, cosa notable, Julio II, el Papa guerrero y platónico, continuó su obra política, y la Roma de Julio II siguió siendo la Roma de los Borgia: *Civitas Meretrix*.







Wilhelm Albert Włodzimierz Apolinary de Kostrowicki (Roma, 26 de agosto de 1880 – París, 9 de noviembre de 1918), conocido como Guillaume Apollinaire o, simplemente, Apollinaire, fue un poeta, novelista y ensayista francés. En 1912 publicó *Alcoholes*. Del mismo año data *Los pintores cubistas*. En 1914, al estallar la primera guerra mundial, ingresó en las filas del ejército francés como voluntario, siendo herido en 1916. De regreso a París publicó *El poeta asesinado*, y en 1918, poco antes de morir, sus famosos *Caligramas*. *Las hazañas de un joven Don Juan* fue escrita por Apollinaire entre 1910 y 1913, es decir, en la misma época que *Las once mil vergas*. Se trata de un texto radicalmente pornográfico, con toda probabilidad escrito por encargo y para subsistir. En “*El Castillo*”, escenario donde se desenvuelven las infinitas posibilidades de satisfacción del ardor de Roger —el bello y precoz protagonista de esta obra—, Apollinaire desarrolla toda su desenfadada imaginación erótica, al servicio de un único propósito: exponer al lector, como si de un pequeño fresco orgiástico se tratara, sensaciones, deseos, perversiones, etc. El erotismo de *Las hazañas de un joven Don Juan*, con su atmósfera de carnal efervescencia, forma parte de toda una tradición, la del género pornográfico abordado por autores literariamente consagrados.